

LA MISIÓN SALESIANA EN ISLA DAWSON

(1889-1911)



FERNANDO ALIAGA ROJAS

Fernando Aliaga Rojas

LA MISIÓN SALESIANA EN ISLA DAWSON
(1889-1911)
Fernando Aliaga Rojas

PUERIC IMPRIMERIA
R. P. de la V. de la V. de la V.
LA MISIÓN SALESIANA EN ISLA DAWSON
1889-1911
(1889-1911)

**La misión salesiana en Isla Dawson
(1889-1911)**

Fernando Aliaga Rojas
Dawson, Yukon
Impreso en el Yukon
I.S.B.N. 99-18-041-0
Edición de Fernando A.
Aliaga Rojas, P.O. Box 100
Dawson, Yukon

Impreso en
Yukon, Yukon, Yukon, Yukon
Yukon, Yukon, Yukon, Yukon
Yukon, Yukon, Yukon, Yukon

Se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2000
en el taller de impresión
de Fernando Aliaga Rojas
A. S. de la V. de la V. de la V.

LA MISIÓN SALESIANA EN ISLA DAWSON
(1889-1911)

Fernando Aliaga Rojas

PUEDE IMPRIMIRSE

P. Natale Vitali Forte

Inspector Salesiano

Santiago de Chile

Julio 2000

Derechos reservados

Inscripción N° 116.577

I. S.B.N.: 956-18-0498-0

Editorial Don Bosco S. A.

Eulogia Sánchez 064, Providencia

Santiago, Chile

Impreso

Imprenta Salesianos S. A.

Bulnes 19

Santiago de Chile

Se terminó de imprimir

en el mes de octubre de 2000

**LA MISIÓN SALESIANA
EN ISLA DAWSON
(1889-1911)**

Fernando Aliaga Rojas

Introducción	7
Capítulo primero:	
Primera época de la misión (1889-1894)	9
Capítulo segundo:	
Organización de la misión de San Rafael	33
Capítulo tercero:	
Progreso de la misión entre 1893-1895	45
Capítulo cuarto:	
La polémica de 1895	55
Capítulo quinto:	
La erradicación de los Onas de Tierra del Fuego	71
Capítulo sexto:	
La misión laicista	77
Capítulo séptimo:	
Otros informes y propuestas	85
Capítulo octavo:	
El plan Fagnano y la visita del presidente Errázuriz	95
Capítulo noveno:	
La vida cotidiana	107
Capítulo décimo:	
La muerte y la devoción a María Auxiliadora	123
Capítulo undécimo:	
Finis Dawson	131
Capítulo duodécimo:	
Supuestos misiológicos que sirven de fundamento	141
Conclusiones	151
Bibliografía y siglas	155
Índice de personas y lugares	160
Notas de pie de página	170

INTRODUCCIÓN

El estudio de la misión de San Rafael, en la Isla Dawson, es, para empezar, una investigación que forma parte de la historia de la Iglesia en Chile y, específicamente, del tema de las misiones.

En la primera edición de este estudio pudimos constatar, después de varios años de investigación y de recopilación de documentos sobre este tema, que su tratamiento estaba intacto, pues si bien había sido trabajado por autores como Maggiorino Borgatello y Raúl Entraigas, ellos lo habían hecho desconociendo totalmente las fuentes y la documentación chilena. Por otra parte, diversos autores lo habían tratado en forma tangencial, al realizar publicaciones sobre la colonización de Magallanes o sobre los indios fueguinos. En ellos pudimos encontrar más bien juicios valorativos del significado de la misión, ya que el objetivo central de sus investigaciones era otro. Los autores más representativos de este grupo son Martín Gusinde, Joseph Empeaire y Mateo Martinic.

En la práctica, nuestra investigación nos obligó a varias tareas. Una de ellas fue visitar el escenario de los acontecimientos, vale decir, Isla Dawson. Este importante reconocimiento de los lugares nos hizo complementar nuestra estada en Isla Dawson con la visita a la Isla de Tierra del Fuego, tanto en la parte chilena, como específicamente a la misión y al museo de Río Grande (Argentina); en fin, reconocer con detención el Museo Salesiano de Punta Arenas.

La búsqueda de documentos la hemos realizado principalmente en los siguientes archivos:

En la ciudad de Punta Arenas: Archivo de la Intendencia, Archivo del Obispado, Archivo Don Bosco. Además, en las crónicas manuscritas de los colegios de María Auxiliadora y San José (antiguo).

Debido a que gran parte de la documentación de los salesianos existente en Punta Arenas había sido llevada a Buenos Aires, nos trasladamos al Archivo del Colegio Don Bosco de esa ciudad, donde tuvimos la oportunidad de trabajar con el P. Raúl Entraigas, quien nos proporcionó lo que buscábamos y, además, todo el material del Archivo Salesiano de Turín que él tenía, especialmente las cartas de Mons. Fagnano.

Finalmente, en Santiago, junto con revisar el Archivo Nacional, el Archivo del Arzobispado y el Archivo de la Inspectoría Salesiana, nuestra tarea fue complementar todos los documentos con la revisión de la prensa, revistas, boletines y, en general, las publicaciones que hicieran referencia al tema. Ello nos ha significado una paciente y prolija labor en la que he tenido la desinteresada ayuda del Prof. Juan Manuel Poblete.

Al realizar ahora esta segunda edición, hemos tenido en cuenta las publicaciones realizadas al respecto en estos últimos años, especialmente el relevante aporte dado por los padres salesianos Alfredo Videla y Simón Kuzmanich, quienes han complementado varios capítulos referentes a la misión con cartas de primera importancia encontradas en distintos archivos.

Mis agradecimientos se dirigen a todos los que han hecho posible esta investigación y su publicación tanto en su primera como en esta segunda edición, especialmente a Mons. Vladimiro Boric, a la Congregación Salesiana y a don Mario Góngora, quien, con su valioso saber histórico, motivó y guió este trabajo.

Me parece que si bien la experiencia congregacional a que se refiere el presente estudio monográfico se realizó en un rincón apartado y sus efectos se desvanecieron por la extinción de los aborígenes, es, sin embargo, significativa, porque da testimonio de la labor de la Iglesia en una hora trágica para los indios fueguinos. En la historia de la Iglesia, hay muchas acciones y muchos gestos que aparentemente no tienen sentido. Desde luego, la muerte de Cristo en la cruz. Pienso que la misión de Dawson forma parte de la teología de la cruz, en la que lo que aparece como sin sentido tiene un sentido pleno de resurrección desde la perspectiva de la fe. La misión de San Rafael es una gesta de evangelización cargada de heroísmo y sacrificio que vale la pena considerar en la historia la Iglesia latinoamericana.

CAPÍTULO PRIMERO

PRIMERA ÉPOCA DE LA MISIÓN (1889-1894)

1. LA IGLESIA CHILENA Y EL PROYECTO «SALESIANOS»

La sociedad chilena vivió, en la segunda mitad del siglo pasado, una confrontación político-religiosa que fue denominada «Luchas o cuestiones teológicas» y que, en definitiva, significó la pugna entre la concepción de una sociedad de cristiandad colonial, donde la Iglesia católica tenía un gran poder político y regulaba la normas de la moral pública, versus la concepción de una sociedad moderna que propiciaba el liberalismo ateo, donde el «Estado Laico» debía ser el garante de las libertades ciudadanas, de la tolerancia y del pluralismo religioso.

La lucha entre ambas concepciones, vale decir, entre el «catolicismo conservador» y el «liberalismo laico», significó una polarización en que el sectarismo asumió fórmulas radicales con características de exclusión mutua, tanto en la vertiente «anticlerical» como en el polo opuesto del «antiliberalismo». Sin embargo, esta lucha sin cuartel imprimió una evolución dinámica de progreso, no solo a la sociedad chilena en general, sino que también definió, al interior de la Iglesia, un modelo de organización beligerante, que asume una serie de iniciativas sociales dentro del parámetro del «progreso conservador».

El clero, junto con la impugnación del Patronato, establecido en la Constitución política del país, evoluciona hacia una mayor vinculación con Roma, esto es, del regalismo transita al ultramontanismo. Además, en la defensa de la fe y de sus privilegios, como expresión de un catolicismo oficial, el clero se vincula con el Partido Conservador, que pasa a ser el partido de los católicos.

Juntos, clero y Partido Conservador, asumen los grandes temas religiosos en cuestión y, al mismo tiempo, desarrollan iniciativas sociales para consolidar a los ciudadanos en su fe. Ciertamente, la forma política más combativa a que se llegó, entre el clero y el Partido Conservador, fue «La Unión Católica», organización clerical-política, que declara la guerra total al gobierno liberal y que surge como resultado de la expulsión, por parte del Gobierno, del dele-

gado papal Mons. Celestino del Frate (1883) y la posterior aprobación de las leyes laicas.¹

Al momento de participar en el Concilio Vaticano I (1869), la Iglesia chilena había logrado consolidar ya una organización y una disciplina canónicas que armonizaban con un clero de buen nivel, tanto en estudios y como en piedad. A ello había contribuido enormemente la estabilidad del sistema político imperante en el país. Parte importante del clero pertenecía a la clase alta y participaba activamente en la definición de los destinos políticos de la nación.

Una de las consecuencias que se produce en la Iglesia chilena, como fruto de esta situación, fue un proceso de renovación pastoral que significaría un gran beneficio para el país, especialmente en obras sociales y en la educación popular. Rechazando el liberalismo católico y consolidando una fuerte adhesión a las orientaciones doctrinales dadas por Roma (*Syllabus*, 1864), se asumen las inquietudes sociales provenientes del catolicismo europeo. Dentro de esta lógica, se da la rica relación producida entre la jerarquía católica chilena con varias congregaciones de apostolado activo y entre ellas la sostenida con San Juan Bosco, fundador de los Salesianos. El creciente interés que se irá manifestando en la Iglesia chilena por la venida de los salesianos al país, conoció tres momentos que es necesario precisar:

El primero se produce, precisamente, con motivo de la celebración del Concilio Vaticano I. El grupo que viaja en el vapor «Aconcagua», integrado por el Arzobispo de Santiago, Mons. Rafael Valentín Valdivieso; el Obispo de Concepción, Mons. Hipólito Salas, y una comitiva integrada por diez sacerdotes y dos laicos, al recorrer en tren el tramo desde París a Roma, se detiene en Turín, el 17 de noviembre de 1869, y realiza una visita especial a Don Bosco. Dicho encuentro será recordado, posteriormente, en sus respectivos escritos por el Obispo de Concepción, Mons. Hipólito Salas,² y por el Arzobispo de Santiago Mons. Crescente Errázuriz, que entonces era simple sacerdote³. Además, en dicha comitiva viajaban el Pbro. Blas Cañas Calvo, Mons. José Ramón Astorga y el diputado conservador Don Abdón Cifuentes, entre otros.

La fama de Don Bosco, en la atmósfera creada en torno al Concilio Vaticano I, tenía un significado de esperanza, de ofrecer un apostolado apropiado para los nuevos tiempos que vivía la sociedad moderna. Para la Iglesia chilena representó sobre todo una respuesta al problema

de la educación de los hijos del pueblo y un apoyo a la acción social, ya emprendida por varios sacerdotes, como el Pbro. Blas Cañas.

Es por esto que, con posterioridad al encuentro ya señalado, existe en la delegación chilena interés por volver a visitar y conocer la obra de Don Bosco. A este fin viajan expresamente de Roma a Turín, el 30 de febrero de 1870, don Abdón Cifuentes, don Domingo Cañas y el sacerdote Pbro. Blas Cañas. Don Abdón Cifuentes, en sus *Memorias*, nos relata la impresión que le provocó ese «colegio-asilo» construido y sostenido solo con limosnas, donde se albergaban 800 pilluelos, que define como: «niños huérfanos o abandonados, o vagabundos que Don Bosco recogía».⁴

El segundo momento se produce a partir del interés que manifiesta el propio Don Bosco de establecer misioneros salesianos en el sur de Chile. En noviembre de 1875 envía la primera expedición misionera a la Argentina. Su proyecto era amplio; soñaba con la evangelización de todos los indios de la Patagonia, tanto de la parte oriental como de la occidental. Explícitamente desea establecer sus misiones en Chile y, por lo mismo, manifiesta este interés en diversas formas.

El texto que se conserva de la carta que escribió Don Bosco al Obispo de Concepción, Mons. Hipólito Salas, con fecha 29 de julio de 1876⁵, tiene importancia histórica, por cuanto en ella Don Bosco expresa su deseo explícito: quiere enviar misioneros para evangelizar a los indios del sur de Chile.

El tema de las misiones en Chile estaba circunscrito a la región rebelde de los mapuches. Desde 1848, se había constituido para la evangelización de estos indígenas la Prefectura de la Araucanía, a cargo de los padres capuchinos. En cambio, toda la región de Magallanes dependía de la Diócesis de Ancud, cuyo Obispo era Mons. Francisco de Paula Solar. Por lo tanto, Don Bosco debía haber enviado su carta a este último. Es preciso afirmar que no existía preocupación por la evangelización de los indígenas de Magallanes, donde se había constituido la «región del paganismo olvidado». Además, para establecer allí una misión se requería de la ayuda estatal y, dada la confrontación existente entre Iglesia y Estado, tal posibilidad era impensable.

Posteriormente, el fundador de los salesianos expresó en forma reiterada su intención de enviar a sus hijos espirituales al sur de Chile, como misioneros de los indígenas de esa región.⁶ Entretanto, los salesianos fueron estableciendo, con gran éxito, sus misiones en la Patagonia argentina, desde 1880.

El tercer momento corresponde a los buenos oficios que interpuso, como mediador entre la jerarquía chilena y Don Bosco, el sacerdote José Ignacio Infante Concha, durante el período de su estada en Roma, desde agosto de 1878 hasta diciembre de 1886.

A partir de la muerte de Mons. Rafael Valentín Valdivieso, se había provocado, en la arquidiócesis de Santiago, en relación con la sucesión del cargo de Arzobispo de Santiago, una situación de confrontación entre el Gobierno liberal y la curia de Santiago, respaldada por el Partido Conservador.

El candidato de la curia de Santiago y de los conservadores era Mons. Joaquín Larraín Gandarillas. En cambio, el candidato del Gobierno y de los liberales era el Pbro. Francisco de Paula Taforó. El embajador plenipotenciario de Chile en París era don Alberto Blest Gana, quien recibió instrucciones del Gobierno para lograr que rápidamente fuese nombrado Arzobispo de Santiago el Pbro. Taforó, más abierto a las ideas laicas. Por esto, la curia de Santiago y el Partido Conservador enviaron al cura párroco de la iglesia de los Doce Apóstoles, de Valparaíso, don José Alejo Infante, como su representante oficial ante la Santa Sede para lograr influir en favor de su candidato.

Durante el largo período de su estada en Roma, don José Alejo Infante fue encargado, además, por el Vicario Capitular de Santiago, don Joaquín Larraín Gandarillas, de conocer las experiencias pastorales más exitosas de Europa para ver el modo de traerlas a Chile como parte de la renovación que el catolicismo conservador estaba realizando. Es en medio de esta búsqueda que llega hasta Don Bosco e integra a los objetivos de sus gestiones «el asunto salesianos».

El Pbro. Alejo Infante informa de su primer encuentro con Don Bosco en su carta del 13 de julio de 1880, escrita desde Londres.⁷ Luego, a fines de noviembre vuelve a visitar a Don Bosco. Se detiene en Turín a dialogar con el santo y a conocer su obra: colegios, talleres y seminarios, donde recoge niños provenientes de los cam-

pos. En su informe (30-XI-1880), don Alejo hace ver el deseo misionero del fundador de los salesianos, vale decir, su intención de enviar salesianos a evangelizar a los indios del sur de Chile. De su parte, manifiesta su admiración por el gran apostolado que realiza Don Bosco: «Es admirable lo que hace este apóstol del Señor»⁸

El Vicario Capitular, don Joaquín Gandarillas, le responde de inmediato manifestando su esperanza de lograr tener, en su arquidiócesis, una fundación de los salesianos.

En la carta del 16 de mayo de 1881, don Alejo Infante narra su encuentro con Don Bosco en Roma. En dicha ocasión, nuevamente Don Bosco le manifiesta su deseo de fundar una casa en la Patagonia occidental, esto es, de establecer una misión entre los indios del sur de Chile.⁹

Desde Santiago, el Vicario Capitular, en su carta del 19 de julio de 1881, vincula a los salesianos con la temática que el catolicismo chileno había definido como campo de confrontación con la corriente estatal laica, esto es, la educación católica y la libertad de enseñanza. En este campo, afirma que los salesianos podrían hacerse cargo de dos grandes establecimientos: El Patrocinio de San José y el Asilo de la Patria.¹⁰

En la entrega a los salesianos de El Patrocinio de San José, destinado a acoger como internos a los hijos de familias «venidas a menos», estaba presente, desde hacía tiempo, la influencia del Pbro. Blas Cañas y, en lo referente al Asilo de la Patria (Gratitud Nacional), estaba la del Pbro. Ramón Ángel Jara, ambos grandes admiradores de Don Bosco. Los dos establecimientos eran emblemáticos para el catolicismo chileno, ya que eran expresión progresista de una iniciativa que unía la pastoral de la caridad con la educación católica.

Continuando en su oficio de mediador, don Alejo Infante hace llegar a Don Bosco la carta que desde Santiago de Chile le había enviado el Pbro. Don Rafael Eyzaguirre, con fecha 24 de marzo de 1882. En ella aparece la petición para que los salesianos se hagan cargo de las misiones en Tierra del Fuego. Don Rafael, en enero de 1881, había realizado una misión en la colonia de Punta Arenas y, estando allá, había dimensionado el abandono religioso en que se encontraban los indígenas de esa región. Habiendo hablado con el

obispo de Ancud, Mons. Francisco de Paula Solar, y con el ministro de Culto, don Eugenio Vergara, encarga a don Alejo Infante ver la posibilidad de lograr el envío de misioneros salesianos a la región de Tierra del Fuego, donde incluso se ha instalado una misión protestante.¹¹ En realidad, desde 1870, el pastor Tomás Bridge, había fundado en Tierra del Fuego una misión anglicana entre los indios yaganes.

A estas alturas, se produce claramente la explicitación de un triple motivo para que los salesianos vengan a Chile y que es presentado en la carta que don Alejo escribe a Don Bosco, el 26 de noviembre de 1883. En ella le indica que los salesianos son esperados para: hacerse cargo de obras sociales relacionadas con la educación católica; establecer una misión para evangelizar a los indígenas del sur del país, esto es, de Magallanes y de Tierra del Fuego, y unir su apostolado a los católicos que «trabajan activamente por la defensa de los derechos de la Iglesia».¹²

La preocupación de don Rafael Eyzaguirre, que en el año de 1882 será nombrado rector del Seminario de Santiago, en favor de las misiones que estaban implementando la evangelización de los indios de Tierra del Fuego, era fruto de una preocupación propia del mundo católico de esa época, en que los medios de navegación y comunicación hacían ver la necesidad de tantos pueblos a los que no había llegado la predicación del Evangelio. Últimamente —26 al 31 de enero 1881— había viajado a la colonia penal de Punta Arenas a dar una misión, hecho que lo había transformado en un decidido apóstol en favor de la fundación de las misiones entre los indios fueguinos. Don Rafael, en esta su preocupación por las misiones, se vinculaba al movimiento que a fines del siglo diecinueve habían asumido las iglesias y los Estados de Europa occidental.

A fines del año 1882, al no lograr un entendimiento respecto del candidato a Arzobispo de Santiago, se rompen las relaciones entre el Gobierno de Chile y la Santa Sede. A principios del año 1883, el catolicismo chileno monta una gran campaña y da el cariz de expulsión a la salida del país del delegado apostólico Mons. Celestino del Frate. Por su parte, el Gobierno de don Domingo Santa María estaba empeñado en imponer su candidato como Arzobispo de Santiago y, al ser informado por el delegado Del Frate del rechazo defi-

nitivo hecho por la Santa Sede, optó por poner término a la misión pontificia.

Es precisamente en estas circunstancias que la Santa Sede crea la Prefectura de Magallanes. Ella era el fruto del interés misionero de Don Bosco y su gran amistad con el Papa León XIII. Dentro de la situación de ruptura de relaciones en la que se encontraban el Vaticano y el Estado chileno, es de comprender que la creación de la Prefectura de Magallanes fuera realizada sin consulta al Gobierno chileno.

Hacia fines del año 1883, don Alejo Infante informa que la Congregación de Propaganda de la Fe, por decreto del 16 de noviembre de ese año, había confiado la misión de la Patagonia a la Congregación de San Francisco de Sales, fundada por Don Bosco. Asimismo, que dicha Congregación romana había creado el Vicariato Apostólico de la Patagonia Septentrional y Central Argentina, a cargo del Pbro. Juan Cagliari y, además, la Prefectura de la Patagonia Meridional, a cargo de Don José Fagnano, esta última con fecha 2 de diciembre.

La Prefectura de la Patagonia Meridional comprendía la isla de Tierra del Fuego, vale decir, territorio chileno-argentino; las islas que estaban en la zona del Estrecho de Magallanes, y las Islas Malvinas, que estaban bajo dominio británico. Fue creada «*motu proprio*», esto es, sin consulta al Gobierno chileno. Mons. José Fagnano fue nombrado Prefecto Apostólico, el 2 de diciembre de 1883. Luego de conversaciones con el Vicario Capitular de Ancud, Mons. Rafael Molina C., se decidió que el centro de la misión se estableciera en la ciudad de Punta Arenas.

Don Alejo informó de estos decretos de la Congregación de Propaganda de la Fe al Vicario Capitular de Santiago y al Vicario Capitular de Ancud. Por lo demás, dicha determinación era considerada por él en forma muy positiva, ya que hacía posible el pronto establecimiento de las misiones salesianas en el extremo austral.¹³

El Vicario Capitular de Ancud, Mons. Rafael Molina, se alegró del conjunto de las noticias, pero, especialmente, de la creación de la Prefectura Apostólica de Magallanes, por cuanto esa parte de su diócesis estaba en completo desamparo. Solo la colonia penal de Punta Arenas contaba, en algunos períodos, con un capellán militar con

facultades de cura párroco, ya que era muy difícil conseguir sacerdotes dispuestos a ir a esos apartados lugares.

Las últimas intervenciones que realizó don Alejo Infante en Italia estuvieron orientadas a dejar todo dispuesto para que los salesianos vinieran a Chile. Especialmente insistió ante Don Bosco para que ello fuera sin tardanza una realidad.

Por encargo de Mons. Rafael Eyzaguirre, rector del Seminario de Santiago, comunica a Don Bosco la alegría que ya se experimenta en Chile por la noticia, llegada en esos meses, de que pronto se fundaría una casa salesiana en Magallanes. Le reitera una vez más la disposición y el compromiso asumido por don Rafael de cooperar con las misiones que los salesianos establecieran en Tierra del Fuego.¹⁴

Ciertamente, el papel jugado por don Alejo Infante en la venida de los salesianos a Chile fue de gran importancia. Su permanente correspondencia y noticias permitieron, además, crear en Chile un clima de expectación en el clero y en los católicos, los cuales, aún antes de la llegada de los «Hijos de Don Bosco», ya tenían asignadas propiedades y obras sociales para entregarles.

Este fenómeno histórico tiene una explicación: el catolicismo chileno se había identificado con el proyecto misionero-educativo de Don Bosco hasta el punto que de antemano le había asignado un lugar en su lucha por la defensa de la fe y la educación católica en Chile.

Si bien don Alejo Infante no logró su cometido, esto es, que don Joaquín Larraín Gandarillas fuera nombrado Arzobispo de Santiago, en cambio sí logró preparar el ambiente de bienvenida apoteósica que recibieron los salesianos al llegar a Chile.

La correspondencia entre los miembros del clero chileno y Don Bosco, tales como la sostenida por don Blas Cañas, don Ramón Astorga y muchos otros¹⁵; las visitas al fundador de los salesianos, en Turín, por sacerdotes chilenos y líderes del Partido Conservador, tendrán una única gran motivación: apresurar la venida de los salesianos para hacerse cargo de obras sociales católicas, no solo en Santiago, sino también en Concepción, Talca y Valparaíso.

El catolicismo chileno había sido permeado de una gran sensibilidad social por obra de apóstoles sociales, como Blas Cañas; por lo mismo, en su lucha contra el liberalismo laico asumió la creación

de una serie de obras de caridad social. Dentro de esta pujanza, que irá adquiriendo el «progreso conservador», los salesianos serán recibidos como los ansiados realizadores de obras en beneficio de la educación de los hijos del pueblo y de las misiones australes, por un importante número de católicos connotados, los cuales configurarán la organización así denominada: Cooperadores Salesianos.

Por otra parte, la llegada de los salesianos al país fue precedida por un hecho muy importante para las relaciones Iglesia y Estado en Chile: en enero de 1887, con la toma de posesión de la sede Arzobispal de Santiago por parte de Mons. Mariano Casanova, se lograba solucionar el problema de la sede vacante en Santiago (1878-1886). Con ello se hacía posible, también, el nombramiento, por parte de la Santa Sede, de los obispos para las diócesis de Concepción, Mons. Fernando Blaitt, y de Ancud, Mons. Juan Agustín Lucero.

Sin embargo, tras esta aparente solución diplomática entre el Estado de Chile y el Vaticano, la confrontación religioso-política dejó sus secuelas. Muchas de las dificultades que pondrán y ataques que harán parlamentarios radicales y liberales contra la misión salesiana de Dawson, es preciso comprenderlos dentro de este clima confrontacional suscitado en el período de la «sede vacante» del arzobispado de Santiago.

2. LA LLEGADA DE LOS SALESIANOS A CHILE

En abril del año 1887, Mons. Juan Cagliero viaja desde Buenos Aires a Concepción, donde funda el primer «taller» salesiano en Chile.

La intención del catolicismo chileno, en lo relativo a traer a los salesianos, es explicitada, una vez más, por el vicario general de Concepción, Pbro. Domingo Cruz, quien había solicitado a Don Juan Cagliero un grupo de salesianos para «abrir escuelas profesionales como único medio eficaz para educar y alejar del vicio a la juventud pobre y humilde».¹⁶

El interés por la juventud pobre, que muestra el grupo católico chileno, era resultado de su inquietud por proporcionar a los hijos de los obreros una promoción a través de la capacitación técnica y, al mismo tiempo, lograr la defensa de la fe amenazada por el laicismo ateo. Ellos pensaban que esto se lograría mediante talleres y escuelas

técnicas en que, junto con la religión, se les enseñara un oficio manual. Además de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, ya establecidos en Santiago con una casa de talleres y una escuela, se intenta ahora traer al país a los escolapios y a los salesianos.

En Concepción, Mons. Juan Cagliero debió ser atendido del accidente que sufriera en la travesía de la Cordillera de los Andes. Allí se le unió Mons. José Fagnano y ambos viajaron luego a Santiago.

Mons. José Fagnano, en su carta a San Juan Bosco, del 11 de mayo de 1887, fechada en Santiago, expresa: «Parece que todo Chile nos estaba esperando». ¹⁷

Esta frase sintetiza el triunfal recibimiento que la población chilena brinda a los salesianos a su llegada al país, en Concepción, Los Angeles, Linares, Talca, Santiago y Valparaíso, como fruto de un clima que el clero y el catolicismo conservador habían creado en el país.

En aquella época, estos recibimientos triunfales se repetían con cada una de las nuevas congregaciones que llegaban al país, para hacerse cargo de las distintas obras de caridad o de apostolado social que habían surgido por iniciativa de los católicos en beneficio de los necesitados. Cada una de las bienvenidas ofrecidas a las nuevas congregaciones europeas, que llegan al país durante el período de Mons. Casanova, se constituye en una «apoteosis», en que la oligarquía católica, junto con sus sirvientes, organizan actos que se transforman en explosión del fervor religioso popular. A través de estos «triumfos», se ofrece la oportunidad de demostrar la fuerza de apoyo con que la Iglesia cuenta entre el pueblo y la pujanza que tiene en el mundo el catolicismo vinculado al Papa, al hacer posible la llegada de estas «inyecciones extranjeras». ¹⁸

Aun teniendo en cuenta este cuadro, que se repite en cada una de las recepciones triunfales dadas a los grupos misioneros, es posible afirmar que la llegada de los salesianos a Chile, debido a los antecedentes anteriormente señalados, constituyó un hecho inédito. La figura de Don Bosco tenía ya ganado, en medio de la sociedad chilena, un gran aprecio, que incluso era compartido tanto por conservadores como por liberales, ya que se le describía como un santo moderno, un amigo del progreso científico-técnico.

Los salesianos, entonces, son acogidos en el país, no con ese nombre, sino como los «Hijos de Don Bosco» y son precedidos por la gran fama de su fundador. La admiración por este santo educador se hará evidente en la Iglesia chilena al año siguiente, con motivo de su muerte. Las solemnes exequias que con motivo del fallecimiento de Don Bosco se realizan, en el mes de abril de 1888, primero en Concepción, luego en Talca y finalmente en la catedral de Santiago, son algo extraordinario. El sentimiento de condolencia, que domina a la Iglesia chilena, permiten al Pbro. Don Ramón Ángel Jara, presidente de los cooperadores salesianos en Chile, pronunciar aquella excelente oración fúnebre, en que declarará que la muerte de Don Bosco era algo que afectaba al catolicismo chileno.¹⁹

La gran acogida que encontraron los salesianos a su llegada a Chile y, por otra parte, el hecho de no haberse establecido directamente en Santiago, sino primero en Concepción, luego en Punta Arenas y Talca y finalmente, en 1891, en Santiago, hizo posible que no cumplieran con las normas del Patronato, que exigía a toda nueva congregación solicitar el permiso del Estado para ingresar al país. Tampoco, Mons. José Fagnano comunica al Gobierno su rango de Prefecto Apostólico, ya que teme con fundamento que, por no haber sido ni propuesto, ni comunicado su nombramiento al Gobierno de Chile por la Santa Sede, pudiese encontrar oposición. La Congregación de Propaganda Fide jamás mencionará el asunto en sus relaciones con las autoridades chilenas. Por lo mismo, la situación de Mons. José Fagnano, tanto para la Iglesia chilena como para el Estado, será la de un simple sacerdote. Ello le originará más tarde múltiples problemas.

El 21 de abril de 1887, Mons. Fagnano se entrevista en Ancud con el obispo fray Juan Agustín Lucero, del cual dependía el territorio de Magallanes. Este le promete ayudarlo y hacer la presentación oficial al Gobierno del nombre del párroco que Don José Fagnano indicara, a fin de que este recibiera el estipendio correspondiente.

Don José Fagnano se desplaza buscando los apoyos que requiere su misión. Viaja a Talca, donde se entrevista, el 7 de mayo, con el Arzobispo Mariano Casanova. Luego, se traslada a Santiago, donde se reúne con el presidente de la República, don José Manuel Balmaceda, y con el ministro de Relaciones Exteriores, Colonización y Culto, don Francisco Freire.

El presidente, aun siendo liberal, le promete ayudarlo en su empresa y el ministro le da una carta de presentación para el gobernador de Magallanes.²⁰ En todos estos trámites ante las autoridades de Gobierno, fue acompañado y respaldado por el rector del Seminario, don Rafael Eyzaguirre.

El obispo de Ancud, Mons. Lucero, para hacer más expedito todo lo proyectado, procede a nombrar a don Rafael Eyzaguirre como encargado de recolectar limosnas para las misiones de Tierra del Fuego. A su vez, el arzobispo de Santiago lo autoriza, además, para hacer una colecta en su arquidiócesis.²¹ Existe, desde luego, un apoyo total de parte de las autoridades gubernamentales y eclesiásticas.

Por otra parte, con la presencia de Mons. Fagnano en Santiago se pasó a implementar una organización católica cuyo objetivo era dar apoyo al proyecto de las misiones de Tierra del Fuego. Don Rafael Eyzaguirre, que era un sacerdote emprendedor y tenía gran influencia social, asumió este papel y organizó un grupo de católicos conservadores que, en su calidad de cooperadores, serían los que con sus fortunas e influencia ayudarían a las misiones de Magallanes.

El respaldo que este connotado grupo de católicos conservadores da a los así llamados «Hijos de Don Bosco», es en vista de entregarles una doble tarea, tal como Mons. Ramón Ángel Jara lo expresara:

«Si grande era a juicio de Don Bosco la necesidad de salvar a los niños de nuestros centros civilizados, mayor es, y con sobrada razón, la urgencia de redimir de la barbarie a aquellos infelices paganos».²²

En esos años, la tarea de establecer una misión en Magallanes y Tierra del Fuego, que atendiera a los indios del extremo austral, había adquirido gran importancia para el Estado chileno, a causa de los litigios de límites territoriales suscitados con Argentina en esas tierras. A ello se debe agregar la concesión de terrenos magallánicos a compañías comerciales que se dedicaban a la crianza de ovejas, lo cual había hecho converger capitales e intereses económicos a esa región.

Por lo tanto, los salesianos, providencialmente, asumían la evangelización de esa región inhóspita y apartada, lo cual tenía implicancias para la soberanía territorial de Chile en esas tierras. Desde el descubri-

miento del Estrecho de Magallanes, se había constituido en una dificultad insuperable dar atención pastoral a los aborígenes que allí vivían. Había sido imposible encontrar misioneros que aceptaran ir a trabajar a una zona en que, a la terrible dureza del clima, se sumaba un ambiente hostil por parte de la escasa población blanca allí establecida, los que en su mayoría manifestaban un fuerte ánimo anticlerical.

Con fecha 10 de junio de 1887, el ministro Francisco Freire, a nombre del presidente de la República concede:

«Visto lo expuesto por el misionero Fray José Tognano (sic) en la presentación que precede y, considerando que conviene estimular los esfuerzos que tiendan a sustraer al estado de barbarie a los indígenas que habitan el territorio de la República, decreto: Se destina la suma de un mil pesos para auxiliar a los miembros de la comunidad salesiana encargados de establecer en Punta Arenas un centro de misiones en favor de los indios tehuelches y fueguinos que existan en el territorio de Magallanes.»²³

Esta suma es entregada a don Rafael Eyzaguirre. En el mes de julio de ese año irrumpe en el escenario público del país el grupo de católicos que patrocinan con su dinero y su influencia social y política las misiones de Tierra del Fuego. La carta, que en este sentido dirigen al Gobierno, con fecha 24 de julio de 1887, revela todo el sentir que los anima. Está firmada por sus principales integrantes: fray Juan Agustín Lucero, obispo de Ancud; Abdón Cifuentes, Salvador Donoso, Benjamín Edwards, Maximiliano Errázuriz, Rafael Eyzaguirre, Domingo Fernández Concha, Vicente García Huidobro, Manuel José Irrázaval, Patricio Larraín, Carlos Lyon, Pedro N. Marcoleta, Miguel Rafael Prado, José Ramón Saavedra, Joaquín Valledor, Juan de Dios Vergara y Blas Vial. Dicha carta expresa en su parte más importante, lo siguiente:

«La extremidad austral del territorio chileno, conocido con el nombre de Tierra del Fuego, está habitada por hordas salvajes que viven en completa desnudez, sin techo que los abrigue, sin hogar que los reúna y sin más sustento que lo que produce espontáneamente la tierra o los desperdicios que el mar arroja a sus playas. Son acaso los salvajes más incivilizados del mundo y en los que se halla más abatida la dignidad humana. Esta abyecta situación de hombres que, por habitar en nuestro territorio, deben ser contados en el número de nuestros compatriotas, no pueden menos que excitar la compasión de todo

el corazón cristiano y patriota; ya que no es posible mirar con indiferencia la pérdida de tantas almas llamadas a destinos inmortales y no interesarse porque los beneficios de nuestra adelantada civilización se extiendan a todos los nacidos en el territorio chileno.

«La Divina Providencia nos ofrece la ocasión de levantar de la abyección a esta porción infortunada de nuestros compatriotas con el establecimiento de las misiones en la Patagonia, que han tomado recientemente a su cargo los beneméritos padres salesianos. Pero por grande que sea el celo apostólico de estos obreros evangélicos, esto no basta para llevar a término empresa tan ardua. Es menester auxiliar el celo de los misioneros con recursos en dinero y especies, que les permitan ganarse la voluntad de los salvajes con agasajos y obsequios, establecer residencias misionales, abrir escuelas, levantar capillas y atender a la subsistencia de los obreros evangélicos.

«La reciente exploración de la Tierra del Fuego, verificada por el prefecto de las misiones, ha producido en los exploradores el conocimiento de que, con los recursos necesarios, la evangelización de la Patagonia puede ser en pocos años un hecho consumado...»²⁴

Conviene señalar el vocabulario empleado en este documento, típico del siglo XIX: «nuestra adelantada civilización», «es enfrentada con hordas salvajes», «acaso los salvajes más incivilizados del mundo». Es el lenguaje del siglo: civilización única (la euroamericana), frente al salvajismo de los nativos.

Al partir hacia el sur, los misioneros Cagliero y Fagnano dejan en Santiago a este grupo de cooperadores que, presididos por don Rafael Eyzaguirre, respaldarán su acción misionera. Al poco tiempo comunicarán a Mons. Fagnano que en la colecta han juntado \$13 000. Se da el caso de varias donaciones privadas, como la de doña Amalia Errázuriz de Subercaseaux, que entrega un valiosísimo collar de perlas -regalo de su esposo don Ramón Subercaseaux- para costear el viaje de las primeras hermanas de María Auxiliadora a Tierra del Fuego.²⁵

3. ESTABLECIMIENTO EN LA ISLA DAWSON

Los dos prefectos apostólicos, Mons. Cagliero y Mons. Fagnano, viajan en el buque «Magellan Liverpool», que sale de Valparaíso el 16 de mayo de 1887, rumbo a Buenos Aires. El 24 de

ese mes se encuentran frente a Punta Arenas, pero la furia de un temporal les impide descender.

El 21 de julio de ese mismo año, vuelve Mons. Fagnano a Punta Arenas, llevando, esa vez, una pequeña expedición misionera integrada por el sacerdote Antonio Ferrero, el clérigo Fortunato Griffa y el hermano coadjutor José Audisio.²⁶

En la ciudad se presenta a saludar al gobernador don Francisco Sampaio, quien puso serios reparos al hecho de que siendo Monseñor extranjero tuviese un cargo eclesiástico, situación contraria a las leyes de la República. Solo después de ver las recomendaciones que traía le permitió iniciar su obra en Punta Arenas.

En carta a Mons. Mariano Casanova, Don José Fagnano expresa: "Hemos llegado aquí el 21 de julio y nos hemos establecido para trabajar en la conversión de los indios y, al mismo tiempo, atender a la educación religiosa de los niños pobres de esta localidad, tan aislada y abandonada en cuanto al espíritu religioso, que no me parece Chile. Tenemos esperanza de que con la bendición de Dios podremos hacer algún bien a estas almas que tanto lo necesitan..."

«Tengo que agradecer a V.E. el permiso dado para recolectar limosnas en favor de esta misión. ¡Pobres fueguinos!, se hallan en la ignorancia y en extrema miseria, pues no conocen trabajo ninguno y se ven obligados a ir de un lugar a otro para poder saciar su hambre, y para poder instruirlos hay que proporcionarles alimento.

«Por medio de Mons. Lucero se presentó un proyecto al Gobierno para que ayude con una buena cantidad a la misión, pues se trata de adquirir para la República y la religión cristiana a unos mil salvajes y hacer de ellos buenos ciudadanos. Si V.E., hablando con personas influyentes, pudiera hacer que se nos ayude en estas obras, lograría un gran bien. Acepte nuestros obsequios y bendíganos a todos».²⁷

Entretanto, con sistemática periodicidad, Mons. Fagnano comienza a escuchar noticias referentes a que los indios han matado en Tierra del Fuego a alguno de los buscadores de oro o que se comen las ovejas del Gobierno o de las compañías instaladas en la región. En carta del 21 de septiembre, le expresa a Mons. Cagliariero sus temo-

res por las represalias que se pueden tomar en contra de los indígenas.²⁸

Los pueblos originarios que habitaban la región sur de Chile pertenecían a cuatro grupos étnicos diferentes.

Los dos primeros eran pescadores del sector del Pacífico, así llamados los «Nómades del mar», y son: los **yaghanes**, ubicados en los archipiélagos del extremo meridional del continente; los **alacalufes**, que vivían alrededor del Estrecho de Magallanes y en sus excursiones alcanzaban por el norte hasta el Golfo de Penas. Ambos usaban canoas hechas de corteza de árboles y se alimentaban de la pesca y de la recolección de mariscos, por lo que debían desplazarse constantemente por los canales que rodean los archipiélagos. Los **tehuelches** ocupaban la parte continental austral, junto al Estrecho de Magallanes. Eran nómades y cazadores, que rápidamente habían incorporado a sus costumbres el uso del caballo para sus cacerías; y los **onas**, finalmente, eran pueblos cazadores que habitaban la isla grande de Tierra del Fuego. Se desplazaban de un extremo al otro de la isla en busca de guanacos y otros animales, al tiempo que se proveían de los productos del mar.²⁹

El 25 de diciembre de 1887, Monseñor logró tener equipada una expedición, cuyo objetivo era hacer un reconocimiento de la región para estudiar en el terreno mismo en qué lugar se debía establecer la misión. Contrató la goleta «Victoria», haciéndose acompañar por el Hno. José Audisio y tres hombres a sueldo. Llevaba, para desplazarse en tierra, cinco caballos. Lo primero que visitó fue la Isla Dawson: recorrió a caballo desde Bahía Willis a Bahía Harris, atravesó la isla hasta Bahía Lomas para finalmente regresar al punto de partida. Luego, continuó su viaje de reconocimiento hacia el sur, navegando por el Seno del Almirantazgo, desembarcó en isla grande, donde, a pesar de las advertencias de peligro, visitó Bahía Inútil, Porvenir y Bahía Gente Grande. Su gran preocupación era hallar a los indios onas. Los buscó hasta encontrarlos y regalarles víveres.

Habiendo elegido Isla Dawson como lugar de la misión, regresó a Punta Arenas y de ahí se dirigió a Europa a buscar refuerzos y ayuda. Por espacio de nueve meses, recorre ciudades europeas solicitando donaciones y entusiasmo con su ideal a diversas sociedades

misioneras que habían surgido en Europa. Da a conocer las necesidades de los indígenas y el gran abandono en que se encuentran.

En el mes de septiembre de 1888, está de regreso en Punta Arenas, donde se dedica a preparar la expedición de fundación de la misión en Isla Dawson. Para ello, comienza a hacer las compras necesarias y a contratar trabajadores. Al mismo tiempo, hechas las consultas pertinentes respecto al trámite jurídico para obtener la concesión de la isla, eleva una solicitud, el 12 de enero de 1889, directamente al presidente de la República, don José Manuel Balmaceda, en estos términos: «El abajo firmador, vecino de Punta Arenas y Superior de los sacerdotes misioneros, me presento a V.E. y digo:

«1° Que hace dos años doy misiones a los salvajes de la Tierra del Fuego, los que pobres y desnudos encontré, se entregarían de buena voluntad a la civilización; 2° Que todo cuanto hice es casi frustrado por la gran dificultad de tenerlos reunidos en un punto solo, pues esto es necesario para instruir a todos y educar a las criaturas; 3° Que el medio seguro de ganarlos a la civilización es proporcionarles trabajo al alcance de su inteligencia y de sus fuerzas, alimentarlos y vestirlos hasta que se ganen lo necesario a la vida».

«Con este objeto, pido al Superior Gobierno en arriendo por veinte años la Isla Dawson situada en el centro del Estrecho de Magallanes. Esta, por su posición, es central, sea para los indios de la Tierra del Fuego, sea para los que corren por los canales; es bastante espaciosa para todos esos infelices y es cómoda, pues proporciona madera para la construcción de las casas, que deberían levantarse, y pasto para el ganado que se introduciría, así que me prometo un éxito seguro en la misión».

Luego explicita la importancia de tal misión y los diversos edificios que piensa construir. Concluye diciendo: «Impulsado por el ejemplo del P. Juan Bosco, de santa memoria, el cual trabajó tanto para instruir a los pobres y proporcionarles comodidad de aprender un arte u oficio con que ganarse honradamente la vida, persigo este noble objeto y creo que el Superior Gobierno me ayudará en esta obra que hará honor al país.

«Es de más añadir que en todo me sujeto a las leyes de la República, siendo nuestro fin hacer de los salvajes buenos cristianos y buenos ciudadanos de esta nación».³⁰

Al dirigirse al Supremo Gobierno, Mons. Fagnano se cuida muy bien de no hacer uso de su rango de prefecto apostólico, que le había sido otorgado por la Congregación de Propaganda de la Fe, sin aprobación del Gobierno chileno. Solo se identifica como superior de los misioneros, ya que lo contrario le significaría ser acusado de atentar contra el Patronato, lo cual era catalogado de violación a la soberanía nacional.

En vista que ante el Gobierno de don José Manuel Balmaceda no era más que un sacerdote extranjero, acude a dos instancias para que avalen su petición, esto es, a Mons. Rafael Eyzaguirre, rector del Seminario y cuya influencia social y política le era reconocida en la sociedad chilena, y al obispo de Ancud, que según el ordenamiento jurídico del Ministerio de Culto, era quien tenía la jurisdicción sobre las misiones de los salesianos en Magallanes.

En su carta, Mons. Rafael Eyzaguirre, asumiendo el papel de representante del P. José Fagnano, superior de los misioneros establecidos en Punta Arenas, ante el Gobierno plantea los siguientes temas medulares: 1) describe la situación de atraso en que viven los indios de esa zona y la necesidad de atraerlos a un lugar fijo donde se les pueda civilizar, razón por la cual solicita al Gobierno la cesión de la Isla Dawson por el espacio de veinte años; 2) señala las bondades que tiene la isla para establecer allí la misión salesiana. En su proyección a futuro, acota que el producto práctico será que los indios, una vez civilizados, «se convertirán en peones baratos, que permitirán realizar una producción abundante a poca costa» y una vez que los indios vivan tranquilos, ciertamente llegarán a esos lugares ciudadanos de Chile o del extranjero a hacerse colonos; 3) destaca que Mons. Fagnano, siguiendo el ejemplo de Don Bosco, se propone enseñar a los indios la agricultura y varias industrias. Para lograr este fin, solicita se le entreguen quinientas cabezas de ganado, bajo inventario, para devolver igual número al fin de los veinte años, a cuyo término y, teniendo cuenta de los sacrificios exigidos a los misioneros y los beneficios para el Estado, solicita se conceda en propiedad a Don José Fagnano dos mil hectáreas en el lugar de su elección.³¹

Por su parte, el obispo de Ancud, Mons. Agustín Lucero, se preocupa de legitimar, conforme al Patronato, la venida de los salesianos a Magallanes. Por esto, en carta del 23 de abril de 1889, declara ante el Gobierno que: «... la llamada de los pp. salesianos

para evangelizar a los de Tierra del Fuego fue de acuerdo con el Supremo Gobierno y me es de gran manera grato decir a V.S. que se cuenta con un personal a nuestro juicio suficiente para dar comienzo a los trabajos propios de la misión»³²

En lo central, el contenido de la carta de Mons. Lucero respalda la carta petición de Mons. Fagnano, esto es: el lugar mejor, de acuerdo con la finalidad evangelizadora y civilizadora de la misión, es la Isla Dawson, ya que allí pueden construir los edificios necesarios para esta labor. El Sr. Obispo no solicita la concesión de toda la isla, sino una extensión de terreno que no baje de dos mil hectáreas; plantea la necesidad que existe de que el Gobierno dé apoyo, aportando recursos pecuniarios, ya que para atraer a los indios y para alimentarlos son necesarios, y los misioneros carecen de dinero. Acota que los salesianos que trabajan en la Patagonia argentina lo reciben del Gobierno de Buenos Aires; sobre la base de los argumentos anteriores, solicita al Supremo Gobierno se sirva decretar una ley que beneficie la misión civilizadora de Tierra del Fuego con la cantidad de cincuenta mil pesos. Con gran diplomacia, agrega que no duda de que el Gobierno accederá a esta petición, «animado como está del progreso y engrandecimiento intelectual y moral de la República»; como argumento de respaldo a lo anterior, agrega que los misioneros ya llevan dos años residiendo en Punta Arenas y durante este período han prestado importantísimos servicios, viviendo solo de la caridad cristiana. Debido a esta falta de recursos, no han podido extender sus beneficios a las tribus indígenas. En caso de que no se pueda conceder la suma solicitada de una vez, solicita se apruebe para ser entregada en parcialidades a medida que se necesite para la realización de las diversas obras.³³

La solicitud presentada al Gobierno por don Rafael Eyzaguirre, «en representación de Mons. Don José Fagnano, jefe de los misioneros salesianos que trabajan en Magallanes por la reducción de las tribus salvajes de la Tierra del Fuego...»³⁴, siguiendo su tramitación, fue sometida al juicio del gobernador de Magallanes Sr. Francisco Sampaio Guzmán, quien, en carta del 12 de marzo de 1889, emite el siguiente informe:

— Se muestra totalmente de acuerdo que se conceda la ocupación de Isla Dawson por el término de veinte años. En lugar de las quinientas cabezas de ganado solicitadas en la carta de Don Rafael, él

está de acuerdo en que se le entreguen las mil cabezas que posee el fisco en Agua Fresca y la propiedad de dos mil hectáreas al final del período concedido a la misión. Esto lo fundamenta en lo necesarios que son la misión, los gastos de consideración que ella demanda y el beneficio que aportará, transformando al indígena en ciudadano útil para la sociedad.

— Sin embargo, plantea cinco condicionantes. Las tres primeras se refieren al término de los veinte años: 1) Las mejoras que los misioneros entreguen al Estado no deben bajar de un valor de treinta mil pesos; 2) El ganado que se devolverá debe ser equivalente al que se entregue en clase y edad; 3) Para concederles las dos mil hectáreas que solicitan, deberán introducir colonos europeos o norteamericanos. Las otras dos condiciones deben cumplirse durante el período en que funcione la misión, y estas son: 4) Se debe mantener en la isla y en el paraje que fije la Sociedad Hidrográfica una luz de sexta orden; 5) La misión debe proveer de carne gratis a los buques del Estado que estacionen en la isla.³⁵

Ciertamente, eran exigencias un tanto desmesuradas para una misión establecida en esas regiones, pero reflejan la mentalidad estatista liberal frente a las obras pertenecientes a la Iglesia. El gobernador Francisco Sampaio había sido gobernador de Magallanes desde 1880 y, precisamente, en esos momentos, era relevado de su cargo y siendo sustituido por el general Samuel Valdivieso.

Al nuevo gobernador se le solicita, por oficio del Ministerio de Relaciones Exteriores, Colonización y Culto, manifieste su parecer sobre el informe emitido por el gobernador Sampaio. El gobernador Valdivieso, en respuesta, dada con fecha del 6 de mayo, señala lo siguiente:

Ratifica plenamente las consideraciones en que se ha fundado su antecesor para opinar a favor de la petición hecha por Don José Fagnano, pero considera excesivas e inconducentes las exigencias primera, cuarta y quinta, por lo cual propone que se simplifiquen y queden reducidas a tres: 1) Se devolverá el ganado en clase y edad igual al que se entrega; 2) Las mejoras en edificios, corrales, cercos, potreros, deben quedar a beneficio del Estado; 3) Introducidos los colonos, en conformidad con la ley, se extienda al Sr. José Fagnano el título de propiedad de las dos mil hectáreas que pide.»³⁶

Mientras se realizaban estas consultas a nivel ministerial, Don José Fagnano, con un gesto de pionero muy propio de su temperamento, sin contar con la respuesta del Gobierno chileno, da inicio a su gran obra misionera. Confía plenamente en el respaldo que le daba el grupo de Cooperadores establecido en Santiago. El 3 de febrero de 1889, se embarca en la goleta «Fueguina», yendo al frente de la expedición fundadora de la misión en la Isla Dawson. Desembarca en Bahía Willis. El equipo humano estaba integrado por el padre Antonio Ferrero, el coadjutor Juan B. Silvestro, 11 hombres contratados por un sueldo de \$ 35 y un capataz por \$ 40. Por otra parte, transportaba 13 vacas, 1 toro, 3 caballos y 20 ovejas, con los que pensaba comenzar una crianza de ganado que autoabasteciera de carne a la misión.³⁷

Poco a poco, algunos indios alacalufes se acercan a los misioneros, quienes los acogen, lavan, visten y dan de comer. Manifiestan una verdadera alegría por el hecho de que los indios se les acerquen. Como director de la misión ha quedado el P. Ferrero. Entretanto, Mons. Fagnano regresa a Punta Arenas para conseguir lo que aún falta en esa naciente misión.

El 19 de marzo de 1889, Mons. Fagnano decide cambiar la ubicación de la misión. La traslada desde Bahía Willis a Bahía Harris, donde el puerto era más hondo y existía agua potable en abundancia. Allí establece en forma definitiva la misión, a la cual, en homenaje a don Rafael Eyzaguirre, da el nombre de «San Rafael».

Preocupado por obtener de parte del Gobierno la firma del decreto ley que le asegurara la concesión de Isla Dawson, viaja a Santiago, en compañía del P. Ferrero, el 2 de junio de 1890. Llegado a la capital, los amigos de la misión le consiguen una entrevista personal con el presidente José Manuel Balmaceda, quien, con fecha 11 de junio, firma el decreto en el que se concede:

«Vista la solicitud y antecedentes adjuntos, y considerando:

— Que hay conveniencia en que el Estado favorezca y estimule a empresas que tengan por objeto civilizar a los indígenas de Tierra del Fuego;

— Que a más de los fines humanitarios que se persiguen con tal sistema, también se contribuye con él a facilitar la colonización de tan apartados territorios de la República;

— Que la propuesta que se hace en la solicitud arriba mencionada no impone al fisco gravamen de ninguna clase, decreto: Se concede al R.P. José Fagnano, como superior de los misioneros salesianos establecidos en Punta Arenas, el uso y goce de la Isla Dawson, situada en el Estrecho de Magallanes, a fin de que establezcan en ella una capilla, una enfermería, una escuela destinada a la enseñanza de los indígenas y las demás construcciones que se creyeren necesarias para la explotación de sus terrenos. Esta concesión se hace por un plazo de veinte años, contados desde la fecha en que se dé al mencionado padre Fagnano posesión de la mencionada isla; pero si el Estado resolviere dar otro destino a los terrenos otorgados, podrá reivindicarlos, dando al concesionario, para los efectos del desahucio y con dos años de anticipación, el aviso correspondiente.

Las mejoras en los edificios introducidos en la Isla Dawson las abonará el fisco, a justa tasación de peritos nombrados, uno por cada parte, si los referidos misioneros no alcanzan a disfrutar diez años los terrenos concedidos.

Autorízase al gobernador de Magallanes para que, en representación del fisco, proceda a reducir a escritura pública el presente decreto.»³⁸

Analizando el texto de este decreto, se puede deducir que: el Gobierno otorga a la misión salesiana un énfasis prioritariamente civilizador y colonizador; en ningún caso se da el título ni de Monseñor, ni de Prefecto Apostólico a Don José Fagnano; la obligación de la misión consiste en establecer una capilla, una enfermería y una escuela para los indios; se acepta que la misión explote en su beneficio los terrenos de la isla; al conceder la posesión de Isla Dawson a los misioneros salesianos, no se hace alusión al hecho de que ya se encontraban establecidos en ella.

Mons. Fagnano, por su parte, no oculta a la opinión pública el antecedente de haber ocupado ya la Isla Dawson. Con motivo del 16 de julio de ese año, él dirige, a través de la prensa de Santiago, un llamado a los católicos. Evoca el significado que para los chilenos tiene la Virgen del Carmen, cuya fiesta se celebraba ese día, y apela: «A nombre de ella, pues, vengo de la región más apartada de Chile, de Tierra del Fuego, a pedir una limosna que le sea grata». Agrega que se

trata «de sacar de la barbarie salvaje a la parte más desgraciada de Chile». Luego, añade: «Merced a la piedad de mi venerado fundador, Don Juan Bosco, y a las limosnas que él me suministró, como a la caridad del pueblo chileno mediante la colecta que, en 1887, iniciaron respetables sacerdotes y caballeros, se ha podido instalar la misión y ya empieza a dar los primeros frutos». Para él, la misión se ha establecido en Punta Arenas y en Dawson. Y con respecto a la misión de la isla, públicamente da a conocer su situación: «En la Isla Dawson tenemos la segunda casa de la misión, compuesta de dos sacerdotes y tres hermanos, un monasterio de dos religiosas y once maestros o peones que sirven para los trabajos y para prevenir los atentados que pudieran cometer los indios a semejanza del que ocurrió el año último. Los indios que viven ahí de la misión alcanzan ya a cien, que se han ido juntando en la isla poco a poco; pues, como se sabe, no tienen los salvajes paradero fijo, y ni siquiera construyen casas de habitación. En los hielos de aquellos lugares, viven en la inclemencia y sin vestidos, casi como los animales».

Concluye su carta pública diciendo que en Santiago se han prestado, para recibir erogaciones y ayudarlo, el canónigo don Miguel R. Prado y el señor rector del Seminario, «cuya caridad me tiene muy reconocido».³⁹

Hacia fines del mes de octubre, Mons. Fagnano emprende el regreso a Punta Arenas. Había logrado una significativa ayuda. Por parte del Gobierno, consigue una orden para que el gobernador le preste 500 animales vacunos para la misión y otras ayudas. Las limosnas de particulares le permiten llevar a bordo del «John Elder» \$3.000 en víveres y \$1.000 en materiales. Pero, fundamentalmente, logra del Gobierno liberal del presidente Balmaceda el decreto que le entregaba la Isla Dawson por 20 años.

Isla Dawson está situada en el grado 54 de latitud sur y 70°-71° de longitud occidental. Tiene una extensión de 1.330 km. Alcanza a 70 km de largo por 25 km en la parte más ancha. Ubicada en medio del Estrecho de Magallanes, tiene al este el Canal Whiteside y al suroeste el Canal Gabriel, que la separa de Tierra del Fuego. La elevación máxima de sus colinas alcanza a 800 metros. Las llanuras más aptas para la crianza de ganado están ubicadas al norte de Bahía Harris.

La razón por la cual Mons. Fagnano escogió la isla para estable-

cer la misión la expone él mismo: «Me había formado una idea de los indios, su número, sus costumbres, estudiando al mismo tiempo el modo de auxiliarlos. Juzgué bien al principio traer algunos aquí (Punta Arenas) para empezar el trabajo, y, en efecto, traje a dos familias que dejé al cuidado de un sacerdote y de las familias Téllez y Ramírez.

«Hice un viaje a Europa en demanda de personal apto para la misión y volví a fines de septiembre de 1888. Pero, yo aquí vi con mucho sentimiento que las dos familias iban sufriendo en su salud, tanto que a pesar de los cuidados del Sr. Dr. Lautaro Navarro y de las Hijas de María Auxiliadora perecieron del pulmón todos los individuos».

Entonces pensé en ensayar en la Isla Dawson, donde llevé a un sacerdote, a un catequista y a dos peones, para que levantaran ranchos a los indios y habitación para nosotros. Esto pasaba en febrero de 1889».⁴⁰

Esto significa que Monseñor descartaba la idea de establecer la misión en la isla grande de Tierra del Fuego por todos los atropellos que allí se cometían en contra de los indígenas, sin que autoridad alguna se interpusiera para evitarlo.

CAPÍTULO SEGUNDO

ORGANIZACIÓN DE LA MISIÓN DE SAN RAFAEL

1. EXPERIENCIA SANGRIENTA

Al llegar a Isla Dawson, en febrero de 1889, los misioneros la encontraron desierta. A los pocos días se acercaron los primeros alacalufes en una piragua. Miedosos y desconfiados, fueron atraídos por las galletas, el tabaco y la ropa que les ofrecieron los salesianos. Detrás de estos aparecieron dos canoas más. Con estos 17 alacalufes los misioneros comenzaron su trabajo, consistente en lavarlos, vestirlos y tratar de liberarlos de los parásitos que hervían en sus cabelleras.⁴¹

Impulsados por el deseo de acercarlos lo más pronto posible a los sacramentos, los hacen asistir, ya el domingo siguiente, a la celebración de la misa. Asimismo, comienza de inmediato la preparación para el bautismo. La instrucción religiosa se les imparte en la mañana y en la tarde. Un primer paso es enseñarles a hacer la señal de la cruz y aprender de memoria las oraciones. Aplicaban el método que tradicionalmente se usaba en las misiones rurales y que ellos habían aprendido en los pueblos del Piamonte.

En los meses que siguieron, el trabajo fue intenso. Se debió trazar un pequeño plano de la misión y para ello quitar árboles y aplanar el terreno. Así, fue surgiendo el primer núcleo compuesto por un galpón amplio, destinado a los misioneros, y seis pequeñas casas para habitación de los indígenas. Los alacalufes se negaron a entrar en las nuevas construcciones y exigieron que primero les quitaran las puertas y ventanas. Solo después de habitarlas durante cierto tiempo, aceptaron quedar «encerrados» por una puerta.

Los indígenas mantenían en forma permanente una actitud recelosa. Con sus cuerpos untados con grasa, dejaban, a los pocos minutos, casi irrespirable cualquier lugar cerrado. Los misioneros continúan su labor civilizadora con este primer núcleo indígena, enseñándoles a cocinar los alimentos en ollas y poco a poco los introducen en el trabajo, pues se quejaban de todo. La estrategia fue llevarlos por turno a tareas tales como cortar leña y hacer aseo en los distintos lugares, tres horas antes de la comida. Así se sentían motivados.

Desde febrero a septiembre de 1889, el trabajo de los maestros carpinteros no tuvo descanso, pues debieron construir las distintas dependencias de la misión. Un nuevo misionero, el P. Bartolomé Pistone, se une al trabajo que ya estaban realizando el P. Ferrero y el Hno. Silvestro.

Un suceso de sangre, ocurrido el 9 de septiembre de ese año, marcó en forma muy notoria la experiencia de Dawson. La secuencia de los hechos es narrada con abundancia de pormenores en los informes de la época.

En síntesis: el 7 de septiembre, aprovechando el paso casual de una embarcación que iba a Punta Arenas, los maestros y operarios contratados viajan a esa ciudad con el P. Ferrero. Se les habían concedido algunos días libres con motivo de las fiestas patrias. En la isla quedan a cargo de los indios sólo el P. Pistone y el Hno. Silvestro. Al día siguiente, los misioneros advierten con extrañeza que todos los indios han desaparecido de la misión. En la mañana del día 9 aparece un grupo de seis alacalufes. Luego, en la tarde, regresan encabezados por el indio Capitán Antonio.

El P. Luis Carnino, que luego será director de la misión por varios años, nos ha dejado esta narración: «El pequeño José le presentó al P. Pistone una hermosa piel de nutria. Era la señal del ataque. Antonio y Jacinto cogieron fuertemente al sacerdote de los brazos, mientras Francisco, con un gran cuchillo, intentó degollarlo; el misionero logró esquivar el golpe recibiendo una larga herida que le cruzó la cara hasta el mentón y cuya cicatriz conservó hasta la muerte, acaecida en Valparaíso, 20 años más tarde.»

«El indio Miguel, por su parte, quiso decapitar al hermano Silvestro, quien logró desviar la cabeza, recibiendo una gravísima herida en un hombro; se desplomó y se hizo el muerto. El P. Pistone, con un fuerte sacudón, logró desasirse de los dos que le sujetaban y echó a correr hacia el bosque vecino, siendo perseguido por los salvajes. Silvestro aprovechó la coyuntura para entrar a la casa y, por una ventana, disparó dos tiros de rifle 'Gras', que en el contorno de la bahía sonaron como un cañonazo que asustó enormemente a los indígenas, que tenían por las armas de fuego un verdadero pánico; los salvajes huyeron despavoridos dejando de perseguir al P. Pistone. Este, al oír los disparos, vio que Silvestro estaba vivo y volvió sobre

sus pasos. Se curaron el uno al otro las heridas y se dispusieron a pasar la noche vigilando alternadamente mientras esperaban, con temor, la reaparición de los indígenas». ⁴²

El 11 de septiembre, por casualidad, recalca en Bahía Harris el cutter «Dora», que lleva la noticia a Punta Arenas, en procura de lograr un vapor que los fuera a trasladar. El cutter «Dora» vuelve rápidamente a la isla, porque no había barcos que quisieran auxiliarlos. Les llevan víveres y, como el Hno. Silvestro se agravaba, deciden trasladarlo al continente.

Sin embargo, les sobrecoge un temporal y por tres días luchan contra el viento y las olas. Son arrojados al otro extremo de la isla, en la «Punta San Pablo». El 21 de septiembre, habiendo amainado el temporal, intentan seguir navegando. Comenzaron a embarcarse en la canoa. Cuando le tocó el turno al hermano Silvestro, que iba acompañado por el capitán y un marinero, el oleaje dio vuelta la lancha y el Hno. Silvestro murió ahogado.

En el informe del P. Lorenzo Massa se lee: «El capitán, buen nadador, se encaminó sin dificultad hacia la vecina orilla; otro tanto hizo el joven salesiano, a pesar de su brazo herido; no así el marinero, que pidió auxilio a gritos. Al oírlo, se dirigió hacia él Silvestro, asiéndolo con su brazo sano, mientras se esforzaba en nadar con el brazo herido; pidió ayuda al capitán, que ya había alcanzado la orilla. Este regresó para ayudar al marinero y, después de dejarlo en la playa, se volvió para atender al salesiano; este había desaparecido bajo las aguas». ⁴³

Más allá de otros detalles, es importante destacar que con este hecho de sangre se rompió un tanto el embrujo de una ingenuidad apostólica, con la cual los salesianos habían concebido a los indios. De ahora en adelante, si bien no pierden el afecto que sienten por los indígenas, aprenden a ser más realistas. Mons. Fagnano insistirá, por una parte, que los acojan bien y, por otra, que estén atentos a la traición.

La muerte del hermano coadjutor Juan B. Silvestro, el 21 de septiembre de 1889, impactó profundamente en todos los círculos vinculados a la misión de Tierra del Fuego. La prensa de la época se hizo eco de este impacto en la sociedad chilena. ⁴⁴ Era el primer mártir de la misión y el primer salesiano muerto en Chile. Su deceso

marca un primer momento en que reina esa mística martirial que llegó a constituir un clima en todos los que trabajaron en Isla Dawson. La muerte, aun de los indios, adquirirá características de gran misticismo y vivencia de una experiencia religiosa.

La actitud apostólica de los superiores salesianos e Hijas de María Auxiliadora tiene expresiones de gran audacia misionera, producto de la convicción de que el trabajo con esos indígenas respondía a un anhelo profundo del fundador Don Bosco, al que se sentían vinculados por una fuerte carga afectiva. Por otra parte, es producto de una fe ciega y absoluta en la protección de María Auxiliadora.

El trabajo de los misioneros en esos dos primeros años sufrió los ataques continuos del Capitán Antonio. Con gran valor y paciencia, encararon varias veces el peligro. Finalmente, el indio murió en un combate con los onas en Tierra del Fuego. Las traiciones y las acechanzas de que fueron víctimas los misioneros una y otra vez, les exigieron un crecimiento en la madurez de su celo apostólico.

En aquella misma época, el indio Jacinto intentó matar al P. Ferrero, al ser descubierto robando en la despensa. Lograron desarmarlo y atraparlo. El arco y las flechas quitadas al indio se guardaron, junto a tantas otras cosas que los misioneros conservaron como recuerdo y que dieron origen al Museo Salesiano de Punta Arenas.

La misión no contaba, en esos primeros años, con subvención estatal, por lo cual dependía totalmente del apoyo que la caridad pública le brindaba. El intento de solicitar una ayuda directamente al presidente de la República, don Manuel Balmaceda, no había dado ningún resultado.⁴⁵

Si bien las dificultades eran grandes, por otro lado, en el centro del país el entusiasmo suscitado en favor de la colecta por las misiones de los salesianos en Magallanes, se expresa públicamente y se constituye en un hecho social. Las donaciones de ricos y pobres manifiestan el reconocimiento a esta gran gesta misionera.⁴⁶

2. IMPLEMENTACIÓN BÁSICA

La misión, entretanto, había progresado. Las casas de los indios, que medían 4 x 3 m, se alineaban en una calle que tenía unos 20 m de ancho. En el informe del 3 de mayo de 1890, Mons. Fagnano narra las costumbres de los indios y un poco la vida en la misión. Por las mañanas, salen temprano a buscar leña. Después de tomar desa-

yuno, los hombres van a trabajar. Mientras realizan sus labores, el misionero aprovecha para que repitan, de tanto en tanto, la señal de la cruz y alguna palabra en español. Los niños, en cambio, iban a la escuela y allí aprendían español y algunas oraciones. Las mujeres, al momento de recibir el alimento, son invitadas a hacer la señal de la cruz. En diversos momentos les hacen repetir, a todos los integrantes de la misión, los actos de fe, esperanza y caridad. Por lo general, en las fiestas, los misioneros les regalan ropa, que a veces los indios se ponen encima de la que ya llevan puesta.⁴⁷

En esos primeros años, los misioneros cuentan con el apoyo total del gobernador de Magallanes, general Samuel Valdivieso, quien no deja de expresar su admiración por la incipiente obra misionera.

En una entrevista a la prensa, declara: «Aquellos santos religiosos se van insinuando con su trato dulce y cariñoso en el ánimo de los indígenas y, de ese modo, después de inculcarles algunas nociones de trabajo y algunos principios de moralidad, los bautizan y los convierten por fin en obreros honrados y vigorosos,...» Luego, el periodista agrega: «El general nos demostró la profunda admiración que le ha causado la obra del santo y el extraordinario celo que están realizando aquellos religiosos. Y tanto más que en sus tareas no cuentan con más auxilios que los que les proporcione la Providencia, puesto que el Gobierno, hasta la fecha, no les ha ayudado en nada, a pesar de haberseles hecho presente en más de una ocasión los grandes beneficios que reportan».⁴⁸

El 31 de mayo de 1890, Mons. Fagnano escribe a Turín, diciendo que ha realizado una visita a la isla llevando en el vapor «Toro» planchas de zinc, clavos y materiales. Pero la gran novedad es que ha llevado a la isla a dos hermanas de María Auxiliadora: Sor Luisa Ruffino, italiana de 22 años, y Sor Filomena Michetti, uruguaya de 17 años, que van a atender a las niñas y a las mujeres. Los indios, al ver llegar la embarcación, habían huido de la misión, al reconocer que ese era el barco en que meses antes habían llevado detenidos a los cuatro indígenas que tomaron parte en el atentado contra los misioneros. Luego de convencerlos de que a nadie tomarían preso, fueron acercándose lentamente.⁴⁹

En esos mismos días de mayo de 1890, se realiza la construcción del cementerio de la misión. Se eligió una loma, desde donde se dominaba la vista del mar y de la misión. Con los mismos indios se construyó el camino de acceso. Debieron apresurar los trabajos con

motivo de la muerte del indio Capitán Capello⁵⁰. En ese año morirán otros tres indios. Luego, el número de difuntos irá creciendo. Por lo mismo, el cementerio se constituirá en un verdadero centro en la vida de Isla Dawson.

Hacia fines de 1890, Mons. Fagnano vuelve de Santiago, a donde había viajado para buscar ayuda económica y apresurar los trámites del decreto en que se le otorgaba la isla por veinte años.

Visita la misión acompañado de la superiora de las monjas, Sor Angela Vallese. Constata que en la escuela todos los niños saben silabear. Varios escriben y leen y las niñas visten limpiamente. Han aprendido a leer, escribir, coser y lavarse la ropa.

El 11 de diciembre, se celebra el bautismo de 28 indígenas. En aquella oportunidad habían ido a visitar la misión el señor «Rousseau», de la Sociedad Geográfica de París, y el comandante del buque «Pilcomayo», que con sus oficiales asumieron la responsabilidad de ser padrinos de los indios que se bautizaron. Fue un día de fiesta, en que los misioneros procuraron entretenerlos de distintas formas y los indios expresaron su alegría y sorpresa.⁵¹

Una de las grandes dificultades que a menudo encontraban los misioneros era el abastecimiento de la misión. Los problemas con las embarcaciones eran continuos. Además de la escasez, sucedió varias veces que el capitán estaba borracho al momento de zarpar y tuvieron que esperar varios días los alimentos perecibles que venían a bordo.⁵²

Mons. Fagnano se percató del peligro que esto significaba para la misión, ya que en el caso de que los aprovisionamientos se retardasen mucho en llegar, por la dificultad del transporte, se podía producir en la misión una insurrección y la dispersión de los indios. En este contexto, se convenció cada vez más de la necesidad de comprar un barco.

A inicios de 1891, el P. Pistone sucede como director de la misión al P. Ferrero. Sin embargo, el verdadero artífice, proveedor y creador de nuevas iniciativas continúa siendo Mons. Fagnano.

En estos primeros meses de 1891, Mons. Fagnano instala, en la Punta de San Valentín, una casa-puesto para los peones que debían

cuidar las ovejas de la misión. Los vacunos y las ovejas eran vistos por él como una fuente que debía proveer de carne y de lana a la misión, de modo que ésta se fuera autoabasteciendo.

Los indios, que en su mayoría son alacalufes, constituyen ya una población de 130 personas. En las cartas-informe, la llegada de nuevos grupos de indígenas se describe con gran alegría. Se considera como una bendición de Dios. En julio de ese año, Mons. Fagnano describe la llegada de 22 indios con el siguiente cuadro: adelante, venían las mujeres terriblemente cargadas con leña, yerba seca para el fuego y encima de todo uno o dos niños desnudos. Además, llevaban barcos chicos fabricados con juncos para cambiarlos por galletas. Atrás venían los hombres en actitud recelosa⁵³.

En los escritos de los misioneros no se menciona la Revolución de 1891, acontecimiento que ensangrentaría a la sociedad chilena. Tanto en Dawson como en Punta Arenas se ignora lo que sucede en el norte. En parte, ello se puede entender por el aislamiento en que transcurría la vida de esas poblaciones. Además, los misioneros estaban completamente absorbidos por su trabajo y poco comentaban las alternativas políticas del país. El único dato que aparece es casual. Los misioneros P. Beauvoir y el Hno. Forcina aprovechan la oportunidad que les ofreció el vapor «Amazonas, para viajar a Santiago», embarcación que había ido a Punta Arenas a realizar el traslado de retorno de los soldados que habían sido enviados a esa ciudad para evitar sublevaciones. El contingente militar zarpó de Punta Arenas el 30 de septiembre de 1891, esto es, cuando ya la Revolución había terminado con la derrota del presidente José Manuel Balmaceda.

La tarea que debían cumplir en Santiago el P. Beauvoir y el coadjutor Forcina era obtener algo que solo a un pionero o a un apóstol de gran visión se le podía ocurrir: comprar un barco. Mons. Fagnano les había dado recomendaciones para sus amigos de Santiago. A través de ellos debían conseguir dinero y comprar una goleta de 35 a 50 toneladas. Los subidos precios que cobraban por los fletes a la isla, las escasas embarcaciones existentes en Punta Arenas, además de todas las dificultades que continuamente creaba la tripulación de esos barcos, lo habían lanzado a este desafío.

El P. Beauvoir tomó contacto con los diputados Carlos Walker Martínez, Joaquín Díaz Besoain, Macario Ossa y con el senador

Luis Pereira Cotapos, quienes le prometieron obtener del Gobierno del almirante Jorge Montt una ayuda para las misiones salesianas de Tierra del Fuego.

El ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, Manuel Antonio Matta, acogió al P. Beauvoir con los mejores deseos de ayudarlo. Lo puso en contacto con el ministro de Guerra y Marina, coronel Adolfo Holley, para ver si había posibilidades de obtener algún barco dado de baja, lo cual no fue posible. El ministro Holley, en cambio, le hizo donación de una caja de fusiles con municiones, pues estaba al tanto del asalto realizado por el Capitán Antonio. Le obtuvo un mapa para navegar por los canales y seis pasajes de primera para viajar en tren o barco a través del país. Prometió también obtener una subvención para las misiones en el presupuesto nacional.

Con la ayuda recogida de los cooperadores en Santiago, el P. Beauvoir y el Hno. Forcina emprendieron el viaje al sur, llegando a Ancud a fines de noviembre. Allí, por intermedio del vicario, Mons. Gabriel Flores, se pusieron en contacto con don Silvestre Navarro, a quien compraron por \$ 2.500 una goleta de 35 toneladas. En Ancud, tuvieron que esperar, ya que la goleta adquirida andaba navegando por los canales. Aprovecharon para ayudar al párroco de Dalcahue a dar catecismo a los niños. Solo el 1 de abril pudieron emprender viaje rumbo a Punta Arenas. La goleta había sido refaccionada y bautizada con el nombre de «María Auxiliadora». La travesía fue una prueba de osadía y una demostración de habilidad. Debieron sortear una serie de temporales y escollos. En varias ocasiones, el P. Beauvoir tuvo que asumir el puesto de capitán del barco. Finalmente, el 23 de abril lograron llegar a Punta Arenas.⁵⁴

Mientras tanto, en febrero de 1892, Mons. Fagnano, viendo que en el norte, el P. Beauvoir no podía finiquitar la adquisición de una embarcación, había comprado, en Punta Arenas, la goleta «Fueguina», con la cual hizo varios viajes a la isla. Al recibir nuevas noticias de Ancud, la vendió. Muy a tiempo se hizo esta operación, pues al día siguiente de haberse realizado, la nave fue destrizada por un huracán.

3. APOYO EN EL PARLAMENTO

Por otra parte, los católicos conservadores, amigos de la misión, a través de sus parlamentarios vencedores en la Revolución, logran que, al restablecerse las sesiones del Congreso y la vida política, se

incluya en la nueva Ley de Presupuesto una subvención estatal para los misioneros de Magallanes. En la sesión del Congreso, del 11 de diciembre de 1891, al aprobarse el presupuesto del Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, se incluye, como gasto fijo de la Sección Colonización, estos dos ítemes:

— Para los padres salesianos de la Colonia de Punta Arenas \$ 2.400.

— Para las monjas salesianas de Isla Dawson y Bahía Harris \$ 3.000.⁵⁵

Al año siguiente, la Comisión de Presupuesto unió los dos ítemes en uno solo, quedando su redacción así: «Para los padres y monjas salesianos de Punta Arenas, Isla Dawson y Bahía Harris».⁵⁶

En trámites posteriores, se les asignaron dos mil pesos. Luego, la misma comisión subió la cuota a \$ 4.000. Los líderes del Partido Conservador advirtieron que con esta maniobra la subvención propiamente dicha había disminuido de \$ 5.400 a \$ 4.000 y por eso se prepararon para presentar en el Congreso una moción para que fuese elevada a \$6 000. Encargaron para presentar tal moción al senador por O'Higgins, don José Clemente Fabres. El análisis de los discursos e intervenciones que en esta ocasión se dijeron en el Senado nos aportan valiosos datos que es importante considerar.

En la parte central de su fundamentación, el senador Fabres afirma: «Los salesianos hacen una obra esencialmente civilizadora en aquellas regiones apartadas». Antes había afirmado: «Las monjas educan actualmente a sesenta niñas indígenas, proporcionándoles, a más de instrucción conveniente, el vestido y el alimento que necesitan. Otro tanto, hacen los padres con setenta o más niños».⁵⁷

A esta propuesta se opuso el senador por Concepción don Juan Castellón, que había sido ministro de Relaciones Exteriores, Colonización y Culto, de marzo a junio, en el año 1892. Deja en claro que en la comisión él había apoyado el alza de la ayuda. No obstante, niega que los salesianos realizaran una instrucción propiamente tal. En su opinión, solo aportaban a los indios rudimentos de civilización, como hacerlos vivir en casas, comer alimentos cocidos y vestirse. Por lo tanto, siendo algo incipiente, era suficiente la cantidad establecida por la Comisión de Presupuesto.

El senador por Santiago, don Agustín Ross, aprovechando la presencia del Sr. ministro de Relaciones Exteriores, Colonización y Culto, don Isidoro Errázuriz, presenta una denuncia histórica de gran relevancia. Después de referirse a la entrega de las tierras de Magallanes a las diversas compañías, dice: «Los indios, viendo que disminuyen los guanacos y que el territorio está ocupado por ganado lanar, naturalmente han entrado a cazar corderos para comer y vivir. El resultado de esto ha sido que los colonos están cazando o matando a bala de rifle a los salvajes, como si fueran guanacos; y esto sucede a vista y paciencia de las autoridades de Punta Arenas... Me limito a llamar la atención del Senado y del Gobierno a este hecho bárbaro y criminal». ⁵⁸

El ministro don Isidoro Errázuriz se percata de esta acusación de genocidio que ha hecho el Senador Ross, en plena sesión del Senado de la República, y comprende el impacto político que ella significa en contra del Gobierno, por lo que se apresura a responder que ya se ha enviado un funcionario a esos lugares para que investigue los hechos.

Lo que realmente fue decisivo para que la propuesta en favor de la misión salesiana fuera aprobada por 18 votos contra 2, fue la intervención del Senador por Llanquihue, don Abdón Cifuentes. Se había integrado al Senado sólo el 3 de octubre de ese año, ocupando la vacante dejada por don Rafael Casanova. ⁵⁹

Su discurso puede ser dividido, para su análisis, en cinco partes. El objetivo central de sus palabras es demostrar que la acción de los salesianos es una obra de humanidad y de civilización, pero cuya trascendencia e importancia radica en ser una obra de previsión patriótica y de seguridad nacional.

Lo primero que afirma Abdón Cifuentes es que no está lejos el tiempo en que Inglaterra amenazara con tomarse Tierra del Fuego, al igual como lo hizo con las Malvinas. Para probar esto, proporciona antecedentes por él conocidos cuando ejerció el cargo de Subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores (1867-1871). Revela que en dos ocasiones Inglaterra planteó a nuestro Gobierno reclamaciones, por medio de su ministro en Chile, Sr. Taylor Thompson. En ambos casos, ciudadanos ingleses habían sido asesinados por indios en Tierra del Fuego. La amenaza consistía en hacer saber a las autoridades chilenas que si ellas eran incapaces de prestar protección debida a los súbditos ingleses, el Gobierno inglés se vería en la necesi-

dad de tomar posesión de aquella tierra para así proveer a la seguridad de sus súbditos.

En lo segundo, el senador conservador por Llanquihue declara que, fuera del fomento prestado a la colonia de Punta Arenas, el Gobierno chileno no ha hecho nada en Tierra del Fuego propiamente dicha. Para llevar la civilización a la Araucanía, no se ha perdonado sacrificio, pero para la región más expuesta a ser ocupada, no se ha visto un esfuerzo similar.

En el tercer punto, afirma que ha sido necesaria la acción de los misioneros salesianos y la ayuda de los católicos de Santiago para que se realice una obra en beneficio de los salvajes fueguinos. Su argumento es: la iniciativa particular se ha anticipado a la acción y apoyo del Gobierno en una obra que es de interés nacional. Lo que se le pide ahora al Estado, en dinero, no equivale ni a la mitad, ni a un tercio de lo que ya ha aportado la caridad privada a una obra de tanta importancia para el país. Al sacrificio de los misioneros salesianos se ha unido el sacrificio de los católicos. Caridad evangélica e iniciativa particular son un desafío para el Gobierno, que no debe mezquinar una suma tan insignificante.

En su cuarto punto, trata de refutar la acusación del senador Juan Castellón, exponiendo la labor civilizadora que realizan los salesianos. En síntesis, expone que el trabajo de la misión ha consistido en estos logros: enseñar a los indios normas de civilización tales como comer sentados, con servicios y andar vestidos; los misioneros han abierto tres escuelas en Punta Arenas y dos en Dawson. Allí los indios han aprendido a hablar castellano, leer, escribir, contar, elementos de religión y hasta música y canto; atienden a la educación industrial de los indígenas, enseñándoles carpintería, zapatería, herrería, sastrería, albañilería y otras artes y oficios; los misioneros salesianos con sus obreros y sus indios han fabricado magníficos ladrillos, en una región donde todos decían que era imposible fabricarlos. Esta lección industrial ha inducido al Gobierno a pensar en construir con este material los futuros edificios fiscales.

La conclusión a la que llega, finalmente, el senador Abdón Cifuentes, es que, frente a una obra de tamaña trascendencia, civilizadora y de humanidad, no pueden los señores senadores poner reparo en un par de miles de pesos y negarlo a los misioneros. Aquí,

vuelve a remachar su tesis central: ayudar a la misión salesiana de Isla Dawson es cooperar con una obra de previsión patriótica y de seguridad nacional.⁶⁰

Al ser aprobada esta ley por el Senado, en 1892, se logró también la renovación automática de ella en los presupuestos de los años siguientes.

CAPÍTULO TERCERO

PROGRESO DE LA MISIÓN ENTRE 1893 - 1895

1. EN MEDIO DE UNA GRAN LUCHA

Al estudiar las diversas iniciativas y actividades que en esos años realiza Mons. Fagnano ⁶¹, de las cuales nos referimos solo a las concernientes a la misión de San Rafael, surge una conclusión absoluta en orden a reconocerle su gran calidad de misionero, su gran capacidad para organizar y una excelente visión del futuro. No se queda aislado en ese extremo del mundo ni absorbido por las tareas cotidianas, sino que viaja y está al tanto del acontecer nacional e internacional.

En 1892, envía al P. José Beauvoir con cinco indios a participar en la exposición de las Misiones de América, que se realizaba en Génova, en homenaje a Cristóbal Colón. De este modo, daba a conocer sus proyectos respecto de las misiones de Tierra del Fuego y, por otra parte, obtenía ayuda financiera para sus planes.

En Punta Arenas, ya había instalado un observatorio meteorológico (1-XII-1887). Luego, como verdadero pionero, ensaya con éxito la fabricación de ladrillos para construir la iglesia catedral ⁶². El 18 de septiembre de 1893 funda oficialmente el Museo Salesiano. En 1894, importa desde Italia una banda instrumental para los indios de Dawson y, en julio, de ese mismo año, compra el vapor «Torino». ⁶³

A través de los diversos informes que Mons. Fagnano escribe en estos años, podemos darnos cuenta de la marcha de la misión. No conforme con tener ya organizadas en Isla Dawson las distintas construcciones necesarias para la misión, realiza, a inicios de 1893, una excursión por la isla de Tierra del Fuego. Ha visto la necesidad de establecer otro puesto misionero más cercano a los lugares donde habitan los onas, lo que realizará más tarde, estableciendo en Río Grande la misión de «La Candelaria» en territorio argentino.

Lo que nos interesa de esta expedición es el informe que hará a su superior religioso en Turín, Pbro. Miguel Rua. En ese documento, describe la problemática que se ha creado en Tierra del Fuego y que es importante tener presente para los conflictos que posteriormente estudiaremos: «El Gobierno de Chile ha concedido en el Es-

trcho de Magallanes más de cien mil hectáreas de terreno a dos sociedades inglesas, las cuales importaron ovejas. Los indios, que vivían en las faldas de estos montes de la pesca de productos del mar y de guanacos, fueron expulsados y tuvieron que emigrar al sur, donde había menos guanacos y no había playas. Comenzaron, por lo tanto, a molestar a los pastores, robando ovejas y caballos, rompiendo los cercados hechos de palos y 5 ó 6 corridas de alambre. De aquí la guerra, en la que el indio pierde la vida y los pastores, las ovejas. Ciertamente no se puede justificar el hecho de que veinte o treinta indios roben quinientas o mil ovejas, quebrándoles las piernas; pero tampoco se puede defender que el hombre civilizado, aquel pastor que por pereza no cuida su rebaño, después mate a cualquier indio que encuentre, más aún, lo persiga y bárbaramente castigue a hombres, mujeres y niños.

«Por otra parte, como en esta parte norte de Tierra del Fuego se encontró oro en el lecho de los arroyos, de todas partes acudió gente, la cual, a decir verdad, no era la más decente del mundo y cometió infamias en daño de alguna familia fácil de dejarse engañar; de aquí el odio de estos salvajes en contra del blanco y del civilizado. Si se agrega que el guanaco perseguido por los perros de los cazadores cristianos no deja que el indio se le acerque tanto, por lo cual sufre el hambre, se puede decir que el salvaje es excusable en parte de lo que trata de hacer contra del civilizado.

«Verdaderamente me han contado crueldades nefastas cometidas por los europeos y estoy al corriente de las muertes y estragos que han sucedido, por lo cual palpo con las manos la necesidad de fundar esta nueva sede». ⁶⁴

De la lectura de este documento se deduce que se ha ido provocando en Tierra del Fuego una situación inverosímil, que plantea una lucha entre blancos e indios, debido a la ocupación de la tierra por compañías que, con criterio de explotación liberal, las ha dedicado a la crianza de rebaños de ovejas; que a los habitantes y dueños de estas tierras no se les ha ofrecido ninguna alternativa y ellos, en su búsqueda de alimentos, están robando y matando las ovejas; que esta situación ha provocado represalias criminales por parte de los pastores cuidadores del ganado, en contra de los indígenas. Mons. Fagnano certifica muertes y asesinatos cometidos por los europeos en contra de los indios; que a los estragos anteriores, se agrega, además, la violencia y las infamias cometidas por los buscadores de oro.

La misión en Isla Dawson está fuera del escenario mismo donde viven los indios.

Mons. Fagnano, indirectamente, reconoce que ello es negativo y por eso busca establecer una sede en Tierra del Fuego.

Por lo mismo, en la misión de San Rafael la tarea de los misioneros se hace doblemente difícil, por cuanto deben atraer a los indígenas alacalufes, trasladar en barco a los onas y luego procurar retenerlos en la isla. Llegado el período de primavera y, en general, durante el tiempo bueno, los indios se alejaban de la misión. Este ir y venir hacía sumamente difícil la tarea de civilizarlos. Sin embargo, los misioneros continúan haciendo progresar la misión en Isla Dawson, aun cuando deben luchar en esas regiones desamparadas contra todo tipo de dificultades.

Las cartas-informe de los misioneros nos relatan aspectos de esa lucha, en medio de elementos naturales adversos. Se requiere de un esfuerzo permanente para obtener lo necesario que exigen la alimentación y las necesidades de los habitantes de la misión.

Una de las tareas que demanda prudencia y tino es la de atraer a los desconfiados indios. El 3 de mayo de 1893, la goleta «María Auxiliadora» parte de Punta Arenas con el fin de recorrer el Estrecho de Magallanes y recoger a los indios que quisieran ir a la misión. Pero puede hacer muy poco por el mal tiempo reinante. Se describe el cargamento que por un valor de \$5 874,40 entrega finalmente en San Rafael. Este consistía en: 200 frazadas de lana, 200 sacos de harina, 50 quintales de papas, 25 quintales de porotos, 20 quintales de arroz, 10 quintales de azúcar; 100 planchas de zinc y provisiones y madera elaborada.⁶⁵ De lo cual se puede deducir que el mayor gasto que exigía la misión eran la alimentación de los indios y el consiguiente transporte de víveres a la isla. Esta necesidad era permanente y fue lo que llevó a comprar la goleta y a pedir una subvención al Gobierno.

2. EDUCACIÓN Y TRABAJO

La misión había adquirido un fuerte desarrollo a partir de 1892, en que se aumentó de 1 a 6 el número de hermanos coadjutores, encargados directamente de los trabajos manuales. Los misioneros eran en total ocho. A inicios de ese año, el obispo salesiano Mons. Juan

Cagliero, vicario apostólico de la Patagonia Septentrional, realiza una visita a la isla. El Gobierno chileno ha puesto a su disposición la cañonera «Pilcomayo» y, por eso, el obispo se siente en la obligación de agradecer enviando una carta al presidente, don Jorge Montt, en que le describe la misión. Principalmente, le presenta los adelantos en la instrucción alcanzados por 20 indiecitos y los hábitos de trabajo del resto de los indios.⁶⁶ Don Jorge Montt le responde: «...veo con verdadero placer, que debido a la abnegación y labor incansables de sus misioneros ya se abre a las luces de la ciencia el oscuro horizonte de esas apartadas regiones, y que llevando la civilización al centro mismo de la barbarie promete hacer de sus habitantes hombres útiles a la patria».⁶⁷

Hacia el año 1894, los adelantos de la misión de Dawson llenan de alegría a los misioneros. Fagnano refiere el progreso que se nota en los indígenas, en cuanto a la civilización y hábitos de trabajos. Esto se manifiesta en las actividades llevadas a cabo en los talleres, en las labores del campo y cuidado de los animales. Los naturales han aprendido a hacer queso, mantequilla e incluso el pan.⁶⁸

En abril del mismo año, se informa que la capilla está terminada; solo le falta el campanario. Se ha inaugurado un muelle de 30 m para los barcos que traen mercaderías a Isla Dawson. La Escuela de Música hace progresos y los indios empiezan a aprender a tocar instrumentos musicales. En el mismo informe se deja constancia que Mons. Fagnano ha llevado a la isla 12 indios, que le «habían entregado» pocos días antes. Además, deja constancia de los grandes gastos que significa mantener las dos misiones, esto es, Dawson y N. S. de la Candelaria.

Estos continuos gastos lo llevan a buscar diversas ayudas.⁶⁹ Al director del Ministerio de Educación para las Escuelas Primarias, Sr. Abelardo Núñez, le solicita libros y útiles escolares, al mismo tiempo que le remite las planillas de la escuela de la misión.⁷⁰

Los apodos que los indios habían puesto a Mons. Fagnano revelan el gran cariño que ha suscitado en ellos: el «Capitán Bueno», «Padre Grande». Los gestos de amor de su parte hacia esos pobres indios son continuos. Un día, mientras confesaba en la misión, ve que el penitente, un indio joven, va casi descalzo. De inmediato le entrega sus botas que hacía poco le habían regalado en Punta Arenas.

Estos actos contagian de mística misionera a los otros salesianos, en medio de esos parajes de soledad, frío y dificultades.

Hacia fines de ese año 1894, los informes ofrecen en detalle todas las construcciones que forman parte de la misión, esto es: la iglesia, la casa de misioneros, la casa de las Hijas de María Auxiliadora, las salas de clases, los talleres, el dormitorio de las niñas, el de los niños y de las viudas.

Se pone un énfasis especial al señalar lo que últimamente se ha construido: hospital, panadería, matadero de animales, casas para los indios, cementerio y muelle.

Respecto a la escuela de música, se informa que desde hace siete meses los indios se encuentran aprendiendo a tocar los instrumentos de la banda. Luego tienen la oportunidad de dar a conocer al público sus adelantos. Con motivo de las Fiestas Patrias, el gobernador de Punta Arenas, don Manuel Señoret, los invita a la ciudad poniendo a su disposición una nave que los traslada. La banda estaba integrada por 28 indígenas que habían aprendido la interpretación de unos veinte trozos musicales. El impacto y la admiración que suscitaron son registrados como noticia de primera plana en esa lejana y silenciosa ciudad de Punta Arenas. Es, además, causa de orgullo y legitimación social para los misioneros.⁷¹

El haber logrado que esos indígenas tocaran impecablemente la banda instrumental representaba para esos misioneros italianos parte de la tradición y de la alegría que ellos habían conocido en sus pueblos de origen.

Para completar la visión del adelanto que los misioneros han logrado en la tarea evangelizadora y educativa de los indios en estos años, existen los informes, de los años 1894 y 1895 respectivamente, que Mons. Fagnano, en forma oficial, presentó al Ministerio de Relaciones Exteriores.

Allí, luego de afirmar que el contingente misionero está integrado por 8 religiosos y 14 hermanas, dice, refiriéndose al colegio de los niños: «... el cual constaba, en el año, de 22 niños indígenas, de los cuales 16 saben leer correctamente, escribir bajo dictado en buena ortografía y caligrafía, hacer cuentas de sumar, restar, multiplicar

y dividir, algunas nociones de geografía, nomenclatura, etc. Los demás saben leer, escribir caligráficamente, copiar de libro y hacer ejercicios de aritmética oralmente y escribir».

Respecto del trabajo, refiere: «Se ocupan todos unas horas al día en trabajos de cuerpo; algunos en el taller de carpintería y zapatería».

«Los hombres tienen su lección oral de catecismo, de buenas costumbres, de ganadería, y cada día practican algún trabajo: limpiar el monte, traer madera para sus casas, cuidar los animales vacunos, caballos, cabras y ovejas, pero siempre guiados por nuestros coadyutores y peones. Han adelantado algo en la buena educación, en el trabajo; pero en todo necesitan los misioneros paciencia para con ellos, pues echan a perder mucho por ignorancia y alguna vez por instinto salvaje».

«Las niñas son solo catorce inscritas y se aplican algunas horas a leer, a escribir, pero lo más del tiempo en quehaceres domésticos, lavarse a sí mismas, lavar la ropa y planchar, cocinar, coser y remendar, dirigidas en todo por las hermanas».⁷²

En la carta que Mons. Fagnano dirige al presidente, don Jorge Montt, en abril de 1895, se refiere a los trabajos que realizan los niños en el cuidado de la pequeña hacienda. Luego de detallar los adelantos que han hecho los niños indígenas en los trabajos de lechería, cuidado y esquila de las ovejas, agrega este juicio: «Esperamos que estos serán los peones de las grandes haciendas que se establezcan en el territorio y así habremos cambiado a los enemigos de la civilización en factores y ayudantes del progreso del territorio».⁷³

De acuerdo con los informes de los misioneros, aparece evidente que la misión ha realizado grandes adelantos. Ellos valoran todo el sacrificio y las dificultades que han debido superar. Al describir la misión, en 1895, les parece un sueño. En realidad, instintivamente hacían una comparación con los primeros días de la misión y se muestran orgullosos de los resultados obtenidos. Esto lo vemos en la carta que don Guillermo del Turco escribe al Superior general P. Miguel Rúa y que es publicada en el *Boletín Salesiano* de ese año, con la finalidad de que los cooperadores salesianos del mundo conocieran los adelantos de la misión. Relatando una visita a la

misión, se expresa en forma entusiasta: «Nos pareció una ciudad en germen, con su muelle, con su matadero, con su panadería, quesería, grandes galpones, unas 20 casas nuevas, bien hechas para los indios, además de conservarse unas 5 ó 6 de las viejas... No olvidaré la agradable impresión que me hizo la capilla engrandecida, bajo el nuevo plano y la dirección de los trabajos del Hno. R.P. Juan Bernabé, tanto que ahora pueden caber cómodamente 300 personas... Veo casi redoblado el número de los niños, que al salir de la escuela saltan, corren, gritan y se desparraman por todas partes. Son más de 30. Del lado de las Hermanas salen también de la instrucción y del trabajo un gran número de mujeres, no menos de 40, y una docena de niñas de su colegio, que todas aseadas y en buen orden se dirigen al muelle...». ⁷⁴

Junto con describir los adelantos en las distintas disciplinas del aprendizaje y del progreso espiritual en la práctica religiosa, el misionero llega a esta afirmación: «Concluyo, finalmente, con decir que la conversión y civilización de los indios es ya un hecho, es una cosa segura. Los superiores, y en particular el superior de estas misiones, Mons. Fagnano, pueden gozarse en Dios de haber alcanzado los santos y grandes fines de sus deseos, de sus fatigas, angustias y sudores». ⁷⁵

Esta era la opinión de los misioneros salesianos, precisamente en los momentos en que se suscitaría en el país una fuerte polémica que cuestionaría a fondo la misión salesiana de San Rafael.

Hasta este momento (1894), la cuestión era pacífica. En los artículos de prensa se daba cabida a personas que opinaban positivamente. Así, *El Magallanes*, diario recién fundado en Punta Arenas, que al año siguiente atacaría implacablemente a la misión, publica en sus columnas una excelente descripción del estilo de vida que se desarrolla en la misión y del estado de esta, escrita por el Dr. Lautaro Navarro A.

Entre otras cosas, el Dr. Navarro afirma: «Bástenos decir que la instalación de la misión de San Rafael satisface, al menos por ahora, su objeto, y es muy agradable para el que la visita». ⁷⁶

El mismo articulista nos ofrece esta interesante descripción familiar: «Cada familia ocupa su casita, la que consta de una sola pieza. En el centro de esa habitación está el fuego que tienen siempre

vivo como las antiguas vestales; eso sí que no se preocupan de partir leña, pues se ve allí una rama de árbol de muchos metros de largo ardiendo por uno de sus extremos, la que se hace avanzar a medida que se consume. De una viga del techo pende un alambre y de él la olla en que hacen su comida. Alrededor de esa pequeña fogata están los indios y los niños. Casi constantemente sacan del rescoldo choros asados que comen con avidez. En algún rincón de la pieza se nota una ligera depresión del suelo revestida de ramas tiernas de roble, siendo allí donde se acuestan.

Aquí y allá algunos trapos sucios y algún utensilio primitivo de los que ellos trabajan. Todavía por ahí algún ave a medio desplumar y algún pescado medio podrido que un rato más tarde lo comerán con fruición. Fuera de las horas de trabajo están esos indios y niños constantemente alrededor del fuego en una inmovilidad casi absoluta, quedando allí horas de horas. Se respira en ese recinto una atmósfera cargada de humo y de aromas bien desagradables. Todo un mundo de microbios se desarrolla allí, aparte de otros bichos más grandes y más picadores que los microbios». ⁷⁷

El articulista hace ver la vida nómada de los indios, tanto que para algunos la misión existe solo en los meses de invierno y se plantea la siguiente pregunta: ¿Conseguiré la misión de San Rafael civilizarlos y sacarlos de esa vida aventurera? Luego de responder en forma dubitativa, agrega: «Los mismos jefes de esta misión nos han dicho que no esperan civilizar a los indios adultos. Lo que ellos persiguen al atraer a los indios fueguinos a Dawson, es que les confíen a sus hijos para educarlos. Esos niños esperan transformarlos en hombres útiles». ⁷⁸

La misión ciertamente había ido progresando. Los misioneros habían logrado establecer un poblado, implementado con varias instalaciones y poseedor de animales para su propia subsistencia. El método misionero estaba definido por la escuela y el trabajo. La evangelización, un tanto reducida a fórmulas repetidas de memoria, se expresaba plenamente en la convivencia amistosa y saturada de cariño entre el misionero y el indio. El proceso de inserción en la tarea civilizadora contemplaba la capacitación técnico-manual y una enseñanza básica. A esto se había añadido algo que debe de haber causado gran atracción y admiración entre los naturales: la banda instrumental. Se logró después de pocos meses que esos nativos, tan atra-

sados culturalmente, aprendieran a interpretar algunas melodías, lo que significaba aumentar la confianza del indio en sí mismo. Esto se complementó con la celebración de actos académicos, donde los indios recitaban, leían composiciones y cantaban. La misión aún era deficiente en muchos aspectos, pero lo que se había logrado hasta ese momento justificaba plenamente el optimismo de los misioneros.

Entre los reconocimientos que respaldan con mayor peso esta visión optimista de los misioneros está la opinión del científico Otto Nordenskjöld, quien escribe en su libro *Viaje al Polo Sur*, a propósito de su visita de la misión salesiana, en 1896: «... el único lugar en que los salvajes pueden estar actualmente en contacto con la civilización, llevando vida que tiene alguna semejanza con ellos, es en los establecimientos de los padres salesianos en Río Grande y la Isla Dawson. Después de haberlos visitado con mis compañeros de expedición, estoy de acuerdo con la opinión de otros viajeros que recorrieron esas regiones de que es una de las obras más filantrópicas...»⁷⁹

CAPÍTULO CUARTO

LA POLÉMICA DE 1895

1. DISCUSIÓN SOBRE LOS OBJETIVOS

En la sesión de la Cámara de Diputados del 8 y 9 de enero de 1895, en que se discutía la ley de Presupuesto de la Nación, el diputado radical por Temuco, don Francisco de Paula Pleiteado, dirige un fuerte ataque contra la Congregación Salesiana. Este será el inicio de una encendida polémica de prensa, que luego llevará a cuestionar el sentido y la utilidad del método empleado en la misión de Dawson.

El diputado Sr. Pleiteado, en su intervención, expresa: a) Considera a los salesianos como un verdadero peligro para las instituciones liberales del país. Descubre en la Congregación Salesiana todos los signos característicos de la antigua Compañía de Jesús: es jesuítica, porque busca la supremacía de la Iglesia sobre el Estado. Solo han cambiado de táctica y ahora buscan su base de acción en el pueblo, pues dueños del pueblo lo serán del Gobierno y así establecerán sobre él la autoridad de la Iglesia; b) Se niega a conceder una subvención de \$ 5 000 a los salesianos que atienden en Santiago el Asilo de la Patria y \$ 6 000 para los salesianos de Isla Dawson. Fundamenta su oposición en que los salesianos no necesitan ayuda estatal, ya que con las ganancias que obtienen con el trabajo de los niños han podido realizar las grandes inversiones que han hecho en Talca, Concepción y en Santiago. Afirma que el total de la subvención que recibirán ese año será de \$ 16.400 y que están tramitando \$ 15.000 para la escuela que van a fundar en Melipilla. Con ironía, agrega que luego pedirán \$ 15.000 ó \$ 20.000 para establecer una escuela militar y entonces, pregunta: Cuando los salesianos hayan llegado a ser poderosos ¿qué haremos?; c) La institución salesiana no está reconocida por el Estado y no tiene personalidad jurídica. Son rebeldes, pues no han querido reconocer la soberanía nacional y pedir permiso para establecerse en el país. Son extranjeros que desconocen el Patronato chileno. Por lo tanto, no se les puede otorgar ninguna subvención; d) Analiza la situación de la Isla Dawson desde una doble perspectiva: Primero, para explicitar que el documento de cesión de la isla establece que será sin gravamen por parte del Estado. En cambio, desde 1893 se le ha asignado una subvención de \$ 6 000. Además, se les ha dado gran cantidad de vacunos y ovejas. Luego, su discurso apunta a robustecer su plan-

teamiento sobre las ganancias de los salesianos. Para ello se refiere al informe dado por el comandante de la «Pilcomayo», en 1892. Allí se presentan las grandes condiciones que tiene la isla en cuanto a pastos y maderas. Y, por otra parte, informa que los misioneros tienen dos mil ovejas de las que han obtenido 34 fardos de lana, lo que les ha producido \$3 910. e) La conclusión central a la que llega el diputado Pleiteado es: «Esta institución de los salesianos que llegó a Chile, pobre, sin tener una pulgada de terreno, hoy ha crecido, se ha hecho rica...».⁸⁰

Esta acusación de «ser ricos», planteada calumniosamente en la Cámara de Diputados será, a la larga, el arma política que en definitiva concluirá con la misión de Dawson, pues ella se mantendrá como el punto central en la campaña en contra de los misioneros.

Por otra parte, vuelve a repetir la acusación de que la institución salesiana no está reconocida por el Estado y de que no tiene personalidad jurídica, pues no ha solicitado permiso para ingresar al país, lo cual, para el liberalismo y el radicalismo, es grave, porque significa desconocer el Patronato vigente en la Constitución de la República chilena.

Sin embargo, a pesar del fuerte ataque del diputado radical, la subvención a los salesianos fue aprobada. El ministro del Interior, don Ramón Barros Luco, había replicado: «... se trata de una obra de beneficencia, porque es obra de beneficencia enseñar al que no sabe. Además, la subvención fue propuesta en el Senado por el señor Recabarren, jefe del Partido Radical de Chile,⁸¹ quien tomó, sin duda, en cuenta los grandes bienes que produce esta institución y que justifica el desarrollo considerable que ha tomado en todas partes...» «Creo, pues, que esta institución hace una obra útil, dando enseñanza, ocupación y medios de vivir a muchos desvalidos que no tienen manera de proporcionarse una enseñanza semejante a la que reciben en esas escuelas. La obra me parece, pues, meritoria y no creo que haya en ella un propósito político».⁸²

El 10 de enero de 1895, el diario *El Chileno* sale en defensa de los salesianos. De inmediato ubica la discusión en el terreno de la lucha religiosa existente en el país. La define como un ataque del sectarismo radical contra una acción educativa popular de la Iglesia católica. Después de enumerar los méritos de los salesianos en la

capacitación de los obreros y campesinos, lo cual —dice— ha sido reconocido por hombres de distintos colores políticos, pasa a refutar las aseveraciones del diputado Pleiteado contraponiendo las escuelas gratuitas y los talleres para los hijos de los obreros sostenidos por los católicos, a la acción de los radicales que no tienen escuelas.⁸³

Al mes siguiente, esto es, en febrero, el diario radical *La Ley* publica una serie de artículos en que denuncian los asesinatos de indios en Tierra del Fuego. Indirectamente, hace notar que en Punta Arenas se ha formado un significativo grupo, cuyos miembros «se afanaban en presentar a los padres como simples especuladores que buscaban en aquellas apariencias de abnegación, el medio de encubrir propósitos mundanos»⁸⁴. Sin embargo, reconoce la excelencia de la obra que se realiza en Dawson. Y como conclusión, junto con ratificar el genocidio de los indios onas, afirma: «¿Quién ha tenido la abnegación de los salesianos que han llegado a la Tierra del Fuego a prestar su apoyo, su auxilio desinteresado a los salvajes, a quienes se ha perseguido y matado sin consideraciones como si fuesen fieras, arrastrando todavía los odios y calumnias de los poderosos? En nuestro concepto, los salesianos son acreedores a la protección del Estado y a la gratitud de la sociedad».⁸⁵

El diario *El Chileno*, inmediatamente destaca este reconocimiento, escribiendo con admiración: «Hoy, los mismos enemigos son los primeros en pregonar los abnegados trabajos que realizan los sacerdotes salesianos».⁸⁶

Todavía, en el mes de marzo, *El Magallanes* nos presenta en sus páginas un informe favorable a la misión de Isla Dawson, hecho por el cirujano primero de la Armada, Dr. Aranio, en uno de sus viajes por el estrecho. Junto con referirse a la disposición de las casitas de madera de los indios, un poco sus costumbres, describe a los indígenas como «reacios, desconfiados e indolentes». Y respecto a los niños, escribe: «Todos ellos hablan algo de español y muchos el italiano. Nos dieron a conocer a los más aprovechados y estudiosos, y a no ser por el tipo tan característico, hubiéramos creído encontrarlos en una escuela de provincia»⁸⁷. Concluye manifestando su admiración por la habilidad que demostraron al ejecutar con la banda pasajes musicales de Guillermo Tell, El Trovador, Lucía, etc.

Nuevamente, el diario conservador *El Chileno* reproduce este artículo para desmentir las expresiones del diputado Pleiteado y demostrar así los servicios que los Hijos de Don Bosco están prestando a esas desamparadas tribus.⁸⁸

Pero, en Punta Arenas, ya en el mes de febrero, el diario *La Razón* había indicado que el gobernador, don Manuel Señoret, quien a su vez era dueño del periódico *El Magallanes*, estaba decidido a llevar una guerra a fondo contra los conservadores y los salesianos⁸⁹. Ambos periódicos, *El Magallanes* y *La Razón*, fueron fundados en Punta Arenas, en 1894, como expresión de dos corrientes en pugna: librepensadores y conservadores. Por lo tanto, se podía prever, independientemente del tema de la misión de Dawson, el surgimiento de una fuerte polémica, en la misma ciudad de Punta Arenas, fruto de las dos mentalidades que dividían la política del país.

El primer punto de discrepancia fue el destino laboral que se debía dar a los indios de Tierra del Fuego. En abril de 1895, el diario *El Magallanes* entra decididamente a atacar a los salesianos. El argumento es dar a conocer públicamente los bienes y el capital de que disponen, después de nueve años de residencia en esas regiones. Detalla los edificios que tienen, tanto de Punta Arenas como en Isla Dawson, y da un total de \$ 984.000.

En lo referente a la misión de San Rafael, presenta el siguiente cálculo:

— Goleta «María Auxiliadora»	\$ 15.000
10 000 ovejas y 2 000 vacunos	\$ 100.000
— Instalaciones y edificios	\$ 70.000
Capital que representa el goce de isla Dawson...	\$ 400.000
Es decir, un total de	\$ 585.000

El artículo no deja lugar a dudas de la intención que lo guía, al terminar en este tono: «Hay que agregar un aserredero que va a establecerse en Dawson y otras empresas inéditas, en todo lo cual se redondea con creces el milloncito. ¡Pobrecitos! *Te Deum laudamus*».⁹⁰

El principal argumento que se esgrime en contra vuelve a ser el que los salesianos son ricos. Por una parte, es lógico que debía llamar poderosamente la atención ver la rapidez y el volumen que adquiría el trabajo de los salesianos en Chile y, especialmente, en la apartada y difícil región de Magallanes. Por otra, la lucha religiosa, que había tenido una tregua durante la Revolución del 91, se replantea ahora, reforzada por las dimensiones populares que adquiría el Partido Radical y las elecciones parlamentarias.

Mons. Fagnano comprende la gran problemática en que está el país, y acude a la prensa y círculos de Santiago, centros donde se definía la política parlamentarista, en la que estaba sumergida la nación.

A diferencia de Mons. Fagnano, los otros misioneros no perciben la problemática nacional y piensan que la campaña contra la misión de Dawson es un ataque personal del gobernador Señoret y buscan en distintos hechos locales y puntuales el porqué de esta aversión.

Sobra decir que *La Razón* respondió de inmediato dando cabida a la aclaración que Mons. Fagnano hizo al Dr. Lautaro Navarro, a quien responsabiliza del artículo ⁹¹, y de una serie de tres artículos publicados bajo la firma: «un amigo de los salesianos».⁹²

A estas alturas, resulta imposible seguir uno a uno los vaivenes de la polémica en la prensa. Por lo mismo, importa más bien presentar las etapas y principales documentos que se van sucediendo.

Se pueden establecer tres etapas en la polémica:

- I. Sobre los salesianos y sus bienes.
- II. El reparto de los indios en Punta Arenas.
- III. Proyectos alternativos de misión.

2. ACUSACIÓN: SON UN PODER EXTRANJERO

La discusión sobre los salesianos y sus bienes comprende ya dos escenarios: el de Punta Arenas y el de Santiago. El artículo publicado en *El Magallanes* sobre las propiedades de los misioneros es reproducido en Santiago por el diario *La Ley*, bajo el título: «Los

salesianos de la región austral. Un millón de pesos en ocho años. Toda clase de negocios». ⁹³

En Punta Arenas, el Dr. Navarro Avaria, en carta pública a Mons. Fagnano, en la que se define como «siempre amigo de los Salesianos de Punta Arenas», dice que ya que se ha dirigido públicamente a él, y que por su parte debe contestarle en la misma forma. En lo central afirma que aunque Monseñor no haya solicitado del Gobierno de Chile el reconocimiento jurídico de la institución salesiana, ésta es una institución pública. Más aún, cuando reciben por la ley de presupuestos crecidas sumas anuales, las que él mismo detalla. Por lo tanto, sus actos deben ser conocidos por todos. Reconoce que tiene muchas deudas, pero reafirma que son por las inversiones hechas para el fomento de las haciendas. Afirma asimismo el derecho de cuestionar el tipo de civilización que se está dando a una fracción de hijos de Chile, todavía en estado salvaje. ⁹⁴

En Santiago, a su vez, encontramos que, a juicio del diario *La Ley*, los puntos claves de la oposición a la misión de Dawson son: el mercantilismo desenfrenado de los misioneros y la especulación con el suelo, de los animales e indígenas; el ser extranjeros y vivir en pugna con las autoridades civiles de la zona. Están siempre dispuestos a ponerse de parte de las autoridades argentinas. Por lo demás, sus superiores residen en Buenos Aires; a título de información, se dice que el Gobierno quiere cambiar las misiones salesianas por misioneros franciscanos, quienes han participado en la reducción y pacificación de la Araucanía. ⁹⁵

Es interesante destacar que al argumento «de ser ricos» se agrega ahora el de ser extranjeros y depender de Buenos Aires. Pero, el cuestionamiento más de fondo es el que se refiere al tipo de civilización que la misión de Dawson está entregando a los indios. Sobre estos tres pilares se centrará toda la gran polémica acerca de la misión de San Rafael.

El primero era una reacción ante la gran capacidad empresarial de Mons. Fagnano y, en general, del espectacular desarrollo de las obras salesianas, en las cuales el grupo anticlerical vio de inmediato una fuerte amenaza. Más aún, cuando el postulado de separación de la Iglesia del Estado, por parte del Partido Radical, apuntaba a que no se emplearan los fondos fiscales para subvencionar obras «confesionales», esto es, pertenecientes a la Iglesia Católica. El peli-

gro que vislumbran las personas de tendencia laica es expresado en términos de poder. Afirman que los salesianos no tienen otro móvil que aumentar su poderío.

El segundo argumento, «ser extranjeros», en cierto sentido es reflejo de la situación coyuntural con Argentina. Posteriormente, esta acusación es desglosada en dos aspectos: los esfuerzos de los misioneros serán estériles, porque tienen diversidad de idioma, costumbres y desconocimiento de la historia y hábitos chilenos. Por otra parte, los salesianos tienen dos lugares de misión: Dawson (Chile) y San Sebastián (Argentina), y tanto los misioneros como los indios se trasladan de una misión a otra, lo que engendra una duplicidad de enseñanzas e ideales patrios. Es del todo absurdo y ridículo pensar que puedan engendrar un sentimiento patriótico auténtico. Más aún, los acusan de depender de la supervigilancia del Obispo Cagliarió que, estando en Buenos Aires, es adicto al Gobierno argentino.⁹⁶

Esta impugnación lanzada contra los misioneros, por el hecho de ser italianos, si bien expresa el deseo de tener, en esa región en conflicto, a sacerdotes chilenos, no deja de ser canalizada hacia la causa liberal-laica. En este intento plantean esta situación dentro de las susceptibilidades que ha hecho surgir el conflicto limítrofe con Argentina. Olvidan, sin embargo que, precisamente en estos años, están llegando al país varias congregaciones extranjeras. Incluso, en el caso de las misiones en Arauco, que son presentadas como modelo⁹⁷, en este año de 1895, son entregadas a misioneros alemanes, vale decir, los capuchinos de Baviera se hacen cargo de ellas.

Ciertamente, la tercera cuestión es la de mayor peso y se refiere al tipo de civilización que se quiere dar a los indígenas. Lo que está al fondo es la pugna de dos modelos que representaban las dos tendencias existentes a nivel nacional. Por un lado, se desea una civilización vinculada a la acción evangelizadora y unida a una dimensión de «civilización» en sentido antropológico cristiano. Para lograr esto, se plantea el establecer una misión exclusiva para los indios, bajo el control directo de los misioneros. Este modelo propiciado por los salesianos era, a su vez, respaldado por el Partido Conservador. Por el otro, se propicia un proyecto de estilo secular-laico conforme al cual, los indios deben ser integrados a la vida urbana, donde aprendan los hábitos de la vida civilizada y de la higiene. Este modelo es el que defienden los radicales y librepensadores. Es algo alternativo en que se sustituye el catecismo por el principio de la responsabilidad

ciudadana y la adquisición de hábitos de trabajo. El amor a la patria juega un lugar importante, hasta el punto que la misión católica debe ser un instrumento para que los indígenas se compenentren de los sentimientos patrióticos y se sometan a las leyes del país. No se declaran enemigos de que existan misiones católicas, pero exigen que en su «campana de evangelización», los misioneros realicen una tarea de civilización, esto es, que formen ciudadanos útiles a la patria.⁹⁸

Es principalmente en este tercer aspecto, esto es, en la discusión de los objetivos primordiales que deben definir una «misión» entre los indígenas, donde el problema se entronca con la gran polémica que divide al país. Consecuentes con sus principios, los conservadores y el clero defienden un «tipo de misión» que se inserte en un estilo de «cristiandad» donde los misioneros sean las únicas y supremas autoridades. Por el contrario, la corriente laica quiere someter la misión a las autoridades estatales regionales, las que deben intervenirla y controlarla, en razón de estar subvencionada por el dinero fiscal.

3. EL REPARTO DE INDÍGENAS

Entre las diversas iniciativas que continuamente surgían en la mente de Mons. Fagnano, orientadas a obtener medios con qué alimentar a los indios de la misión de San Rafael, existe la petición que hizo al directorio de la Sociedad Chilena Explotadora de Tierra del Fuego, fundada en 1894. Su solicitud se fundaba en la promesa hecha por el agente de dicha sociedad, en Punta Arenas, Sr. Moritz Braun, quien había llevado a Isla Dawson a más de cien indios, asegurando ayuda para los gastos de mantención.

Dirigiéndose al Sr. presidente de la Explotadora, le expresaba, el 16 de mayo de 1895, entre otras cosas: «Me presento a Ud. para obtener un auxilio para mantener estos indios y a cuantos transportarán a la misión, auxilio sea por una sola vez, sea una asignación por el espacio de cuatro años que calculo necesarios hasta que estos infelices se basten a sí mismos con su trabajo».⁹⁹

El directorio de la sociedad juzgó que, no obstante los padres salesianos recibían una subvención estatal para esta finalidad, era justo que la sociedad contribuyera con una libra esterlina por cada indio que llevase a la misión de Dawson y esto por una sola vez.¹⁰⁰

Al poco tiempo de haberse pactado este convenio, sucedió un hecho en Punta Arenas que elevó la magnitud de la polémica acerca de la misión de Dawson.

Importa decir que, en Punta Arenas, había dejado de publicarse el diario *La Razón* (6-VI-1895) y había quedado sólo *El Magallanes*.

Pues bien, se produce en este año un invierno extremadamente duro, hasta tener en forma frecuente -20°C . Los indios onas de Tierra del Fuego, acosados por el frío y el hambre, acudieron, en el mes de julio, a refugiarse en uno de los galpones de la Explotadora. El gerente dio aviso al gobernador de estos 165 indios, que estaban siendo mantenidos por ellos, para que proveyese su traslado a Isla Dawson. Era el primer contingente de indios por los cuales se pagaría lo estipulado.

El gobernador de Magallanes era, desde el 2 de septiembre de 1892, don Manuel Señoret, excelente marino, que tenía muy buenos antecedentes en la Armada. Durante su período como gobernador de Magallanes, tendrá el mérito de llevar a cabo la ocupación chilena de Puerto Toro, en la Isla Navarino. Era considerado gran amigo del presidente Jorge Montt y de definidas ideas liberales y anticlericales.¹⁰¹

Consecuente con todas las ideas anteriormente planteadas en su periódico *El Magallanes*, don Manuel Señoret decide hacer un ensayo, propiciando en la ciudad de Punta Arenas una alternativa a la misión de San Rafael. Envía el vapor «Huemul» a buscar a los indios refugiados en el galpón de la Explotadora de Tierra del Fuego y, en lugar de remitirlos a Isla Dawson, los deja en Punta Arenas para repartirlos como trabajadores entre los distintos aserraderos de la ciudad.

El Magallanes, cuyo portavoz era don Manuel Señoret, manifiesta con anterioridad la decisión del gobernador: «Sabemos que el 'Huemul' traerá algunos indios fueguinos de Bahía Inútil, los que por grupos serán distribuidos en los distintos aserraderos». «Los propietarios de estos establecimientos, a indicación del gobernador, están muy dispuestos a recibirlos. Se les dará una casa, carne y otros víveres, alguna ropa, y en seguida que se dediquen a algún trabajo como cortar árboles, arrastrar palos, etc., pero en completa libertad

de hacer o no. Como en cada aserradero hay una numerosa población de familias chilotas en su mayoría, los indios, viviendo entre ellos, quizás imiten su vida civilizada y de trabajo. Confiamos que esta determinación será provechosa para los infelices indios, que tal vez llegarán a comprender las ventajas de la civilización».¹⁰²

El hecho había acaecido el 3 de agosto de 1895. Los misioneros, con fecha 18 de agosto, envían al ministro de Relaciones Exteriores, Colonización y Culto una carta de reclamo contra el gobernador Señoret, porque había sacado 165 indios de la Tierra del Fuego y los había repartido entre los habitantes de Punta Arenas, oponiéndose a que fueran a la misión.¹⁰³

La Comisión nombrada por el gobernador para atender todo lo referente a estos indios envía, con fecha 13 de agosto, una nota a la autoridad para darle cuenta de todos sus trabajos y gastos. En ella informan que dicha comisión se ha constituido el 5 de ese mes y está integrada por: el comandante de la Policía, Sr. A. Barra V.; el cónsul de Portugal, Sr. Carlos Heede; el cónsul de Inglaterra y Alemania, Sr. Rodolfo Stubenrauch, y el oficial de Ejército Sr. Ramiro A. Silva. La comisión ha nombrado al Sr. José Contardi como encargado exclusivo del cuidado y mantención de los indígenas con un sueldo mensual de ochenta pesos.¹⁰⁴

El grupo de indígenas, en un inicio, fue alojado en un galpón cerca del poblado y luego se construyeron viviendas en el Río de la Mano, a donde se les trasladó por razones higiénicas¹⁰⁵. El documento deja establecido que para incentivar los hábitos de trabajo: «... en pocos días más distribuimos familias enteras en los aserraderos de Río Seco y Tres Brazos, las que nos han sido solicitadas por sus propietarios».¹⁰⁶

Esta descripción de los hechos contrasta totalmente con la información que aparece en las páginas de *El Chileno* y en los informes de los misioneros.

Refiriéndose a lo que titula: «remate de indios», realizado los días 7, 8 y 9, el periódico conservador publica un informe, en el cual afirma que el gobernador quiso obsequiar los indios entre sus amigos. Sin embargo, nadie había aceptado indios adultos y, a lo más, algunos se prestaron a recibir niños mayores de un año. Por lo cual,

debió establecer una comisión para que efectuara el reparto de niños fueguinos. A este respecto, el informe dice: «en medio de las escenas más desgarradoras que he visto o espero ver en mi vida, los amigos del gobernador recibieron para su servicio uno o más pequeños esclavos y hasta hubo niños que fueron entregados a las casas de tolerancia, para servir de instrumento de las más repugnantes perversiones». Luego agrega: «Al comprender que les arrebataban sus hijos, los indios salieron de su habitual serenidad y dócil placidez y, dando gritos horribles, con ademanes desesperados, trataron de defender a sus criaturas. Cada niño arrebatado originaba una escena. La madre se echaba sobre su hijo defendiéndolo con su cuerpo, mientras el padre, con la expresión de todas las furias en los ojos, dando aullidos que daban pavor, se lanzaba sobre los que le robaban su niño, atacándolos con las manos, los dientes y las uñas...». La descripción continúa y es verdaderamente importante lo que allí se narra.¹⁰⁷

La acusación contra el gobernador, lanzada por *El Chileno*, al parecer, por efecto de la crisis ministerial de ese momento, pasó a segundo plano. Pero, cuando el 1 de diciembre todas las recriminaciones hechas fueron ratificadas por el diario *La Unión*, de Valparaíso, de inmediato el diario *El Chileno* volvió al ataque.¹⁰⁸

Toda esta polémica repercute en el Senado, donde el senador don Ramón Ricardo Rozas lee, en la sesión del 2 de diciembre, la descripción ya referida publicada en el diario *El Chileno* sobre el «remate de indios». Al concluir su intervención expresa: «Espero que el honorable señor ministro, a la mayor brevedad, hará luz sobre estos asuntos...».¹⁰⁹

El ministro de Relaciones Exteriores, Colonización y Culto, don Luis Barros Borgoño, prometió realizar una investigación sobre los hechos denunciados.

En esos días, no solo la prensa conservadora había denunciado estos hechos, sino que, incluso, el órgano de difusión del Partido Radical *La Ley*, había publicado, el 29 de noviembre, un artículo bastante fuerte contra el modo de proceder del gobernador Señoret.

Allí se transcriben dos cartas que informan de los hechos. Se informa que el gobernador Señoret «quiso hacer una mala jugada a la misión Dawson». Que al desembarcar a los indios en Punta Arenas

tenía intención de repartirlos por los aserraderos, pero no se los recibieron. Refiere una serie de escenas y relatos sobre las atrocidades y actos de salvajismo cometidos para quitarles los niños a los indios. Agrega que los adultos fueron confinados a «Río de la Mano», donde viven en la forma más asquerosa.¹¹⁰

El hecho de que incluso el diario *La Ley* se pronunciara contra la forma cómo el gobernador Señoret había realizado su iniciativa y la repercusión que esto tiene en el Congreso, lleva al Gobierno a tomar cartas en el asunto. La principal acusación que se le hace a don Manuel Señoret era el haber violado la Constitución estableciendo la esclavitud en su territorio.¹¹¹

El Gobierno toma dos determinaciones. Se solicita, antes que nada, un informe de los hechos a las autoridades de Punta Arenas, lo que es respondido por don Lautaro Navarro A., tratando de justificar plenamente la conducta del gobernador y los sucesos acaecidos¹¹². Luego, el Gobierno solicita a la Corte de Apelaciones de Valparaíso nombre un ministro en visita para esclarecer el caso de supuestas vejaciones en contra de los indios. Dicho nombramiento recae en la persona de don Manuel A. Cruz.

En este aspecto coincidía con el parecer de la Sociedad Exploradora de Tierra del Fuego, en el sentido de que, dependiendo Magallanes en lo jurídico de la Corte de Apelaciones de Valparaíso, había opinado que se solicitara el envío de un ministro en visita «en orden a ver cómo se hallan los asuntos en el Juzgado y transformar ese pequeño fraude en un juicio recto»¹¹³. Ya que a la sociedad le interesaba sobremanera su buen nombre y prestigio público.

Todo esto significó llevar el asunto a un primer plano en el debate nacional. Por lo mismo, se desata una serie de artículos en la prensa entre los dos grupos: los laicos y los clericales. Ambos hacen declaraciones sobre lo realizado por el gobernador Señoret, involucrando, por supuesto, en sus juicios, a la misión de los salesianos de Isla Dawson.¹¹⁴

Mons. José Fagnano había salido desde Punta Arenas rumbo a Santiago en mayo de 1895. Luego, había continuado viaje a Lima y finalmente a Italia¹¹⁵. Además de Superior de la misión de Isla Dawson y Tierra del Fuego, era Provincial de los salesianos de Chile y Perú.

En el mes de diciembre del mismo año, Mons. Fagnano llega de regreso a Santiago con un contingente de 87 misioneros salesianos destinados a las distintas obras que la institución tenía en Chile¹¹⁶. Durante casi todo el mes de diciembre aprovechó para informarse de lo acontecido en su ausencia, del curso de los hechos y de los ataques sufridos por la Congregación.

A partir del 29 de diciembre de 1895, inicia en el periódico *El Chileno*, la publicación de una serie de cinco artículos. Toma pie en lo publicado por el miembro del directorio de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, don Ramón Serrano M., en *La Libertad Electoral* de esos días, y por eso escoge un estilo de carta-respuesta.¹¹⁷

En síntesis, Mons. Fagnano busca, a nombre de la Congregación y de los misioneros, dar una explicación de los hechos, criticar la conducta del gobernador y defender la labor de los salesianos. Para lo cual expone lo siguiente. En primer lugar, explica que la distancia entre el gobernador y los salesianos se debió al conflicto provocado por un terreno adyacente a la parroquia de Punta Arenas que Mons. Fagnano, fundado en la palabra del gobernador Señoret, había ocupado, instalando un campanario. Luego el gobernador cambió de parecer y los hizo desalojar. Sin embargo, al poco tiempo, el Gobierno había concedido por decreto este predio a los salesianos, lo cual molestó mucho a don Manuel Señoret.

Continúa Mons. Fagnano explicando que Señoret no quiso sufrir la humillación de tener que hacer uso del servicio de los salesianos de Isla Dawson, por lo que retuvo en la ciudad de Punta Arenas a los indios, no teniendo dónde alojarlos. Según el juicio del misionero, esto era producto del «empecinamiento del Sr. Señoret».

Critica el hecho de que se haya llevado indios de vida salvaje para hacerlos habitar en una población de gente civilizada, sin etapas previas. Esto no solo provocó que se mostraran desnudos y escandalizara a los puntarenenses, sino que quedaran marginados, adquiriendo todos los vicios de los blancos. Por otro lado, ¿qué otra cosa podían hacer esos salvajes hacinados en ranchos, habiendo perdido la libertad y a sus hijos? Encara directamente el asunto preguntando si acaso no es cierto que Punta Arenas ha presenciado espectáculos repugnantes de parte de los indígenas, si no ha habido madres indias

que fueron de casa en casa buscando a sus hijos y llamándolos en su lenguaje; si no se dieron escenas de defensa de sus hijos ante la acción de soldados con orden de entregarlos a terceros. Luego de unas cuantas preguntas muy desafiantes, termina diciendo que había sido ciertamente mejor si los hubieran remitido a Dawson. Compara, a través de la descripción que se hace en la prensa de ese año, el modo de vivir de los indios en Dawson y cómo han quedado abandonados al vicio los de Punta Arenas.

En defensa de la misión de Isla Dawson, replica a los que sitúan el problema solo en la libra esterlina que los salesianos dejaron de percibir por cada uno de los 165 indígenas, ya que con eso estarían diciendo que el Sr. Señoret, al tomarlos a su cargo, podría haber dispuesto de una cantidad de dinero que representaría algo más que esa suma. Además, la libra esterlina, que tanto escandaliza, es poco si se tiene en consideración que a los 200 indios hay que darles casa, vestido y comida por años enteros.

Describe los gastos realizados en la misión en construcción, mantención y fletes, diciendo que todo eso es posible gracias a las erogaciones públicas. Las subvenciones del Congreso y las limosnas han sido todas empleadas en los indios. Ante la acusación de que los salesianos son «personas interesadas y negociantes», desafía a cualquiera que desee fiscalizar esas pretendidas riquezas.

En fin, el Superior de la misión critica a los que con puras palabras y desde su oficina creen que se puede cambiar a un salvaje en civilizado por arte de encantamiento. Por lo mismo, se detiene a explicar qué es lo que se ha hecho en la misión y lo que cuesta enseñar a los indios, por cuanto hay mayor dificultad de civilizar a los fueguinos nómades que a los araucanos.¹¹⁸

En conclusión: la fuerte polémica, que se desarrolló a lo largo del año 1895, se centró en la defensa de dos estilos de misión: los librepensadores y anticlericales a favor de la «misión laica» y los conservadores y el clero a favor de la «misión católica».

Importa consignar que, el 28 de noviembre de 1895, en el censo general realizado en el país, se habían registrado las siguientes cifras para la región de Magallanes:

Población blanca:

Punta Arenas	3.227
Tierra del Fuego y Dawson	566
Patagonia chilena	1.298
Islas australes	77
<i>Total habitantes</i>	5.168

Población indígena (cálculo):

Indios patagones	300
Alacalufes	500
Onas (se cree que son 4.000 entre Chile y Argentina).	2.000
Yaganes	500
<i>Total habitantes</i>	3.300 ¹¹⁹

Estos importantes datos nos ubican en el número de indios existentes en la región. De estos, la misión de San Rafael tenía en ese año 215 indígenas entre onas y alacalufes.¹²⁰

CAPÍTULO QUINTO

LA ERRADICACIÓN DE LOS ONAS DE TIERRA DEL FUEGO

1. CRITERIO DE LA SOCIEDAD EXPLOTADORA

No se puede continuar el estudio de la polémica sin antes detenernos a analizar brevemente el gran drama humano que se estaba desarrollando en Tierra del Fuego.

Por una parte, el Gobierno chileno, en su afán no solo de ocupar esas tierras, sino además de incentivar el desarrollo y el progreso, favoreció la colonización. Se debe tener presente que justamente, recién en el verano 1894-95, se había terminado de trazar la línea divisoria de límites entre Chile y Argentina, en la isla de Tierra del Fuego. De los dos millones ochocientas mil hectáreas que quedaron para territorio chileno, el Gobierno concedió a varios particulares un millón quinientas mil hectáreas. Entre ellas a la «Tierra del Fuego Sheep Farming C^o» y a la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego.¹²¹

En parte por el gran influjo que la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego tenía en las esferas gubernamentales, lo cual, en la práctica, los hizo ser dueños absolutos y con posibilidades de actuar de conformidad con sus intereses, y por otra parte, por falta de disposiciones oficiales del Gobierno con respecto a la situación de los indios habitantes de Tierra del Fuego, lo cierto es que allí se estableció un duelo a muerte entre colonos e indios. La ventaja la llevaron, por supuesto, los primeros.

Ya en noviembre de 1892, el senador por Santiago, don Agustín Ross, había planteado una denuncia histórica en el Parlamento:

«Los indios, viendo que disminuyen los guanacos y que el territorio está ocupado por ganado lanar, naturalmente han entrado a cazar corderos para comer y vivir. El resultado de esto ha sido que los colonos están cazando o matando a bala de rifle a los salvajes como si fueran guanacos, y esto sucede a vista y paciencia de las autoridades de Punta Arenas».¹²²

La Sociedad Explotadora había ocupado las tierras más densamente pobladas por los selknam (onas) y, por lo mismo, ello provocó

que los enfrentamientos se multiplicaran. Para muchos había que escoger entre volver al atraso o erradicar a los indios. Este dilema aparece bastante claro en la presentación que las 5 compañías ganaderas de Tierra del Fuego hacen a la Corte de Apelaciones de Valparaíso, el 23 de diciembre de 1895. «Si no se arbitra ese medio (la extracción de los indígenas de su suelo natal), cuente el Gobierno de Chile con que en un año o dos la Tierra del Fuego volverá a ser tan salvaje como antes de que estableciéramos en ella nuestras estancias e industriales laboriosos, como creemos haber sido, que serán arruinados en la pérdida de ingentes capitales que tienen invertidos y esto redundará en notable atraso de esta próspera región».¹²³

Esta misma posición es la que defiende el diario *El Magallanes*. A lo largo del año 1894, expresará este criterio al presentar los sucesivos hechos de robos de animales, asesinatos de blancos o enfrentamientos con los indígenas.¹²⁴

Entre otras afirmaciones, seleccionamos esta: «...es realmente vergonzoso que en el Estrecho de Magallanes, frecuentado diariamente por vapores, se desarrollen escenas de sangre como la que relatamos. En último caso, hágase una campaña de exterminio contra los indios adultos y déjese los niños a cargo de los salesianos, ya que ellos creen poder civilizarlos, pero que no veamos repetirse escenas como la anterior, que avergüenzan a un país como Chile que ocupa un rango entre las naciones civilizadas».¹²⁵

El criterio de la Sociedad Explotadora, con respecto a los robos de ovejas, era el de defender a todo trance sus intereses. Para ello, había dispuesto gente especial para repeler a los indios. En caso de indios muertos, ello era justificado por la necesidad de escarmiento y por haber sido sorprendidos cometiendo un robo dentro de una propiedad ajena, con el agravante de haber presentado resistencia armada. Pero, por otro lado, vieron claro que la mejor solución era el llevar a todos los indios a la Isla Dawson, y por eso presionaron al Gobierno para que, enviando un destacamento de soldados, fueran ellos los que asumieron el papel de erradicar a los indios onas de Tierra del Fuego.

Dentro de este plan general, se llegó a un acuerdo con Mons. Fagnano. En su carta-solicitud, del 16 de mayo de 1895, al presidente del directorio de la Sociedad Explotadora, Monseñor expone los últimos hechos: «El que firma, Superior de la misión de los indios de

Tierra del Fuego, expone que el agente de la Sociedad en Punta Arenas, Sr. Moritz Braun, ha transportado a la Isla Dawson más de cien indios, que tenían su asiento en el campo ocupado por dicha Sociedad en la Bahía Inútil, prometiendo, que el directorio nos ayudaría a los gastos de mantención». ¹²⁶

A la petición relacionada con una ayuda económica, el Sr. Peter Mac Lenan, a la sazón presidente del directorio, comunica la plena aprobación que ha tenido, en su carta a don Mauricio: «El padre Fagnano presentó una solicitud concerniente a los indígenas y nosotros convenimos en dar una libra esterlina por cada indio que enviáramos a la Isla Dawson, y esto yo confío encontrará su aprobación. Yo pienso es el modo más barato para deshacernos de ellos, más corto que dispararles, lo que es además censurable». ¹²⁷

La decisión del gobernador Manuel Señoret de dejar en Punta Arenas a los 165 indios, capturados en los campos de San Sebastián, fue desatinada para la Sociedad Explotadora, porque llevó el problema a un debate público en la prensa y dio a conocer, además, la terrible situación de los indios. Por lo mismo, se interesarán para que se nombre un ministro en visita. Este encargo lo realizó don Leoncio Rodríguez, ante la Corte de Apelaciones de Valparaíso, la que designó para cumplir dicha función a don Manuel A. Cruz. Al mismo tiempo, la Sociedad Explotadora movió todas sus influencias en las esferas del Gobierno.

El ministro, Sr. Manuel A. Cruz, al llegar a Punta Arenas, se percató de que el «asunto onas», de Tierra del Fuego, excedía sus facultades, por cuanto en dicha problemática estaban implicadas las compañías que se dedicaban a la crianza de las ovejas. En consecuencia, se limitó a enfrentar el problema de los 165 indios dejados por el gobernador Señoret en Punta Arenas. A este respecto, ordenó que fueran trasladados a Dawson todos los que vivían en campamentos en las afueras de la ciudad, que eran unos 60 sobrevivientes ¹²⁸ y dio el caso por sobreseído. Sin embargo, dejó consignado un testimonio muy importante que revela la dimensión real del problema: «La voz pública acusa en Punta Arenas a aquellos empleados y a sus jefes superiores de crueles e innecesarias vejaciones cometidas en las personas de los indios y de sus mujeres, y aun de odiosos asesinatos perpetrados con refinada maldad para evitar aquellas depredaciones». ¹²⁹

2. DENUNCIA DE LOS MISIONEROS

Los misioneros, por su parte, se muestran defensores absolutos de los indígenas. Los hechos acaecidos en marzo de 1894, y que dieron motivo al diario *El Magallanes* para propiciar públicamente el exterminio de los indios onas adultos, son narrados en forma totalmente distinta. Los indios protagonistas del hecho de sangre llegaron, posteriormente, a la misión y contaron a los misioneros que, después de ayudar en varios trabajos a los tripulantes de la nave, tuvieron que matarlos, porque escucharon que querían «llevarse a sus mujeres e hijos, luego de asesinarlos a ellos». ¹³⁰

Hay un consenso en los informes escritos por los misioneros para estimar a los indígenas como «pobres infelices», víctimas de las más crueles injusticias y vejaciones por parte de los blancos.

En medio de todo este conflicto, Mons. Fagnano se percata que el problema debe ser asumido por el Gobierno, el que debe proveer en forma eficaz a la defensa de los naturales. Luego de varias tentativas, al no lograr su objetivo, denunciará, con dolor y energía, al Gobierno de ese entonces, como el verdadero causante de todos los males.

Expresando su profundo malestar, declara en una entrevista al periodista Joaquín Edwards Bello: «Inútilmente he escrito a Santiago. Los criminales llevan nombres distinguidos y el temor a un escándalo ha hecho acallar el primer impulso de protesta, apagando la voz de la verdad».

Luego de denunciar el caso de 180 indios asesinados, se refiere a los ocupantes de Tierra del Fuego como «usurpadores de sus tierras; asesinos de sus hijos, raptos de sus mujeres, ladrones de sus propiedades». Con pasión concluye: «Son cosas tan asquerosas, tan repugnantes, que quisiera narrarlas una y mil veces para ver si así consigo quitar de mí un poco de ese peso que me oprime como una obsesión». ¹³¹

Con la misma valentía y coraje profético con que interpela al Gobierno de Santiago, lo hace con el de Buenos Aires. En carta dirigida al ministro del Interior de Argentina, Sr. Amancio Alcorta, le expresa:

«... mientras insistía cerca del Gobierno nos concediera en arriendo esos lotes y había encargado a un sacerdote salesiano que hiciera las diligencias para que se escuchara nuestra petición; mas, sea porque la mensura del agrimensor Díaz no se aprobó por el Supremo Gobierno, sea por otros motivos, aconteció que dos lotes con los números 32 y 33 fueron ocupados por orden del señor José Menéndez, el cual tiene ya una propiedad de 32 leguas en la Tierra del Fuego y, al parecer, busca de acapararse mucho más, bajo nombres supuestos».

«Esta es la verdad de lo acontecido. Ahora hace dar caza a los indios, sea por sus peones que van haciendo excursiones en los bosques, sea por la policía, cuyo inspector vive en la misma estancia del señor Menéndez, y los policías, distribuidos en los puestos, sirven de ovejeros...».¹³²

Este parecer fue compartido por los misioneros salesianos y constituirá una tradición entre ellos. Entre otros, está expresado por el P. Borgatello, quien vuelve a referirse a las matanzas de indios, de las cuales responsabiliza directamente a los pastores y mayordomos radicados en Tierra del Fuego. Pero, señala que el mal tiene una causa superior: «Los señores accionistas no sólo no prohibían a los pastores esas horrendas matanzas, tan inhumanas como injustas, sino que los animaban a continuar en su bárbara e inicua empresa; llegaron incluso a establecer la tasa de una libra esterlina por cada salvaje que matasen, ni más ni menos como se pagaba en la Patagonia a aquellos que mataban un león-puma».¹³³

En la misma obra transcribe, como algo que él mismo escuchó de uno de los estancieros, esta frase: «Por cada indio, un balazo».¹³⁴

La afirmación del P. Borgatello es plenamente ratificada por el P. Martín Gusinde, quien refiriéndose a la extinción de los onas, escribe: «A tan bajo nivel llegó la codicia y la inhumanidad del hombre civilizado, que las cabezas de indios constituían para él un artículo de comercio; pues, el ladino comerciante pagaba al asesino una libra esterlina y él vendía después el cráneo al Museo de Londres por cuatro libras... espléndida ganancia en números redondos. El codicioso estanciero, que quería limpiar su campo, pagaba la misma suma por un par de orejas humanas, como proporcionó igualmente la estricnina para envenenar grupos enteros de inocentes indígenas».¹³⁵

Gusinde, un científico muy poco inclinado a recoger rumores infundados o a dejarse dominar por la emotividad, señala como cazadores profesionales de indios a Julio Popper¹³⁶; Mac Lenan y Sam Ishlop¹³⁷. Incluso reproduce lo que Joaquín Edwards Bello transcribe en su entrevista a Mons. Fagnano sobre Mac Lenan: «ganó en un año, en premios por tan macabro sport, la suma de 412 libras esterlinas, lo que quiere decir que en un año había muerto 412 indios. Esta deplorable hazaña fue festejada con champagne, en medio de una incalificable orgía, por algunos miembros de la compañía que brindaron por la prosperidad de la 'Explotadora' y por la salud del brillante tirador».¹³⁸

Esta persecución contra los indios no se realizaba solo en la parte chilena de Tierra del Fuego, sino también en la parte argentina. Masacres al estilo de la de Sierra Carmen Silva o la del Cabo Santo Domingo se repetían en ambas partes. El propio ministro del Interior de Argentina, don Amancio Alcorta, hizo en la Cámara de Diputados idénticas denuncias a las ya anotadas.¹³⁹

Importa destacar que este es el marco de referencia que se debe tener en cuenta para analizar toda iniciativa en favor de los indios. La realidad es que existía por parte de la Explotadora una decisión absoluta: sacar a los indios de Tierra del Fuego y llevarlos a Dawson.

Por lo general, los llevados a la misión fueron los sobrevivientes de enfrentamientos donde habían quedado varios muertos.¹⁴⁰

El traslado de los indios onas de Tierra del Fuego a Isla Dawson o a las pampas de la Patagonia será decretado en forma oficial por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización, el 2 de junio de 1898.¹⁴¹

En realidad, lo lógico hubiera sido establecer tierras propias para las comunidades indígenas desde el inicio mismo de la colonización. En cambio, se entregó su suerte a los estancieros, sin decretar la más mínima ley que los protegiera. Por lo cual, en esa situación de desamparo, establecer una misión en la misma Tierra del Fuego equivalía a: implantar un campo de concentración o condenar a los indios a un más rápido exterminio a manos de los cuidadores de ovejas.

CAPÍTULO SEXTO

LA MISIÓN LAICISTA

1. EXIGENCIAS AL SUPREMO GOBIERNO

La increíble expansión que habían tenido los salesianos, la obra de sus escuelas-talleres, de gran significado popular, y los nuevos grupos misioneros que continuaban llegando, provocaban asombro en los políticos de distintas tendencias. «Los Hijos de Don Bosco» aparecían ante el país como pujantes y hábiles administradores y con una gran reserva de nuevos contingentes en Italia. En este momento, ya son un centenar los misioneros salesianos que atienden talleres en Concepción, Talca, La Gratitude Nacional, Valparaíso; también el Patrocinio de San José, Punta Arenas y Dawson.

En el mes de enero de 1896, con motivo de discutirse en la Cámara de Diputados la Ley de Presupuestos, el diputado Pleiteado vuelve a su ataque contra los salesianos.

Uno de los argumentos que usa para probar su tesis central, esto es, que los salesianos son comerciantes, es precisamente el hecho de que tengan la posesión de Isla Dawson. Pone de relieve su fertilidad y el hecho de que ha sido entregada sin reserva a los salesianos. Por otra parte, no obstante la imposición del decreto de concesión que establecía que no se impondría ningún gravamen al fisco, reciben una ayuda estatal de \$ 6.000. Reclama porque las propiedades de los salesianos están todas puestas a nombre de Mons. Fagnano y, además, que en Dawson no reciben ningún indio sin previo pago de una pensión y están negociando con la piel de focas y lobos marinos.¹⁴²

Las acusaciones y las réplicas continúan en la prensa. Mons. Fagnano trata de explicar y responder estos cargos, pero es un diálogo de sordos, porque detrás no solo están las tendencias políticas de los periódicos, sino la lucha religioso-laicista que convulsiona al país.

Como un efecto provocado por los artículos de prensa, que se publican en el centro del país, en enero de 1896, el único diario que se imprime en Punta Arenas, *El Magallanes*, junto con reproducirlos, toma la iniciativa de impulsar una campaña en defensa del Sr. gobernador.

En su argumento central, el diario *El Magallanes* reclama que frente a los intereses de los estancieros y la vida de los indígenas, era deber del Gobierno central el proveer una respuesta satisfactoria para ambos. Sugiere algunas medidas, tales como nombrar a una persona con 50 o más hombres de a caballo para que constituyeran una guardia de seguridad en la isla, protegiendo a indios y civilizados, y que se enviara un delegado laico del Gobierno con plenos poderes y todos los medios necesarios.

Para el periódico, las matanzas de los indígenas han sido efecto de la desidia y del abandono en que Santiago mantiene los asuntos de Tierra del Fuego. Todo esto lo reafirma cuando expresa que el gobernador, al traer a los 165 indios, darles de comer y nombrar una comisión para repartirlos entre las familias de Punta Arenas, lo ha hecho con la intención de que los indios aprendieran un trabajo y así pudieran valerse por sí mismos. Lo que el gobernador ha emprendido en beneficio de los indios por su cuenta y riesgo es más que lo que el Gobierno central, diarios y Congreso habían logrado. Agrega que la población de Punta Arenas no supo responder al proyecto del gobernador. Por supuesto, desprecia el trabajo de la misión de Dawson, llamándola, al igual que la protestante de Ushuaia, «pequeñas fábricas de esclavos» y termina planteando que lo que verdaderamente importa es salvar a los onas de la extinción.¹⁴³

El gobernador de Magallanes, don Manuel Señoret, ciertamente había percibido la repercusión y el significado que había tenido, a nivel nacional, su determinación de dejar los 165 indios en Punta Arenas. Al analizar las decisiones por él tomadas, se descubre inteligente y hábil. Pero, no se trata solo de reconocer lo apropiado de la medida política por él asumida, en orden a nombrar una comisión que se hiciera cargo del asunto, sino aceptar que Señoret buscó en serio una solución para procurar la civilización de los onas. A pesar de todos los ataques y del cierto fracaso de su iniciativa, él sigue convencido de la bondad de dicha fórmula.

En febrero de 1896, escribe a la Comisión Protectora de Indígenas: «Habiéndose conseguido ya el objetivo principal de incorporar a la civilización la mejor parte de los indios traídos de la Tierra del Fuego»¹⁴⁴, cree oportuno que los ancianos y niños sean trasladados a Isla Dawson. En su decreto, destaca que se ha

logrado que varios indígenas se ocupen en diversos trabajos y se alimenten de lo que ganan.

En los meses siguientes, *El Magallanes* confirma esta realidad, solicitando a las familias que tienen en su poder niños o adultos fueguinos la conveniencia de inscribirlos en la Oficina del Registro Civil ¹⁴⁵. Tanto el gobernador como el diario manifiestan su alegría de haber conseguido un triunfo, vale decir, que el crucero «Errázuriz» contratara como grumetes a tres indios fueguinos ¹⁴⁶ y, pocos meses más tarde, el «Huemul», a otros tres. Esta satisfacción se expresa en los nombres que ponen a los tres últimos grumetes: Pedro León Gallo Ona, Manuel Antonio Matta Ona y Francisco Bilbao Ona. ¹⁴⁷

En realidad, lo que D. Manuel Señoret había ensayado y tenía como proyecto era, precisamente, lo que *El Chileno* le había enrostrado: querer constituir, en forma paralela a Dawson, una «misión Laica». ¹⁴⁸

Importa distinguir las dos etapas que caracterizan el período de Gobierno de don Manuel Señoret (1892-1897). La primera, forma parte de la «política de omisión», que llevaron a cabo todos los gobernadores de Magallanes con respecto al problema de las matanzas de indios fueguinos ¹⁴⁹. No se da por enterado de las actividades represivas contra los indígenas y está plenamente de acuerdo con la Explotadora de Tierra del Fuego, en cuanto erradicar a los onas de la Isla Grande y llevarlos a la misión de Dawson. ¹⁵⁰

Las fuertes críticas que a nivel nacional se levantaron en contra suya, por los hechos de agosto de 1895, y que ya anteriormente lo responsabilizan de las matanzas de indios ocurridas en esos meses, lo llevaron a asumir una actitud de mayor interés por la solución del problema de los onas. El ensayo realizado con los 165 indios, que dejó en Punta Arenas para repartirlos y que provocara escenas trágicas, lo obligó a plantear un proyecto más completo. Esto lo realiza en la *Memoria* que presentará en 1896 al Ministerio de Colonización.

Según las investigaciones de M. Martinic, el verdadero autor de esta *Memoria* sería el Dr. Lautaro Navarro Avaria ¹⁵¹. Esto explica, por otra parte, el cambio entre las ideas que se plantean en este documento, en referencia a las que hasta ese entonces había expresado el gobernador Señoret en sus escritos.

2. MEMORIA DEL GOBERNADOR MANUEL SEÑORET

En su primera parte, hace una descripción geográfica de los recursos naturales de la isla de Tierra del Fuego, de la explotación ganadera y ovejuna que en ella se realiza y de sus centros habitados. Advierte que no fue atinada la forma como se hizo la concesión de tierras, pues habría sido preferible entregar lotes más pequeños a más colonos.

Luego hace una presentación de las tres razas indígenas que habitan la región de Magallanes, deteniéndose especialmente en los habitantes de la isla grande: los onas. Describe su aspecto físico, sus costumbres de vida y su modo de alimentarse.

En el tercer punto, habla del establecimiento de las compañías dedicadas a la crianza de ovejas y del problema que de inmediato se suscitó con los indios. Es explícito al respecto: «Hoy el ona no ve en el hacendado sino al enemigo que pretende despojarlo de la tierra de que se considera señor y dueño absoluto, por haber nacido en ella y gozado siempre con toda libertad de sus productos. Le hace, de consiguiente, y cree obrar con todo derecho, una guerra encarnizada».¹⁵²

En el cuarto punto, plantea su crítica a la misión salesiana de Isla Dawson.

1) Respecto a la misión en general, señala: a) que hasta fines de 1894, los únicos que visitaban la misión, por unos pocos días, eran alacalufes, los cuales continuaban luego su vida nómada sin haber sacado provecho alguno de civilización; b) que sólo desde los primeros meses de 1895, como consecuencia del acuerdo establecido entre Mons. Fagnano y el Consejo Directivo de la «Sociedad Explotadora», hay indios onas en Dawson; c) que el 28 de noviembre de 1895, al realizar la cañonera «Magallanes» el censo general, la población indígena de Dawson era de 176 y que al presente es de alrededor de 300 indios; y d) acusa a los salesianos de haber tomado posesión de la isla sin autorización alguna, antes del decreto del 11 de junio de 1890.

2) Respecto del **método usado en la misión**, hace notar que: a) el personal docente está conformado en su totalidad por italianos; por lo tanto, son poco aptos para la enseñanza de indígenas, que usan

libros empleados en las escuelas primarias del país y no adaptados a los naturales; b) los indios adultos son mantenidos en la más completa ociosidad. No han adelantado en el arte de cocinar, pues comen carne o pescado crudo en descomposición. En ocasiones, son empleados en trabajos groseros y duros, y les están vedados en gran parte los goces de la familia. Todo lo cual les produce nostalgia con decaimiento físico y moral; c) la misión de Dawson tiene una pésima ubicación, ya que hay que llevar allí a los indios arrancándolos violentamente de su tierra y de sus seres queridos. Al tratar sobre la misión salesiana en Río Grande (Argentina) anota: a) «Por otra parte, los misioneros salesianos que se cambian de Dawson, territorio chileno, a Río Grande, territorio argentino, tienen que predicar a los neófitos indígenas allá el amor a la patria chilena y acá a la patria argentina (*sic*). Esto es inaceptable y se halla en pugna con los sentimientos que despierta la palabra patria». Repetidas veces hace una comparación entre los adelantos obtenidos por los indios dejados por él en Punta Arenas, al estar en contacto con los civilizados, y la postración que manifiestan los de la misión al estar aislados.

* Podemos sintetizar la **Propuesta de don Manuel Señoret** en los siguientes puntos:

- Que se creen tres puestos militares, cuyos objetivos serían: civilizar a los indios, colonizar la isla Tierra del Fuego y proteger eficazmente el tranquilo desarrollo de las industrias.
- Cada puesto estaría integrado por tres guardianes casados, que residirían allí con su familia. A la cabeza estaría un misionero franciscano.
- La buena ubicación atraería a colonos nacionales, los que al establecerse ayudarían a la civilización de los indios, de modo que al cabo de unos pocos años se transformaría en un pueblo.
- Los hacendados harían una colaboración en carne en beneficio de los indios. Por su parte, el Gobierno daría a todos —guardianes e indígenas— la ayuda que se da a los colonos: tierras, una vaca lechera y algunas semillas.

— El personal de cada puesto militar debería vigilar a los indígenas, atraerlos para que se radiquen, construyan viviendas, cultiven la tierra y domestiquen animales.

— Se distribuirían los tres puestos militares en los siguientes puntos:

1. En la comarca de Cabo Boquerón, entre Bahía Inútil y el Puerto Porvenir

2. Al pie de Pico Nose (Nose-peak), en la costa meridional de Bahía Inútil, entre las haciendas del río Marazzi y Caleta Josefina.

3. A orillas del Río Grande, inmediato a la frontera argentina.

— En el presupuesto para la instalación de edificios destina:

\$ 5.000 para la casa de la misión, capilla y escuela.

\$ 3.000 casa para la policía.

\$ 1.000 para corrales y cercados.

— Finalmente, con respecto a Isla Dawson, plantea que:

1. Se llevarían colonos chilenos y se agregarían indígenas.

2. El establecimiento actual de Bahía Harris se convertiría en una escuela de oficios para los indios y los colonos.

3. Se pondría a todos los establecimientos bajo la vigilancia e intervención de las autoridades administrativas del territorio.¹⁵³

Al analizar todo el texto de la *Memoria* y especialmente las conclusiones, se puede decir que el Sr. Señoret plantea un proyecto alternativo a la misión salesiana, que busca procurar la civilización de los indios onas, no en la Isla Dawson sino en Tierra del Fuego.

Al contrario de la misión salesiana, donde se procura antes que nada inculcarles la religión cristiana, prepararlos para recibir los sacramentos, educarlos, capacitarlos para el trabajo y así como buenos cristianos hacerlos óptimos ciudadanos, en el proyecto Señoret

se prefiere plantear los objetivos de: civilización, colonización y tranquilo desarrollo de la industria. Esto es, integración a la nacionalidad y al «progreso».

Este proyecto laico contempla a un misionero, pero como capellán de un puesto militar. Acentúa en su tarea de predicación del Evangelio, el que ayude a anexar a Chile un territorio y una raza de indios. Por otra parte, deposita su confianza total en el valor positivo que provendría del contacto entre blancos e indios para integrar, a estos últimos, a la civilización, y, por último, denuncia a la misión religiosa en su pretensión de ser un territorio aparte, administrado por los misioneros, y postula que debe depender de las autoridades locales, ya que cumplen el papel de «su patrono».

Es interesante este proyecto y, aunque no se haya llevado a la práctica, es la propuesta de lo que el liberalismo postula en el país. Así como se había implementado un modelo laico para la sociedad chilena y para la educación, así también, encontramos que aquí en Magallanes lo han formulado para las misiones.

En este sentido, la polémica y los hechos anteriores fueron muy importantes, por cuanto ayudaron a formular, en esta *Memoria*, una alternativa a la misión religiosa de los salesianos. Por ser un proyecto liberal estatista, por cuanto hace del progreso su objetivo supremo, lo llamamos: misión laica.

Desde la perspectiva de las luchas, que en este sentido se sostenían a lo largo de todo el país, es fácil interpretar que por ambas partes se minimiza lo bueno del adversario y se maximiza toda deficiencia.

CAPÍTULO SÉPTIMO

OTROS INFORMES Y PROPUESTAS

1. OPINIÓN DE DON DOMINGO CANALES

Don Manuel Señoret, paralelamente al envío de su informe y propuesta de solución, trata de implementar en Magallanes una serie de normas referentes a la situación de los onas y de la misión de San Rafael.

Encarga a don Domingo Canales estar al tanto de la situación y controlar especialmente la misión de Dawson. Don Domingo afirma haber sido nombrado por el gobernador: «capitán de los amigos de los indígenas y protector de ellos»¹⁵⁴. Su actuación e informes abarcan desde el 23 de febrero hasta el 29 de julio de 1896.

En su primer informe, don Domingo Canales plantea tres aspectos fundamentales: a) Propone como solución establecer una guardia en Tierra del Fuego, que evite las represalias y sirva para civilizar a los indígenas. No debía estar integrada por soldados o policías, sino por hombres casados y hábiles, escogidos en los campos del norte y centro de Chile. Critica al Gobierno por gastar grandes cantidades en favorecer la inmigración, mientras con solo una parte de ese dinero podría hacer entrar 3 ó 4 mil indios a la vida civilizada; b) Respecto a la misión de Dawson, opina que es un establecimiento deficiente en todos sus servicios. Junto con otras deficiencias, hace notar la falta de una enfermería, la insuficiencia de la alimentación, lo impropio de la reclusión y del aseo en que viven allí los indios; c) La propuesta del Sr. Canales es que, en esta «misión melancólica», la estada de los indios no podía durar más allá de un año.¹⁵⁵

De acuerdo con este primer informe, don Domingo continúa dejando constancia, en sucesivos documentos, de sus viajes a la misión y opinando en forma desfavorable sobre todo lo que allí se hace. Según él, la misión ítalo-salesiana se caracteriza por el abandono, el desaseo repugnante, la hiriente desnudez y la miseria. Los indios que se enferman no son aislados en una enfermería, lo que provoca el contagio. Promete que mientras esté en su cargo no va a permitir que ningún indígena sea llevado a Dawson, hasta tanto no se coloque un empleado fiscal que lleve el control.

Pone en boca de los indígenas diversas frases con las cuales él ratifica sus opiniones. Así, por ejemplo, que ha escuchado decir: «que ellos tienen dos enemigos poderosos, los hacendados con sus rifles y los padres con su miseria y prisiones».

Al insistir en su propuesta de establecimientos civiles en la misma Tierra del Fuego, llama a los pastores y estancieros «rifleros» y afirma rotundamente que son «cruels y muchos de ellos homicidas».¹⁵⁶

En sus diversos viajes a la misión, Canales hace uso de su título de «Protector de indígenas». Exige que le muestren los libros de defunciones y reclama ante el gobernador, porque los misioneros no los tienen. Estas actuaciones provocan resistencia en los salesianos, más aún cuando son exigencias tales como que se le dé por escrito un informe acerca de la población que mantienen los misioneros y la entrega de cuatro indígenas varones, solteros, para traerlos a Punta Arenas. La razón presentada en tal caso era la de «proveer de algún modo a su bienestar y mejoramiento».¹⁵⁷

Don Domingo Canales informa que en esta ocasión el director se negó abiertamente a entregarles a los indios. Luego agrega: «A esta declarada rebelión del director contra la autoridad administrativa de Punta Arenas, he contestado yo, tomando por mí mismo cuatro muchachos indígenas de entre 15 y 17 años, que embarqué con toda calma y he traído a Punta Arenas para buscarles colocación en casas respetables, procedimientos que siguen dando en la colonia excelentes y ejemplares resultados».¹⁵⁸

Aparece claro que Canales sigue en esto la tesis del gobernador Señoret y quiere reafirmar la bondad del método, consistente en llevar a indios jóvenes a Punta Arenas para incorporarlos como fuerza de trabajo en la sociedad. Según ellos, se obtenía así, por el contacto con los blancos, una más rápida civilización del indígena.

En su último informe —29 de julio de 1896—, don Domingo Canales, después de acusar a la misión de abandono culpable e inhumano respecto de los indios, lo cual ha costado ya la vida de más del 40% de ellos, agrega que el director, P. Bernabé, se negó a admitirlo a visitar la misión, diciéndole que era una casa privada, que nada tenía que ver la gobernación y que solo lo dejaría entrar con orden del juez de letras.

Canales plantea su reclamo sobre la base de que la misión es subvencionada por el Estado. Y llama «hechos criminales de los salesianos de Dawson» a la negativa del padre Bernabé de entregarle 2 niños indígenas de 7 y 9 años, que el mismo Canales había llevado a la misión y que ahora, habiendo muerto la madre, venía a reclamar para colocarlos en Punta Arenas a cargo de caballeros respetables. Agrega que pidió, entonces, al comandante del «Cóndor», seis soldados para visitar la misión por la fuerza, pero el comandante se negó, pues no tenía instrucciones especiales». ¹⁵⁹

En conclusión, se puede afirmar que, entre todos los informes oficiales escritos sobre la misión de Dawson, los realizados por don Domingo Canales son los más negativos y, prácticamente, no reconoce en absoluto ninguna bondad a esa experiencia misionera.

A modo de complementación, se debe incluir aquí lo que uno de los misioneros, el P. Luis Carnino, dejó anotado en sus apuntes: «Ocasiónó muy mala impresión a los moradores de San Rafael, el día 22 de junio de 1896, una visita del escampavía 'Toro'. Bajó cierto Canales, acompañado de soldados y tripulantes y, simulando visitar la misión, encontró cuatro mozos que partían leña; sin más se los llevó a bordo. Eran Andrés Silva, Jorge Pino, Alejandro Vals e Ignacio Selva.

El R.P. director creyó prudente esperar por si los devolvían. Fueron llevados a Punta Arenas y dejados en la policía, de donde el Señor Canales pensaba sacarlos y obsequiarlos a sus compinches. Silva picaba leña en el cuartel; su hermano y otro compañero que tripulaban la 'Auxiliadora' lo ven, hablan en alacalufe y lo convidan a marcharse. Él disimula. Al rato, salta el cerco y al día siguiente reaparece en San Rafael narrando lo acontecido. Los otros tres de a poquito volvieron también cada uno con su historia, el último Jorge: estos eran onas».

«Conocidos los detalles por Andrés, el R.P. director tomó sus medidas preventivas. A los pocos días, vuelve el 'Toro'. Canales, envalentonado por el pasado éxito, se prometió otro mejor. Bajó sin soldados deseoso de conocer la misión para visitar e investigar indios e indias, casas, talleres, etc., llamándose 'Protector de Indios'.

El Padre director le pidió las credenciales. Fue cual meterle la pica al toro. Tornóse bravo, enojadísimo, y dijo más de lo que pudo hacer. La misión se puso en armas. Los indios por sí solos se aposta-

ron sobre los cerritos que rodeaban las casas-misión, armados con sus arcos y flechas, dispuestos a defender sus hogares. Todos listos para dejar mal puesto a Canales, a la menor seña del R.P. director. Este, muy serio y reservado, comprando por toneladas y vendiendo por adarmes, mandó le acompañaran al muelle para que se embarcara. Los dos caballeros, mortificados, pidieron mil perdones, y a ellos se les pidió disculparan.

Una vez a bordo, el Sr. Canales solicitó fuerzas para obligar y castigar a quien tan varonilmente se había opuesto. Por respuesta se tuvo un: 'cállese la boca, si no le hago amarrar al palo hasta Punta Arenas y allá le entregaré a quien corresponda'. Así acabó el famoso Canales, pero nosotros lo ignorábamos. El miedo es mal consejero».¹⁶⁰

En estos mismos meses, de 1896, el Subdelegado de Tierra del Fuego, don A. Barra V., con motivo de acompañar a Dawson a los últimos indígenas retenidos por Señoret, en Punta Arenas, redacta un pequeño informe que, según advierte, no pudo ser más extenso por el mal tiempo que reinó los días 28 y 29 de marzo, en que estuvo en la misión.

Además de señalar deficiencias sobre el trabajo de los misioneros, indica que la Gobernación está aplicando varias normas y exigencias de orden legal. Ha revisado los libros de defunciones, nacimientos y matrimonios, los cuales considera regularmente llevados. Pero advierte que ninguno de los indios fallecidos ha obtenido el pase respectivo de sepultación de parte del oficial civil de Punta Arenas.¹⁶¹

Respecto a este último tema, esto es, el cumplimiento de las exigencias del Registro Civil, lo trataremos más adelante. Por ahora, baste señalar que el informe del subdelegado de Tierra del Fuego está de acuerdo con don Domingo Canales y don Manuel Señoret y que, sin lugar a dudas, debe de haber sido la posición generalizada entre las autoridades gubernamentales de Magallanes.

2. MEMORIA DEL DELEGADO DEL SUPREMO GOBIERNO, DON MARIANO GUERRERO BASCUÑÁN

Un informe de gran importancia, por haber sido expresamente solicitado por el Gobierno y porque el Ministerio de Colonización lo publicará en 1897, es el confeccionado por don Mariano Guerrero B. En su *Memoria*, se refiere a las causas que motivaron su nombra-

miento como delegado para el territorio de Magallanes, esto es: la denuncia de un diario de Santiago (*El Chileno*) y el proceso iniciado en la Corte de Apelaciones de Valparaíso por don Manuel A. Cruz, para investigar una posible vejación a los indios por parte de los blancos.¹⁶²

Advierte que al llegar a la ciudad Punta Arenas encontró un clima de hostilidad en contra de los misioneros. Esto, ciertamente, se refiere al ambiente que existía entre los funcionarios públicos, masones y librepensadores. Lo cierto es que declara que le fue difícil informarse sobre la misión de Dawson, porque este medio hostil le obligaba a ser cauteloso, a fin de recoger datos imparciales y desinteresados.¹⁶³

Al analizar el contenido de esta *Memoria*, se debe destacar, en principio, el capítulo dedicado a la misión de Dawson, ya que en lo que se refiere a la descripción de las razas indígenas y a la lucha entre indios y estancieros, sus datos se basan fundamentalmente en lo expresado ya por don Manuel Señoret.

Respecto a la matanza de indios, afirma que el mal existe y que los hacendados se defienden, amparándose en el artículo 10 del Código Penal.

Según lo que él ha podido constatar, existen dos propuestas para solucionar el enfrentamiento a muerte entre colonos e indígenas de Tierra del Fuego: a) La proposición de don M. Señoret, que contempla establecer puestos militares en diversos puntos del territorio indígena y b) la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, que propone sacar a los indios de la Isla Grande y trasladarlos a Dawson, Navarino y otras islas.

Teniendo presente estas propuestas, pasa a exponer su opinión sobre la misión salesiana ¹⁶⁴. Primeramente, se refiere a la no coincidencia entre la toma de posesión de la isla y el decreto gubernamental que la concedió a los misioneros. Describe las construcciones y la población existentes. A este propósito, dice que al día de su visita pudo constatar que el número de indígenas había aumentado a 326, en comparación a los 176 que indicaba el censo de 1895. Por otra parte, señala la existencia de la escuela para los niños indios y la que tienen las Hermanas, implementada con talleres para las niñas.

Pasa luego a hacer algunas observaciones sobre la misión de Dawson.

Piensa que si la idea de establecer una misión para favorecer la civilización de los indígenas hubiese sido mejor meditada, esta debió haberse establecido en Tierra del Fuego y no en una isla deshabitada y separada por un brazo del mar del lugar de residencia de los indios. Deja constancia de los buenos propósitos de la misión y de su anhelo en favor del bienestar de aquella raza. Pero, si los estancieros no hubiesen remitido por cuenta de ellos a los indios onas, los misioneros no habrían tenido oportunidad de prestarles servicio alguno. No queda otra solución, dado el error inicial, que trasladar a Dawson a todos los indios de Tierra del Fuego y, así, evitar las deprecaciones en las estancias ganaderas. Sugiere que la escuela de la misión esté a cargo de un instructor chileno, a fin de que los indios puedan aprender el idioma patrio, ya que los sacerdotes italianos no tienen la preparación especial para enseñarlo.

A este preceptor chileno ¹⁶⁵, le confiere varias tareas. Dada la importancia que tiene el enseñar a los indios en su propio idioma, ya que los misioneros no lo hacen, el preceptor, en contacto diario y constante con los niños, deberá llegar a dominar el idioma de los indios. De este modo, sustituiría los actuales textos usados en las escuelas primarias del país por otros más adecuados a sus cortos alcances. Además, por ser chileno, los formaría en el sentimiento nacional y en la idea de la patria. Cumpliría la función de fiscalizador de la inversión que se da a los productos de la isla, a la asignación del Estado y a la ayuda de los estancieros de la Tierra del Fuego. Sería el «protector de los indios» y el representante inmediato de la autoridad para ampararlos y socorrerlos. En definitiva, concluye denominándolo «interventor», y afirma que tendría el derecho de sacar a los jóvenes de la isla para darles colocación en las industrias establecidas en el territorio.

Para evitar conflictos entre el interventor y los misioneros, se debe establecer un reglamento. Se debe organizar una visita sanitaria quincenal a la isla, a fin de que los indígenas sean oportunamente atendidos por el cirujano del buque de guerra que estuviera de estación en ese puerto, debido a la excesiva mortalidad que se observa; y también, procurar, en cuanto sea posible, que todos los empleados de Isla Dawson llevados por los misio-

neros sean chilenos, sean casados y vivan con sus familias en la isla. Consigna explícitamente lo siguiente: «Debo, por último, dejar constancia que el Rvdo. P. Don José Fagnano me ha manifestado la mejor voluntad para hacerse cargo de todos los indios que le sean llevados de Tierra del Fuego a la Isla Dawson, y estoy convencido de que los pobres indígenas encontrarían en los sacerdotes de la misión salesiana la protección más celosa y abnegada que sería posible desear».¹⁶⁶

El análisis de la *Memoria* de don Mariano Guerrero Bascuñán, en lo referente a la misión de Dawson, nos plantea una idea central que es la acción fiscalizadora del Estado como garantía de progreso. Este intervencionismo estatal en las actividades de la Iglesia busca su racionalidad en lo que respecta a las misiones, afirmando que es para asegurar la civilización y para incorporar a los indios a la nacionalidad. En este aspecto es totalmente coincidente con el informe de don Manuel Señoret. Las soluciones propuestas, sin embargo, son distintas: el espíritu laico y estatista anima a Señoret; a Guerrero, más bien un afán de fiscalización.

La solución indicada por don Mariano Guerrero, en orden a trasladar a todos los indios onas de Tierra del Fuego a Isla Dawson, fue a la larga la que adoptó el Gobierno, si bien, en definitiva, las razones que indujeron al Ministerio de Colonización fueron más bien circunstanciales, según se deduce del decreto emanado de dicha cartera y que fuera enviado al Sr. ministro de Marina:

«Este Ministerio ha recibido en diversas ocasiones varias solicitudes de los habitantes de la Isla Grande de Tierra del Fuego en demanda de amparo por las depredaciones de los indios onas, que mantienen en constante alarma a los pobladores que componen las colonias agrícolas que existen en esa isla. Los recientes asesinatos cometidos por esos indígenas en las personas de varios trabajadores de las haciendas de dicha isla y en dos tripulantes de la corbeta 'Magallanes', han venido a acrecentar esta intranquilidad, con grave perjuicio para el desarrollo de las importantes industrias que allí se han radicado».

«Por estas consideraciones, y atendiendo el reducido número de los mencionados indígenas, ha resuelto este Ministerio trasladarlos a la Isla Dawson o a las pampas de la Patagonia».

«Estima el departamento que la manera más conveniente y eficaz de llevar a cabo esta necesaria medida, y, a fin de tranquilizar los ánimos de los pobladores de la isla grande de Tierra del Fuego, sería la de comisionar a uno de los comandantes de los buques de guerra de estación en Punta Arenas, para que se pongan de acuerdo con los hacendados de dicha isla, quienes les administrarán los recursos necesarios y algunos indios de la isla, y ponerlos a disposición del gobernador de Magallanes, que designará el lugar a donde deba conducírseles».¹⁶⁷

El jueves 4 de agosto de 1898, el gobernador de Magallanes, don Carlos Bories, citó a una reunión a los jefes de las estancias de la Tierra del Fuego, a Mons. Fagnano y a otros vecinos, para dar lectura a la nota del Ministerio de Colonización y ver la mejor manera de darle cumplimiento.¹⁶⁸

En el documento que recibió el gobernador, se añadía: «Al transcribir a V.S. la nota anterior, debo manifestarle que antes de proceder a la extracción de los mencionados indígenas, V.S. se pondrá de acuerdo con los gerentes de las sociedades Tierra del Fuego Sheep F. y C^o, Explotadora de Tierra del Fuego y Philip Bay Sheep Farming y C^o y con los administradores de las haciendas de Gente Grande y de Porvenir, a fin de obtener de ellos los recursos necesarios para la mantención de esos indígenas, mientras V.S., procediendo de acuerdo con el Superior de los Salesianos y dos vecinos nombrados por V.S., designen el lugar adonde deba destinárseles».¹⁶⁹

De acuerdo con las instrucciones recibidas, don Carlos Bories realizó dicha reunión. En este encuentro, la idea de recoger los indios y entregarlos a la misión salesiana de Dawson fue aceptada por la mayoría.¹⁷⁰

Como efecto de la puesta en práctica de esta medida, se dio el caso que la misión elevó el número de indígenas a 550, que es la mayor cantidad a la que llegó en todo su período en Dawson.

En definitiva, de todos los planes alternativos y de las soluciones presentadas, precisamente para superar lo realizado por la misión, al final se concluyó aceptando que, dadas las reales condiciones, la misión de San Rafael era la única respuesta. Ante esta política distante y mezquina, la grandiosidad de los proyectos y el perfeccionismo de los objetivos que muchos en sus escritos preten-

CAPÍTULO OCTAVO

EL PLAN FAGNANO Y LA VISITA DEL PRESIDENTE ERRÁZURIZ

1. INSTALACIÓN DEL ASERRADERO

No obstante las fuertes críticas y la momentánea posición un tanto contraria de las autoridades locales, la misión salesiana sigue adelante en su desarrollo.

Pasada la Semana Santa de 1896, Mons. Fagnano regresa a visitar la Isla Dawson. Había tenido un año de ausencia debido a su viaje a Europa. Deja constancia de las novedades que le han llamado la atención en la misión, tales como: las nuevas casas construidas para los indios, el nuevo taller de tejidos de lana y los trabajos adelantados del nuevo hospital.¹⁷²

Uno de los problemas que encuentra Don José Fagnano a su regreso es el deterioro de las relaciones entre los misioneros y las autoridades. Uno de los motivos es la no respuesta, por parte de los responsables de la misión, a los informes solicitados.

El 7 de febrero de 1896, la Gobernación de Magallanes había dictado un decreto por el cual se ordenaba a las instituciones que hubieran tomado a su cargo el cuidado de indígenas enviaran de inmediato un informe completo del estado actual de los naturales y luego, trimestralmente, deberían remitirlo con indicación de las defunciones y cambios sufridos en el estado civil de los indios.¹⁷³

Hacia fines de mayo, don Manuel Señoret hace ver a Mons. Fagnano el incumplimiento de este decreto por parte de la misión salesiana, a lo cual Monseñor responde: «No me explico cómo el director de la misión, sacerdote Bartolomé Pistone, no haya enviado a V.S. el estado de los indígenas apenas recibió la nota, pues es cuanto inculco en todas mis correspondencias el acatamiento y el respeto a las autoridades; y ahora mismo imparto orden al Sac. Juan Bernabé para que en primera oportunidad envíe ese estado». Luego de solicitar indicaciones para el mejor cumplimiento, concluye: «Si hubiese otro modo de cumplir esos artículos, agradecería me lo indicara, pues los misioneros católicos deben cumplir las leyes del país donde viven e inculcar a los convertidos ese acatamiento a las autoridades».¹⁷⁴

Con fecha 22 de junio, el P. Juan Bernabé envía a la Gobernación, en nombre de Mons. Fagnano, el censo de la población de Dawson. Allí aparece que la población blanca en la isla es de 48 personas, de las cuales 3 son sacerdotes. Según el catálogo de la Congregación, en 1896 había en Dawson 8 hermanos religiosos coadjutores). Sin embargo, en este informe no aparecen separados de los otros empleados extranjeros, de los cuales se da la cifra de 22. Respecto a la población indígena, se detallan el nombre, apellido, edad y raza. En cifras globales, aparecen 102 hombres y 136 mujeres, lo que da un total de 238 indígenas.

Al analizar el Informe, es interesante destacar los apellidos que han dado a los indígenas. Así por ejemplo: Blanchard, Manuel; Correa, Antonieta; Casanova, Guillermo; Eyzaguirre, Elisa; Lira, Rupertina; Pereira, Marcelino; Silva, Andrés; Valdés, Simón. Aparecen, además, los apellidos: Calafate, Dawson, Leche, Inútil, Barro, Esperanza, Gordo, Vuelto, Ona.

Este informe está acompañado de una carta de Mons. Fagnano a don M. Señoret, en que le asegura que: «A fin de mes, el director me enviará la planilla de bautizos, defunciones y matrimonios, que enviaré a V.S. para los fines que disponga esa Gobernación».¹⁷⁵

Es evidente que entre los misioneros salesianos de Magallanes, la persona de Mons. Fagnano cumplía un liderazgo ratificado por sus cualidades superiores, su capacidad de organización, de relación social y su creatividad de auténtico misionero-pionero. En ese mismo mes de mayo había dirigido al gobernador la siguiente comunicación:

«Señor, con el deseo de hacer aprender a los indios un trabajo útil para la misión y para sí mismos, anuncio a V.S. que hice venir máquinas para establecer un aserradero a vapor, que se va a levantar sobre la orilla izquierda del Río Harris, al lado de la misión».¹⁷⁶

Uno de los logros más importantes de su reciente estada en Italia había sido el entusiasmar a los cooperadores salesianos con la idea de implementar, en la misión de San Rafael, un aserradero. Con su tenacidad característica había logrado plenamente su objetivo. De modo que el 8 de mayo, llegaba a Punta Arenas la maquinaria completa para un aserradero traído por el vapor «Totmes» de la Compañía Kosmos.

El periódico *El Magallanes* da la noticia, indicando que el aserradero a vapor tenía un valor declarado de \$ 20.000 y venía embarcado en 101 bultos. Finalmente, acota: «He aquí una nueva industria salesiana en el territorio de Magallanes para hacer la competencia a los aserraderos establecidos desde tiempo atrás». ¹⁷⁷

Por su parte, el gobernador Señoret hacía una advertencia a Mons. Fagnano, en respuesta a su comunicado: «Si se trata sólo de un pequeño aserradero para llenar las necesidades de la misión y ejercitar a los indígenas en trabajos de esta clase, no habrá inconveniente alguno en permitir su instalación, pero si ha de formarse allí un establecimiento industrial con otros propósitos, no me es dado autorizar a Ud. para ocupar con este objeto extensión alguna de terreno en la Isla Dawson, sin previa disposición del Supremo Gobierno, ignorante como estoy de las intenciones de este sobre aquella isla. Me reservo, pues, el derecho de paralizar todo trabajo si el aserradero que Ud. va a instalar adquiere proporciones industriales contrarias a los intereses generales de la colonia, mientras no exista la autorización expresa del Ministerio». ¹⁷⁸

Don Manuel, por medio del decreto N° 704, del 5 de octubre de 1896, nombró una comisión para que le informara acerca de la clase, valor y capacidad productora de las maquinarias. La comisión, con fecha 11 de octubre de 1896, estima que los dos generadores a vapor y los dos motores con sierras y bancos correspondientes tenían un valor de \$25 000. A eso había que agregar \$3 000 por el galpón, vía férrea, transporte e instalación. ¹⁷⁹

El plan que acariciaba Mons. Fagnano era constituir un pueblo indígena que diera trabajo y posibilidad de subsistencia a los naturales. Siempre pensó llevar vacunos para repartirlos entre los indios, luego solicitar al Gobierno se le otorgara a cada uno un lote de terreno. Para entonces había retardado poner en práctica una indicación que el Superior Mayor P. Miguel Rua le había hecho, en 1894: «me harás un favor si te preocupas con gran tesón en hacer cristianos y civilizar haciéndoles a ellos aprender el arte pastoril y también un poco de agricultura y otros oficios. Piensa si no es el caso, especialmente en San Rafael, de comenzar a pagar la mano de obra de los salvajes, haciéndoles después a ellos pagar al menos algunos de los gastos o los hábitos, etc., para orientarlos así a la vida civilizada y sean capaces de proveerse ellos mismos». ¹⁸⁰

El entusiasmo de Mons. Fagnano por haber logrado traer a la isla el aserradero es, precisamente, porque ve que su plan se está desarrollando, lo cual se refleja en este informe: «Ahora estamos montando una gran máquina para aserrar madera y ya tenemos un fogonero y aprendices de mecánica para atender a esos trabajos, a cuyo frente se halla el mecánico José Arrighini, ex alumno nuestro de San Benigno. Los hermanos coadjutores Motter, Colombo, Dalmazo y Bergia se cuidan de enseñar a los indios el uso y manejo de las sierras. El hermano Sikora, con unos 20 hombres, se ocupa de talar los bosques para abrir caminos. ¡Qué gran satisfacción se experimenta cuando al caer la tarde se ve a los hombres alegres y satisfechos bajar del monte trayendo al hombro el hacha y grandes trozos de leña seca para quemarlas en sus casas! Aquí viene bien hacer notar un hecho y es que antes los hombres dejaban o, mejor dicho, obligaban a la mujer a que trajera leña y ahora que se van civilizando ayuda mucho el hombre a la mujer».¹⁸¹

En los apuntes dejados por el misionero P. Luis Carnino, llegado a la misión precisamente este año de 1896, leemos: «En 1896, ya había levantado en Puerto Harris (Dawson) una bonita iglesia en madera y fierro en canalado, dos grandes galpones, una casa colegio para los Salesianos y otra para las Hermanas de María Auxiliadora, cuyo costo general pasaba los \$ 20.000. Iba ahora a instalar un aserradero a vapor (su costo \$ 22.000) al lado de la misión para apartar del ocio y del descontento que este engendra en los indios y civilizados, proporcionando, además de la civilización, medios de vida en la explotación de aquellos inmensos bosques vírgenes. Necesitaba un técnico competente para instalaciones de maquinaria, construcciones de edificios y completo desarrollo de aquello que debía formar una hermosa población indígena. Puso entonces su confianza en el R.P. Juan Bernabé, arquitecto de pulso y persona de grande actividad. Este se hizo cargo de esa misión, el 18 de abril de 1896. Los indios dejados por el P. Pistone, 227, pronto llegaron a 350».¹⁸²

El mismo misionero nos narra que, para transportar el aserradero desde Punta Arenas a Bahía Harris, Mons. Fagnano se vio obligado a hacerlo en la goleta «María Auxiliadora», por cuanto los otros barcos le exigían un subido flete. La carga era excesiva para la capacidad de la goleta. La narración tiene ese hálito de misticismo que es predominante en todos los relatos de la misión. Dice así: «Los entendidos (de techo abajo) de Punta Arenas, saludáronlos hasta no más

volver. Creyeron que un naufragio era inevitable. Los tripulantes no las tenían todas consigo. El capitán, que no era ningún santo, mandó encender cuatro velas delante del cuadro de María Auxiliadora, que campeaba en el único camarote y no abandonó un instante el timón. Cruzando Punta Valentín, un momentáneo torbellino embistió la 'Auxiliadora', con tal ímpetu, que la hizo dar una vuelta redonda como un tronco. Todos estaban despiertos, ninguno habló, pero se encomendaban el alma; el capitán oraba con lágrimas en los ojos; fue un momento que no se olvida. A las 9 de la mañana, 10 de mayo de 1896, la 'Auxiliadora' se presentaba majestuosa frente a San Rafael. Con marcha sosegada, cual reina victoriosa, se arrimaba a la playa de esa misión, para entregarle cariñosa lo que en adelante sería la ocupación ordinaria y medio de subsistencia, en parte, para esos moradores». ¹⁸³

La instalación del aserradero constituyó un hecho histórico para la misión. Ante el asombro de los indígenas, a los cuatro días ya estaba funcionando un motor con su respectivo banco. A los 25 días, entraban en plena actividad los dos motores y sus distintas maquinarias, de modo que por un lado entraban los troncos y por el otro salían tablas de varios tamaños, lo cual significaba algo portentoso para los indios y no dejaba de serlo para todos, teniendo en cuenta la latitud y el monto que ello significaba. A partir de este momento, el aserradero se constituyó como el centro del trabajo para misioneros e indios.

Por espacio de quince años, proporcionará madera para las construcciones de la isla y para las otras obras de los salesianos en Magallanes. Más adelante, Mons. Fagnano, junto con informar que el aserradero le provee de maderas para sus diversas obras en Río Gallegos y en La Candelaria, hace esta descripción: «Los hermanos Juan Sikora y Santiago Raimondo, con sus escuadras de 15 a 20 indios, derriban los árboles, separan sus ramas y van amontonando todo junto al pequeño camino de hierro para su transporte al aserradero. De esto se ocupa el Hno. Bartolomé Bergia, que tiene a su disposición 2 ó 3 vagonetitas... Los trabajos del aserradero los dirigen los hermanos Antonio Tarable y Benjamín Motter con ocho indios a sus órdenes. El Hno. Pedro Savarino ejerce de mecánico para la reparación de las máquinas y el Hermano Pedro Rosso, como ingeniero, se ocupa en la prolongación del camino de hierro, que poco a poco se va internando en el bosque». ¹⁸⁴

En cuanto a la intención que tuvo Monseñor al instalar el aserradero, ya lo había manifestado en su carta al gobernador de Magallanes y lo repite en el informe que dirige al jefe de la Sección Culto y Colonización, en estos términos: «El objeto que me propuse llevando maquinaria allá fue de dotar la misión de un medio para ocupar los indios mayores de edad, sacarlos de la inercia y enseñar este ramo de industria con el cual podrían ganarse con el tiempo la vida». ¹⁸⁵

2. EL «ESTRECHO», VÍA DE NAVEGACIÓN INTERNACIONAL

El paso internacional de los barcos por el Estrecho de Magallanes permite la visita, al menos a Punta Arenas, de ilustres viajeros, como el príncipe Luis de Saboya. ¹⁸⁶

Para la misión, fue de gran significado la visita que, en 1896, realizó la Superiora general de las Hijas de María Auxiliadora, Madre Catalina Daghero ¹⁸⁷. Proveniente de Turín, permaneció cinco días en la isla, a partir del 1 de julio de 1896, dando motivo para fiestas, momentos de alegría, celebración del bautismo de varios indios y entrega de regalos.

La labor que realizaban las siete hermanas Hijas de María Auxiliadora, que trabajaban en Dawson, suponía gran espíritu de sacrificio; Mons. Fagnano sabía valorar sus cualidades y sus logros. En un informe redactado un mes antes expresaba: «Con la Rda. M. Visitadora, Sor Angela Vallese, y la Rda. M. Directora, Sor Catalina Pelisseti, examinamos los trabajos de costura, zurcido, bordado y tejido, encontrándolos muy adelantados, por lo que merece sinceros plácemes la Rda. H. Sor Arcángela Marmo, que tiene a su cargo este ramo de enseñanza».

«Tienen las hermanas la sección de mujeres y niñas adultas que acuden cada día al taller después de concluidos sus quehaceres de casa, y las pudimos ver: hilar, hacer medias, cobertores y mantas. Este taller está empezando y carece de muchos útiles, razón por la que son todavía pocos los trabajos que pueden hacerse. En todo, sin embargo, reina el orden más perfecto, mucha limpieza y relativa perfección en los trabajos. En el taller de costuras hemos visto a las mujeres coser la ropa de sus maridos e hijos, pudiendo constatar el empeño que tienen las madres en tener bien arreglada la ropa de su familia. Nada digo del lavadero, porque todas, mujeres y niñas, se

ejercitan en este trabajo y van saliendo muy aprovechadas. La Hna. Sor Juana Valgimigli, que está encargada de esta sección, obtiene gran resultado en la instrucción y educación de dichas mujeres. Mientras todos trabajan en torno a una gran hoguera y ven jugar a sus hijitos, aprenden lo más esencial del catecismo, algunas nociones de economía doméstica y el canto de alabanza que por la noche repiten en sus casas».¹⁸⁸

Al año siguiente —1897—, Mons. Fagnano vuelve a manifestar, en un nuevo informe, su admiración por las hermanas, algunas de las cuales eran: Sor Juana Valgimigli, quien enseña a cocinar; Sor Antonieta Taparello, enseña el telar y el canto; Sor Arcángela Marmo, en la escuela de las niñas y el taller de calzado; Sor Catalina Dabbene y Sor Erminia Sánchez, en el taller de sastrería.¹⁸⁹

Ya en este año, el trabajo de las Hermanas se había ampliado a las dos salas que conformaban el hospital. Junto a la casa de las hermanas, se había construido una casa para las viudas y otra para las solteras. Luego, a inicios de 1898, establecen en el otro extremo de la isla —Punta San Valentín—, otra casa, cuya capilla estaba dedicada al Buen Pastor. Allí, las monjas llevan a unas 15 jovencitas, que en los informes se dice que son díscolas y que están en la «edad peligrosa». En este nuevo centro las acompañan un sacerdote, algunos coadjutores y pastores.¹⁹⁰

La misión de Dawson, en 1897, había quedado constituida por dos centros misionales: San Rafael y Buen Pastor.

La misión continuaba desarrollándose y así lo reflejan los informes de esos años ¹⁹¹. Este crecimiento exige a Mons. Fagnano viajar por diversas ciudades del país solicitando ayuda para pagar las fuertes deudas que había contraído. El progreso de la misión no significaba que no debiera enfrentar grandes dificultades, como la pérdida de la goleta *María Auxiliadora*, que encalló el 3 de junio de 1898, en la misma Bahía Willis. En los meses anteriores, marzo-mayo, se habían soportado los asaltos y complot de 10 indios capitaneados por un tal Ambrosio (ona), que había proyectado la muerte de los misioneros y hermanas. Se debió acudir a los propios indios para apresarlos.

A principios de 1897, don Manuel Señoret es trasladado a Talcahuano, siendo nombrado jefe del Apostadero Naval de esa ciudad ¹⁹² y luego ascendido al grado de contraalmirante.

En Punta Arenas queda como gobernador interino don Mariano Guerrero Bascuñán, con el cargo de delegado del Supremo Gobierno. Con él se establece un nuevo tipo de relación más cordial, lo cual queda reflejado en este texto de Mons. Fagnano:

«Habiendo sabido el Sr. gobernador interino, don Mariano Guerrero Bascuñán, que yo me dirigía a la Isla Dawson, con la amabilidad que le distingue, me ofreció un puesto en el vapor nacional Cosma, con el que debía visitar, por encargo del Gobierno, estos territorios australes».¹⁹³

Luego es nombrado por el Supremo Gobierno, como gobernador de Magallanes, don Carlos Bories, quien deberá dar cumplimiento a la orden del Ministerio de realizar el traslado de los indios onas desde Tierra del Fuego a Isla Dawson, a lo que ya nos hemos referido.

La importancia de la misión —en el año 1898— y el apoyo que recibe, debido a la acción incansable de Mons. Fagnano en favor de su desarrollo, están reflejados en estos dos documentos.

El primero, firmado por don José Abelardo Núñez a nombre de la Inspección General de Instrucción Primaria, dice así: «Se ha recibido en esta oficina el oficio de Ud., de 15 de enero último, y se ha ordenado el envío de libros de texto y útiles de enseñanza que Ud. solicita para las escuelas de esta misión. El infrascrito se complace en felicitar a Ud. por el favorable éxito de sus trabajos en bien de la instrucción pública en una apartada región, y especialmente por los adelantos alcanzados en las escuelas de indígenas de la Isla Dawson».¹⁹⁴

El segundo se refiere a la necesidad de que un médico visite la isla, en razón de las continuas muertes y enfermedades que afectaban a los indios: «El ministro de Colonización, en oficio N° 118, de fecha 14 de mayo: En respuesta al oficio de Ud., debo decirle que el Departamento no tiene inconveniente para acceder a la petición del Superior de la misión salesiana, a fin de que una de las escampavías que se encuentran en ese puerto conduzca a Puerto Harris al médico de Punta Arenas y los elementos que necesite el hospital de la Isla Dawson».¹⁹⁵

Finalmente, en este año en 1898, Mons. Fagnano logra que se reduzca a escritura pública el decreto ley del 11 de junio de 1890, por el que se concedía a los misioneros salesianos el uso y goce de la Isla

Dawson por 20 años. Por intermedio del gobernador, don Carlos Bories, se solicitó al Ministerio de Colonización dicho trámite ¹⁹⁶. El ministro Ventura Blanco hace referencia al problema jurídico de la toma de posesión de la isla y lo resuelve así: «Las informaciones recogidas por el Ministerio para determinar la época en que los misioneros salesianos tomaron posesión de la Isla Dawson, no ha permitido fijar fecha precisa de la ocupación. Juzgo que sería equitativo indicar para este efecto, la fecha del decreto, es decir, el 11 de junio de 1890. Puede Ud., en consecuencia, reducir a Escritura Pública el mencionado decreto...» ¹⁹⁷. De este modo, se lograba la plena legalidad jurídica en la concesión gubernamental de la isla y se saneaba lo relacionado con la fecha desde cuando se debían comprender los dichos 20 años.

3. IMPLICANCIAS DE LA VISITA DEL PRESIDENTE

Un hecho que significará el máximo reconocimiento por parte del Gobierno a la misión de San Rafael, fue ciertamente la visita que, el 13 de febrero de 1899, hizo el presidente de la República, don Federico Errázuriz E., a Isla Dawson.

El acostumbrado aislamiento en que transcurría la vida cotidiana de la misión, no le permitía estar al tanto de los acontecimientos nacionales. Por lo mismo, la visita del propio presidente de la República será una gran sorpresa para toda la población de San Rafael. El misionero P. Víctor Durando la narra así: «El día 13 (febrero), a las 6 de la mañana, una elegante chalupa nos esperaba en el muelle para llevarme con don Pedro Marabini a bordo del vapor transporte Angamos, que debía zarpar para la Isla Dawson con rumbo a nuestra misión. El Sr. presidente y toda la selecta y numerosa comitiva fueron nuestros únicos compañeros de viaje. Durante la travesía efectuada en menos de cuatro horas, reinó la más completa alegría...

«...antes de echar anclas en la Bahía Harris, fuimos convidados a sentarnos a la mesa en compañía de S.E. Un pequeño vapor escampavía, llamado Toro, se adelantó a nosotros de una a dos horas para llevar al director de la misión, que todo lo ignoraba, la fausta noticia de la llegada del Magistrado de la República, de manera que en breve espacio de tiempo todo quedó en orden.

«La bandera tricolor chilena flameaba en medio de la misión y los Salesianos con sus indígenas fueguinos se dirigieron alegres a la

playa para recibir y saludar amistosamente al digno representante de la nación chilena... Acompañados por el señor director de la misión, don Juan Bernabé, visitó el Sr. presidente la casa y el colegio de los sacerdotes salesianos, pasando en seguida al establecimiento de las Hermanas Hijas de María Auxiliadora. Allí pudieron admirar el trabajo de nuestras indígenas ocupadas algunas en hilar lana, otras en tejerla, quienes haciendo frazadas, quienes franelas, mantas y vestidos para su propio uso y unas cuantas medias y calcetines con una sencilla maquinita. Conversó el Sr. presidente con ellas y les oyó leer. Después visitó lo demás de la misión: el aserradero a vapor, la curtiduría y la panadería». ¹⁹⁸

Don Federico Errázuriz había llegado el día antes a Punta Arenas. Venía en el acorazado «O'Higgins», escoltado por el crucero «Zenteno» y el transporte «Angamos». Al frente de esta escuadrilla estaba el comandante en jefe, capitán de navío don Manuel Señoret. El objetivo central de dicho viaje era el encuentro con el presidente de Argentina, don Julio A. Roca, que luego culminaría con el célebre «Abrazo del Estrecho», hecho de gran importancia en la construcción de la paz entre Chile y el país hermano.

El problema surgido por cuestión de límites en la Puna de Atacama, debía discutirse en el próximo mes de marzo de 1899 en la Conferencia de Buenos Aires. Por esta razón, el presidente Errázuriz se hizo acompañar de la comisión chilena, que luego viajaría a participar en dicha Conferencia. Para darle mayor realce a este encuentro con su colega argentino, se hace acompañar por el ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, don Ventura Blanco Viel, y por una selecta comitiva, entre los que se contaban don Jorge Montt, ex presidente de la República; don Carlos Concha Subercaseaux, ministro de Guerra y Marina, y don Carlos Palacios Zapata, ministro de Justicia e Instrucción Pública ¹⁹⁹. Los misioneros destacan la presencia de don Carlos Silva Vildósola, joven periodista, que a su vez era cooperador salesiano. ²⁰⁰

Dentro de este marco de importancia histórica, la visita del presidente Errázuriz a la misión de Dawson fue un espaldarazo de gran significado. Fue pública la admiración que provocó, en el presidente y sus acompañantes, la obra de evangelización y defensa del aborígen, realizada allí por la Congregación Salesiana. ²⁰¹

Por lo demás, la misión de San Rafael estaba ubicada en medio del Estrecho de Magallanes, lo que la había transformado en un espacio estratégico de ocupación territorial, dentro de la difícil y cambiante historia de límites entre Chile y Argentina. En cierta medida, la visita a la isla Dawson del presidente Errázuriz respondía también a este criterio político.

Analizada dentro del contexto general, la visita del presidente Errázuriz representa el reconocimiento histórico del Gobierno chileno a la misión salesiana de Dawson. En definitiva, era la aceptación de que el producto obtenido por la misión era una respuesta educativa que satisfacía al Gobierno, a los hacendados y a los indígenas.

De hecho —con un decreto que ya preveía esta visita—, se había dispuesto, en 1898, el traslado de todos los indios onas a la misión Dawson. Con esta medida, el Gobierno había acallado a la oposición respecto a la acusación de no haberse preocupado por la situación de los onas en Tierra del Fuego. Había logrado superar el problema de confrontación entre ovejeros e indios, toda vez que, ahora, los estancieros ayudaban al traslado y mantención de los indios en Dawson. Quedaba en el pasado la época en que se les mataba como si fueran animales. Frente a la acusación de barbarie, el Gobierno había enviado un delegado, que ya había tomado cartas en el asunto.

En lo sustantivo, frente a todos los ataques publicados contra la misión, el propio presidente de la República testimoniaba que la Congregación Salesiana había respondido en plenitud a la confianza del Gobierno. La sola instalación de un aserradero, traído desde Europa, además de todas las construcciones, daban prueba de ello. El número de indígenas elevado a 550 hacía de ella un centro lleno de vida, de trabajo y de capacitación. El número de misioneros salesianos en la isla había subido a 20.

Por esto, es posible afirmar que la visita del presidente Errázuriz ratifica, en la práctica, la forma cómo se había dado respuesta al problema indígena en Magallanes. La misión de San Rafael de la Isla Dawson se constituía en este sentido en el centro, donde los intereses de los estancieros de Tierra del Fuego, la política del Gobierno y el amor cristiano de los misioneros hacia esos pobres indios, se habían dado cita.

El presidente Errázuriz, políticamente, debía visitar la misión, pues con ello cosechaba a su favor todo lo que en ella se estaba logrando, en lo relacionado a civilización y progreso, al mismo tiempo que daba a conocer a la opinión pública la solución alcanzada.

La visita del presidente señala el período en que las autoridades de Gobierno y los dueños de las empresas dedicadas al cuidado de las ovejas están de acuerdo de remitir a la misión Salesiana a los onas de Tierra del Fuego. Por otra parte, es preciso establecer que, de ahora en adelante, los indígenas de la misión irán disminuyendo inexorablemente. Este es el momento en que el «Plan Fagnano» tiene todas las perspectivas de éxito, esto es, lograr un pueblo indígena con propias fuentes de trabajo y autoabastecimiento. Sin embargo, en los años siguientes, un elemento totalmente ajeno echará por tierra este proyecto: las enfermedades, el contagio y la muerte de los indígenas.

Importa, por lo tanto, decir que la visita del presidente, don Federico Errázuriz E., coincide con el período de mayor desarrollo de la misión.

CAPÍTULO NOVENO

LA VIDA COTIDIANA

1. EL APROVISIONAMIENTO DE ALIMENTOS

Se puede afirmar que, a partir de 1898, la misión —que ya había logrado su máximo desarrollo— adquirirá un ritmo estable y permanente. Para estudiar la vida cotidiana, esto es, cómo se desenvolvía este grupo humano, tenemos los diversos informes de los misioneros, especialmente la *Crónica* o *Diario de la Misión*, escrita día a día²⁰². Lamentablemente, el testimonio corresponde solo a los años 1910 y 1911, pero de todos modos nos sirve para tener una idea más cabal acerca del cómo transcurría la vida en la isla. La relación puntual de los acontecimientos cotidianos permite iluminar todo el quehacer en base a una pauta interpretativa.

El primer tema que aflora en los escritos analizados es el de la sobrevivencia de los integrantes de la misión, basada principalmente en el aprovisionamiento de carne, por medio de la caza de los animales existentes en la isla y, por otra parte, en las provisiones que cada cierto tiempo les llevaba algún barco.

Para alimentar a los indígenas, cuyo principal alimento era la carne, Mons. Fagnano se preocupó de llevar, desde un inicio, animales que se reprodujeran y sirvieran para dicho fin. Los primeros vacunos los obtuvo de la concesión que le hizo el Gobierno. Estos eran 500 animales que debían ser sacados de las propiedades fiscales de Magallanes. Se puede constatar, por documentos, que al menos parte de esta concesión se llevó a efecto ya en 1891²⁰³. El resto le fue entregado en los años siguientes, según hemos visto en los informes presentados con ocasión de discutirse el presupuesto nacional en el Congreso.

Entre las distintas cifras que se dan sobre el número de animales que tenía la misión, es importante tener como referencia el informe que entregó a la Gobernación de Magallanes, el capitán del vapor «Toro», en 1901. Se establece allí la cifra de 7 000 cabezas de ganado lanar y 500 cabezas de vacunos. Agrega que este dato no es exacto, porque estos animales están diseminados por el monte²⁰⁴. En las relaciones de los misioneros, se habla de 3 000 bovinos y unos 500 cabalares²⁰⁵. El hermano coadjutor Antonio Tarable, encargado sólo

de los animales domésticos, informa acerca del tema de la siguiente manera: «En los últimos años teníamos cerca de 500 animales, más de 100 vacas lecheras que proveían de leche todo el año y 100 animales para vender todos los años, con varias yuntas de bueyes». ²⁰⁶

Gran parte de los animales que compró Monseñor murieron por dificultad del traslado y del viaje. Sin embargo, los que llegaron se multiplicaron e internaron en las colinas y bosques, transformándose varios de ellos en animales salvajes.

El sistema que se implantó para proveer de carne a la misión era organizar expediciones para ir a cazar y carnear a estos animales. En un primer tiempo, realizó este trabajo el Hno. Antonio Tarable, acompañado por un grupo de vaqueanos. Luego fue reemplazado por el Hno. Juan Asvini. Se requería la habilidad de un vaquero para rodear, matar y carnear estos animales, que a veces resultaban furiosos toros.

El grupo que se dedicaba a estas faenas era llamado «los campañistas», de los cuales se destacaron por su habilidad varios indios. Entre ellos, especialmente se nombra a José Esperanza y Pedro Gama. El uno, sumamente atrevido, puso varias veces en peligro su vida. El segundo, tirador hábil y conocedor del lugar donde se escondían los animales, permanecerá hasta el último momento en la misión prestando sus servicios. Por lo general eran indios onas, pues según los misioneros resultaron muy hábiles para este servicio: «Estos (los onas) eran una rama de los patagones, altos y bien formados, dóciles en general, con buenas disposiciones para cuidar los ganados, boyeros, campañistas, aptos para aprender a leer y escribir, con cierta facilidad para aprender idiomas. Se daban para el trabajo aunque les costaba mucho, por no estar acostumbrados a ello. Algunos llegaron a hábiles esquiladores, hacheros de pulso, buenos amansadores de bueyes y caballos».

En cambio, a los alacalufes los caracterizan de la siguiente manera: «En general, eran bajitos y feos; a los doce o catorce años de edad eran vivarachos y atrevidos, prometiendo ser más tarde hombres de valor; a los 20 años ya habían desaparecido completamente los bríos, pareciendo ya unos viejos por la pesadez de los movimientos y el comportamiento. Tornábanse adustos, tristonos, sombríos, de poca palabra, en tanto que inspiraban desconfianza y cuidado en cual-

quiera. Eran fumadores apasionados, y por el licor se entregaban en alma y cuerpo. La borrachera era el ideal de ellos. Cuando carecían de bebidas alcohólicas, si podían alcanzar planchas de tabaco las suplían con gran facilidad, mandando al estómago unas cuantas bocanadas de humo, con las cuales quedaban luego, por varias horas, inconscientes de sí mismos». ²⁰⁷

Algunos campos estaban más o menos cercados y allí se tenían los animales para hacer entrega a los barcos que iban a la isla a comprarlos o a proveerse de carne. Estos campos tenían nombres, tales como: San Francisco, María Auxiliadora, San Pedro, Sagrado Corazón de Jesús, Sagrada Familia, y exigían la continua renovación de los cercos.

En *El Diario* aparece en forma reiterativa la frase que señala que los campañistas han ido por carne, que han vuelto con tantos vacunos. A veces indica el lugar donde los mataron, otras su especificidad: novillos, toros o yegua chúcara, cuya carne se dio a los perros. Especialmente, destaca cuando se ha traído una ternera viva de tantos meses. El indicar continuamente esta actividad revela la importancia que tenía la carne en la alimentación de la isla.

A veces, se refiere a lo difícil que es realizar estas faenas con nieve y lluvia. Otras, se narran imprevistos como éste: «7 de marzo 1910. Llueve muy oportunamente. Por la tarde, trayendo a las vacas lecheras hallaron un toracho chúcaro junto con ellas. Vino al corral y allí se mató y bajamos al matadero. Lástima fuera bravo, sino era animal de primera clase para cría». ²⁰⁸

A este respecto, hay dos relaciones que sitúan el ambiente que estamos describiendo: «Teníamos una linda caballada. Eran todos animales inteligentes. Iban a veces todos juntos, a veces uno en pos de otro, atravesando lugares difíciles, pantanos, bosques, etc. Parece que sabían el camino; cuando había que torcer uno se colocaba a la cabecera e indicaba a los demás la ruta y esto bastaba. Se iba en busca de baguales (animales vacunos salvajes). Al principio se los arreaba a la misión. Pero una vez atropellaron al pobre hermano Antonio Tarable, de tal manera que casi lo matan. Entonces resolvimos acabarlos a carabina. Se mataban tres, cuatro, hasta 16 por vez, se los carneaba allí no más y puestos en trozos sobre los caballos, éstos regresaban solitos a la misión llevando su carga». ²⁰⁹

«El hermano Asvini era, entre otras cosas, el encargado de proveer la carne. Andaba en busca de animales vacunos que se habían vuelto salvajes (mató un millar en ocho años). Los mataba a caballo acompañado de algún indio. Algunas veces volvían a las 11 p.m., a la medianoche o más tarde; a veces, después de dos o tres días. Algunas veces salían el lunes y volvían el sábado, como le sucedió al hermano Bocco. Estos hermanos volvían medio congelados, con los caballos cargados de 100 a 150 kg. de carne cada uno...».²¹⁰

Los trabajos de la isla obligaban a los hermanos coadjutores, en general, a no tener una vida de comunidad regular, es decir, marcada por un horario. No podían, a menudo, estar presentes en las prácticas de piedad de la comunidad. Por esto, el propio Mons. Fagnano escribía, en 1908: «El trabajo con los animales no es el más adaptado para el recogimiento de los hermanos y, por esto, he manifestado al Visitador, don Ricaldone, la necesidad de vender, apenas se pueda, la propiedad o los derechos que tenemos, para tener una vida más recogida y más adaptada al estado religioso al cual estamos llamados».²¹¹

Sin lugar a dudas, Dawson era una «obra piloto», que constituía un desafío para los salesianos y, por lo tanto, exigía un modelo distinto de vida comunitaria al que se podía tener en un colegio.

Además de la carne obtenida de los animales existentes en la isla, la misión se proveía de las restantes provisiones a través de barcos que viajaban, cuando las condiciones climáticas lo permitían, entre Punta Arenas, Dawson y Ushuaia. En un primer tiempo, esto fue irregular, pero luego, al comenzar la producción del aserradero y la venta de carne en Dawson, el comercio se normalizó hasta el punto de no tener los misioneros necesidad de reemplazar con otro barco la goleta «María Auxiliadora», pues los de las compañías Braun Blanchard, Menéndez, Roig Valverde y otros cubrían las necesidades.

Tomando como referencia los informes de 1902-1903 y el del año 1910, las principales provisiones que traen a Dawson son: azúcar, cebollas, papas, arroz, fideos, vino, porotos, harina, té, aceite, jabón, parafina, carbón y cables²¹². A su vez, los vapores llevan cueros, carne, vacunos, caballares, madera, huevos y gallinas.²¹³

En 1910, los barcos que realizan este intercambio son: Antonieta, Carolina, Piedra Buena, El Oreste, Ciudad de Amberes, Keel Row entre otros. En ellos se aprovechaba de llevar y traer la correspondencia.

Las embarcaciones que con más frecuencia ofrecían sus servicios de cabotaje eran las que pertenecían a la Compañía Braun Blanchard.

2. ALEGRÍAS Y DIFICULTADES

La vida cotidiana en Dawson conocía algunos momentos importantes. Para la comunidad salesiana, ellos eran los ejercicios espirituales, a inicios de cada año, y el ejercicio de la Buena Muerte, a principios de cada mes.

En los meses de enero y febrero, junto con venir los salesianos de Punta Arenas a pasar las vacaciones a la Casa del Buen Pastor, en Punta San Valentín, se realizaban los Ejercicios Espirituales del año. Por lo mismo, era un momento privilegiado para que los isleños compartieran con los otros religiosos, que atendían las obras en Punta Arenas, y romper un tanto la soledad y la lejanía.

Al inicio de cada mes, las «Constituciones» establecían «El Ejercicio de la Buena Muerte». Se realizaba una conferencia y cada salesiano hacía la rendición de cuentas sobre su vida personal, lo que significaba conversar con el director y confesarse.

La población indígena participaba con alegría en la celebración de cada una de las festividades religiosas. En ellas, se solemnizaba la jornada por medio de la misa cantada y, luego, se desarrollaba la fiesta con juegos y competencias. En el *Diario* aparece la expresión: «fiestecita linda» y el día de San Rafael, 24 de octubre: «fiesta íntima, devota y muy querida».

Una de las alegrías para los misioneros era lograr, con ocasión de algunas de estas fiestas, que se confesaran todos los indios y realizaran una Comunión general. Para expresar entonces el regocijo, se hacía sonar el fonógrafo y se exhibían diapositivas en la linterna mágica o proyectora.

Por lo común, los indígenas participaban en casi todas las prácticas de piedad, propuestas por los misioneros.

La centralidad conferida al sacramento de la Penitencia significaba, para los religiosos salesianos, la costumbre de cumplir con la práctica de la confesión semanal. Varios jóvenes indígenas tomaron este ritmo, junto con la Comunión diaria, siendo verdaderos modelos de virtud.

Hasta 1901, el propio director de la misión era el confesor. Ese año, a raíz del decreto del Santo Oficio, que establecía que en las casas religiosas el confesor fuera otra persona distinta del superior, se debió designar un sacerdote especial que cumpliera ese oficio. Pero, como en la Casa del Buen Pastor había un solo sacerdote, pues los demás eran coadjutores y hermanas de María Auxiliadora, se estableció hacer en un determinado día un intercambio: el director de San Rafael iba al Buen Pastor y viceversa: «Los dos sacerdotes se encontraban casi siempre a mitad de camino. Descendían del caballo y allí, entre los matorrales, entre las raíces de un árbol se confesaban el uno al otro, sirviendo ellas para hincarse y sentarse. Después, volvían a subir a caballo y continuaban el penoso y largo sendero. Esto, todas las semanas». ²¹⁴

El sendero entre la Casa de San Rafael y la del Buen Pastor, distante unos 25 km, fue la ruta usada entre las dos comunidades para intercambios de todo tipo. Con motivo de algún acontecimiento importante, viajaba alguien al Buen Pastor para avisar y, luego, volvía con una delegación. Así sucedió, el 11 de mayo de 1910, cuando llegó la noticia de la muerte del Superior general P. Miguel Rúa.

Otro hecho importante podía ser la visita de algún personaje ilustre. Además de los ya nombrados, se debe consignar la visita que, el 6 de febrero de 1902, hizo a la misión Mons. Ramón Ángel Jara, obispo de Ancud. Fueron muchos los diversos personajes que, de paso por Punta Arenas, visitaron los establecimientos de San Rafael, en Bahía Harris.

La convivencia de los indígenas planteaba a menudo dificultades por las peleas que se suscitaban entre ellos. Entre los años 1904-1907, dos hermanos alacalufes, Fortunato y Andrés Silva, dieron mucho que hacer por ser sembradores de descontentos y rencillas. «El día primero de diciembre de 1907, ausente el Superior de la misión, tuvieron palabras los hermanos Silva con José Esperanza. De las palabras pasaron a los hechos y mientras los hermanos salesianos y demás hermanos de la misión estaban en la Iglesia cantando las Vísperas de la Virgen, ellos volvieron a insultarse y amenazarse. Hasta que Esperanza mató a Andrés con un tiro de escopeta, y Fortunato hirió a José, que al día siguiente murió arrepentido y perdonando de corazón a Fortunato Silva. Este fugóse esa tarde misma de la misión y no volvió allá mientras todavía ella quedó en esa isla». ²¹⁵

Hechos como éste y la necesidad de informar a las autoridades de Punta Arenas de cada uno de los casos de muerte ocurridos en la misión, llevaron a nombrar al Hno. coadjutor Juan Sikora como comisario general para toda la isla. Su nombramiento fue de común acuerdo con la Gobernación y era el encargado de solicitar la detención de algún indio peligroso, así como todo lo relacionado con la justicia. Pues, en algunos casos se podía dar, incluso, lo que el *Diario* de la misión anota: «los indios están sublevados...(caso corriente)».²¹⁶

Los misioneros, desde un inicio, implantaron entre los indios de la misión una estricta moral en lo relacionado con la vida matrimonial, no permitiendo que un indio quitara la esposa a otro. En cuanto a la monogamia, no hubo mayor problema; sí los hubo en casos de aparejamientos. El *Diario* de la misión nos relata uno de ellos y el modo como se actuaba: «27 de octubre de 1910. Llega la vieja Alejandra con su concubino, cierto Pedro Fuentes, un verdadero chileno roto. Apartamos luego la vieja y él quedó bajo vigilancia. 28 de octubre. Mal tiempo. Rebélase la vieja Alejandra y fue puesta bajo llave. Fuentes quedó calmo y circunspecto. 29 de octubre. Despacho a Pedro Fuentes para San Valentín para que allá se embarque en el Amberes.»²¹⁷

3. COSTO HUMANO

En gran parte, la obtención de un clima de buen nivel moral en la misión era producto del ejemplo de sacrificio y de entrega de los salesianos e Hijas de María Auxiliadora. Ellos compartían, en forma permanente, la vida cotidiana con los indígenas, lo cual generaba una mutua simpatía. La pedagogía de Don Bosco establecía el principio de la presencia activa del educador entre los educandos, lo cual exigía grandes sacrificios.

El 7 de agosto de 1907, moría el Hno. Pedro Savarino, después de haber estado nueve años en Dawson y haber sido jefe mecánico del aserradero. Tanto los empleados como los indios le testimoniaron un gran cariño, ponderando sus bondades para con ellos, especialmente por haber sido muy modesto y casto.²¹⁸

En esta isla, lejana de la civilización, se estaba expuesto a las inclemencias del tiempo y a todo tipo de enfermedades. Según las narraciones, los principales problemas de salud provienen de accidentes en el trabajo o en el viaje. Así leemos: «Fogerini llega enfer-

mo de un golpe de palo en la cabeza; yo ando malito de estómago y garganta. Santiago Foggerini sigue mal en todo el cuerpo. Meneci, mala la pierna y espinazo. Amaneció nevando y siguió todo el día a intervalos; todos se enferman de la garganta y pecho»²¹⁹. Los misioneros curaban la fiebre, las indisposiciones y las heridas con remedios naturales aplicados por ellos mismos.

A la levantada temprano, a las 5.30 a.m., y a un día de intenso trabajo, correspondía una alimentación frugal y un descanso en un dormitorio, al que el viento helado penetraba por las juntas de las tablas. En el *Diario*, leemos algo increíble: «Santiago corta palos para las hermanas (para colchones)»²²⁰

Este ambiente de sacrificio y máxima exigencia tiene connotaciones de una simplicidad heroica cuando muere un salesiano. La narración que se hace del fallecimiento del Hno. Francisco Forcina es realmente impresionante:

«25 de mayo. Fiesta de la casa: patrono del director. Horario de domingo. 7 Comunión general. Francisco pasa mala noche. A las 8 viático. 9: Misa cantada. Doy gorra a los indios. Tiempo malísimo, (mandamos Antonio a la Punta para avisar por el trabajo). Todos en casa alegres, pero cuidando a Francisco que está muy mal. Se dejó a las 10.30 de la noche, pues no quiso que nadie se sacrificara por él. Vuelto a verle a las 11.30, ya estaba frío. (No había ninguna señal, ni él estaba agitado; cuando se dejó antes parecía más tranquilo y nos dejó como apagándose sin darse cuenta, ni él ni nosotros. Estaba preparado y conforme o mejor con deseos de acabar el destierro). 26 de mayo: Valentín con Rossi II están haciendo el cajón, Santiago y Moreschi la hoya, Asvini y Meneci lo prepararon y acomodan la capilla ardiente en el mismo cuarto. Se ensancha el cementerio para dar cabida, pues está repleto... Mandé a Martínez a avisar a la Punta para el entierro de mañana. Llegó Occelli con Antonito».

«27 de mayo: Hubo comunión general (casi) para el descanso del hermano. Las oraciones y rosario igualmente. A las 8.30, Misa presidida del acompañamiento del difunto y nocturno con Laudes. Se comulgó con el responso y preces del ritual. Lluve fuerte y no fuimos al cementerio en seguida. Se esperó a las 11.30 y con algo de lluvia se llevó con dos acólitos y yo revestido, se bendijo la fosa. En la tarde acabaron de acomodar la hoya y taparla...

Se va Asvini, Pedro López de ésta, con Ochelli, Moreschi y Antonito de la Punta para el paradero y alojan allí para seguir mañana el rodeo o arreo para la Punta con las ovejas». ²²¹

En este relato se pueden subrayar varios elementos importantes. Desde luego, el autor del *Diario* aparece ejerciendo a su vez la autoridad de director de la misión. En 1911, el P. Marcos Zanchetta, al menos durante ese año, era redactor de este documento tan importante.

En general, tanto el director, P. Luis Carnino, que es el redactor del *Diario* en el año 1910, como el P. Zanchetta, son muy escuetos para consignar la muerte de un indio:

«7-VI-1910: «Muere León Aquino de muerte repentina».

«18-XII-1910: «Esta mañana, a las 12.30, fallecía la buena Carmela Rubio».

«4-VII-1910: «Sin novedades: muere la niña Laura».

«17-VIII-1911: «Muere la niña de Pedro Gama». ²²²

Resulta interesante que, con motivo de la muerte del coadjutor Hno. Francisco Forcina, se acota en el texto señalado: la inclemencia del tiempo, la necesidad de ensanchar el cementerio, el ataúd que es fabricado por los propios misioneros y el atribuir al difunto el deseo de acabar «este destierro».

En los otros escritos, el P. Carnino indica que después de la epidemia de escarlatina de 1905, la misión empieza a agonizar. La expresión «malograda misión» denota el pesimismo al ver que el gran plan de lograr una isla donde surgiera un pueblo de indígenas civilizados, se frustra por la acción de las epidemias y las enfermedades; ello sin contar, por supuesto, a los indios asesinados en Tierra del Fuego.

La inclemencia del tiempo y las privaciones de todo orden debían hacer mella en esos hombres que se entregaron por entero a esa misión. Desde luego, la salud en varios de ellos se vio resentida, especialmente en los hermanos coadjutores, que debido al trabajo que realizaban debían dormir varios días en la semiintemperie.

El caso del Hno. Bocco es representativo de varios otros: «Hacían esta vida todo el año, sea en invierno como en verano. Comían un poco de pan y carne asada. Cuando Francisco Bocco volvió a Magallanes, deshecho de tantos desarreglos por varios años, no pudo comer sino arroz hervido en agua. Su estómago y los intestinos, congestionados, no soportaron otro alimento. Aún ahora se ve en su rostro y en su cuerpo, ya un tanto corvado, las consecuencias de esos sacrificios».²²³

En el *Diario de la misión* se lee: «Encomendé mucho a don Grosso dispensara con parsimonia licor»²²⁴. Bajo temperaturas y vientos terriblemente helados, el licor necesariamente se podía constituir en una tentación permanente para esos esforzados misioneros.

Tal es el caso del P. Santiago Spreafico. Aparece en 1904, como predicador del retiro anual, por lo que es de suponer tenía una buena preparación teológica. Luego, permanece en la isla como confesor durante 1905-1906 y reaparece en 1910. En el *Diario de la misión*, desde el inicio del año 1910, aparecen varias alusiones indirectas en que se deja constancia que: «está indispuerto»; «choque de palabras» y de repente se le escapa al cronista esta anotación: «18 de agosto... El cúter María facilitó ginebra a don Spreafico y en consecuencia de eso hubo unos sinsabores»²²⁵. Lo cierto es que este sacerdote debió volver a Italia por ser «ebrio consuetudinario» y en Turín lo debió mantener el Capítulo Superior.²²⁶

Era el costo humano de una empresa grande, de la cual Dawson era solo una parte, ya que cubría el extremo austral de Chile y Argentina. La evangelización de los indios de los canales y Tierra del Fuego, que desde el descubrimiento nadie había realizado en forma sistemática, precisamente por las dificultades climáticas, era realizada ahora por los salesianos, no sin que padecieran los efectos de desafiarse lo que tantos otros habían preferido abandonar.

Sin embargo, estos eran solo hechos puntuales, ya que al mismo tiempo aparecen en las páginas de la vida cotidiana de esa misión otros personajes, tales como el P. Alberto De Agostini, quien, con sus fotografías, dejaría valiosos documentos sobre la vida y la evangelización de esos indios australes.

En el Museo Salesiano de Punta Arenas hay varias piezas que son exponentes del quehacer cotidiano de las misiones de San Rafael

y el Buen Pastor: los cuadernos de tareas, los trabajos a telar y tejidos a mano, las partituras de música y una serie de expresiones que certifican las grandes cualidades que tenían esos jóvenes indígenas de la misión de Dawson.

Lo que en cierto sentido iluminaba el quehacer en Dawson era la valentía, el sacrificio y las grandes cualidades de Mons. Fagnano. Sus viajes continúan: sus expediciones no han concluido y sus proyectos tampoco. A veces llega a la isla y de inmediato prosigue viaje, sin importar cómo esté el tiempo, ni la hora. Uno de los tantos hechos, que más tarde se recordarán, nos revela el temple y el ánimo decidido de esos misioneros: «Mons. Fagnano se encontraba en Dawson y debía regresar a Punta Arenas. El vapor no llegaba. Entonces decidió volver en una barca. Habría atravesado el Estrecho cerca de Dawson, donde es menos amplio. De ahí habría ido costeando y se habría dirigido hasta la ciudad. El P. Crema quiso disuadirlo, inútilmente. Entonces, dijo: «Si usted, Monseñor, se mantiene en el propósito de realizar esto, voy a la playa y con un hacha destruyo la barca... Monseñor se rindió».²²⁷

Es precisamente una de las cosas que están presente en lo cotidiano de Dawson: el arrojo y un espíritu emprendedor propios de estos grandes misioneros y pioneros a la vez.

4. LAS HIJAS DE MARÍA AUXILIADORA

Dentro de la vida diaria de Dawson, es necesario hablar sobre las religiosas Hijas de María Auxiliadora.

La primera visita la realizaron en abril de 1890. En realidad, lo apartado de la isla y la belicosidad de algunos indígenas planteaban un gran desafío. Sin embargo, inician su obra misionera entre las indígenas el 22 de junio de 1890.

Las dos primeras hermanas misioneras eran muy jóvenes: Sor Luisa Ruffino, de 22 años, y Sor Filomena Michetti, de apenas 17 años.

Sor Filomena Michetti es un referente del espíritu de entusiasmo heroico que sabía comunicar Mons. Fagnano a los que lo escuchaban hablar de las misiones. Estando Mons. de paso por Montevideo, dictó una conferencia a las Hermanas de María Auxiliadora de esa

capital, sobre la misión de Dawson. En un instante de su charla les planteó derechamente esta pregunta: «¿Cuál de ustedes se siente con ánimo de irse al sur?» Una novicia levantó la mano, era Filomena. Aún antes de hacer los votos religiosos viajó a la isla y después de un año de apostolado con los indígenas, realizó en Punta Arenas su primera profesión religiosa. Dentro de las libertades canónicas que se permitía en ese entonces, existía la posibilidad de «equivocarse» y en lugar de decir «hago votos por tres años», decir: «hago votos perpetuos». Fue la equivocación que, plena de optimismo, cometió la joven Filomena Michetti, a insinuación de su Superiora general, Madre Angela Vallese.

Sor Luisa Ruffino realizará un largo apostolado entre las indiecitas onas, tanto de Chile como de Argentina. Morirá a los 85 años en Punta Arenas, habiendo recibido el reconocimiento del Supremo Gobierno de Chile, que la condecoró con la Orden al Mérito «Bernardo O'Higgins» por su labor misionera.²²⁸

Al llegar a Dawson, la residencia de las religiosas estaba todavía en construcción, por lo que debieron dormir un cierto tiempo en dos chozas bajas, con un techo por cuyos hoyos se podía mirar las estrellas. En esta casa, totalmente separada de la que habitaban los salesianos, construyeron diversas salas para taller-escuela e internado para las niñas indígenas.

Entre las recomendaciones prácticas que les fue sugiriendo Monseñor Fagnano, a estas dos primeras misioneras, encontramos la siguiente: «No os alejéis mucho de casa, especialmente solas; no os dejéis rodear de los salvajes, que son muy traicioneros; tenedlos siempre de frente y a cierta distancia. Encomendaos en todo y siempre, además del buen Dios, a María Auxiliadora...»²²⁹

La tarea que de inmediato asumieron fue la de enseñar a las indiecitas el aseo y a lavarse con agua y jabón. Luego, con gran paciencia, a fabricar y tejer la lana.

En la *Crónica de las Hijas de María Auxiliadora de Dawson*, escrita en italiano, se descubre una mística de optimismo para trabajar con los indios. La mayor satisfacción es el afecto con que las pequeñas indias ha ido correspondiendo a sus desvelos. Ya a inicios de 1891, la comunidad ha aumentado a cinco religiosas.

Cada vez que los indios se escapaban de la misión y al poco

tiempo volvían, las hermanas se preocupaban de limpiarlos, pues regresaban totalmente sucios. Sin embargo, hacen notar que estas escapadas de los indios servían para dar a conocer la misión y las interpretan como efecto de la tendencia de los indios a la libertad de tipo nómada a que estaban acostumbrados.

Entre sus diversas noticias, destacan el gran apostolado que hacía el indio Santiago, trayendo continuamente nuevos indios a la misión.

En los diversos relatos que ellas escriben, emerge el gran énfasis que daban a la sacramentalidad. A las dos primeras indiecitas de 10 y 12 años que llegan de noche donde ellas (30-XI-1890), las llevan al día siguiente de inmediato a la misa. Ellas se prodigan por entero en preparar las Primeras Comuniones y los matrimonios. Ya en 1894, se narra que existe la costumbre de realizar «comuniones generales» de parte de los indios, como forma de participar en las fiestas importantes. A menudo, las comuniones son ofrecidas para que Dios bendiga a Mons. Fagnano o por la Superiora General. Así, el 26 de junio de 1898 se escribe: «Hoy se festeja la fiesta del Sr. director y se han ofrecido 147 comuniones y 10 primeras comuniones».²³⁰

Cuando nace el primer indiecito en la misión, las hermanas se preocuparon de que el bautismo fuera una gran fiesta para toda la comunidad y que se le pusiera el nombre de Miguel, en homenaje al P. Miguel Rua, Superior general de la Congregación.

Igualmente, destacan la importancia y eficacia de la oración. Una serie de gracias y soluciones de problemas —escriben— se han obtenido gracias a las oraciones de los indígenas. Secundando la intención de Mons. Fagnano, los hacen rezar continuamente por el aumento de indios en la misión. Detrás de estas oraciones, se advierte un sentimiento materno de considerar a todos los indios como parte de una gran familia y el querer reunirlos a todos en la misión. Se narra una serie de hechos en que, habiéndose fugado un indio, los restantes de la misión rezan hasta su retorno.

La devoción a María Auxiliadora les da un gran valor para emprender toda empresa, por arriesgada que sea. El encomendarse a la Virgen Auxiliadora, en los momentos de grandes dificultades o peligros, constituye una espiritualidad de plena entrega a la voluntad de Dios.

Así, por ejemplo, en marzo de 1898, se narra que Rufina Fierro, por haber resistido a la voluntad de su marido, que la quería alejar de la misión, fue mortalmente herida en la garganta. No había posibilidad de acudir al médico y Sor Valgimigli, por consejo del P. Bernabé, hace que la moribunda se encomiende a la Auxiliadora. Se dice expresamente que la curación comenzó desde ese momento.²³¹

En la crónica escrita por Sor Herminia Sánchez, entre los años 1895 y 1900, junto con informarnos sobre el quehacer cotidiano en la misión, se refiere al trabajo realizado por Sor Juana Valgimigli: «Por la mañana, tenía que repartir la ración del desayuno. Golpeaba las manos en la puerta de calle que daba al pueblo y al instante se veía venir las mujeres con sus chicos y un tarrito en la mano y un canasto en el brazo. Les repartía el pan y el café con leche dulcecito para los chicos. Luego les daba la ración de fideos o arroz, harina, porotos, papas y otras si había. La ración era la cantidad de almuerzo y cena, y la carne la repartía un salesiano llamado Asvini; este era el que tenía la despensa cerca del muelle en la playa. Se retiraban a sus casas a hacer el almuerzo para su familia y todas las demás mujeres indias se reunían en nuestra casa para el catecismo, rezo y el hilado». «Sor Juana Valgimigli era la que los atendía en todo. Las demás hermanas les enseñaban el catecismo y rezo el día domingo. Todo el pueblo asistía a la misa de las diez y, por la tarde, a la Bendición con su Divina Majestad. Todos cantaban la marcha real, como la llamó Monseñor Fagnano: «Con el Ángel de María, las grandezas celebrad... acompañado con armonium por Sor Antonieta Tapparello...».²³²

Desde otro ángulo, para las hermanas debe haber resultado bastante difícil encontrarse a menudo en medio de las riñas y peleas que se suscitaban entre los indios y que frecuentemente terminaban con graves heridas, además de otros percances en los viajes y en los incendios, tales como el del 29 de julio de 1902 y el del 18 de mayo de 1906.

La muerte de la Hna. Sor Virginia De Florio, a los 26 años, fue la expresión póstuma de una inmolación total como misionera. Había llegado el 14 de noviembre de 1899 y falleció el 18 de agosto de 1902. Se consagró con amor y un afecto que todos percibían en el trabajo con las indias, las que captaron su cariño materno. Junto a su féretro, lloraron como quien pierde un ser muy querido; como supremo homenaje le dieron el título de «santa».²³³

En la crónica, se repiten continuamente las referencias a muertes de indias, las que por su espiritualidad profunda dejan una honda huella: Giuseppina, Cándida Carolina, Apolonia, Ursolina. De ellas, junto a otras más, se dice que han tenido una vida y una muerte edificantes. Además se habla de visiones, como es el caso de Cándida Donoso (+ 13-XII-1906).

En la historia de la misión salesiana de Dawson, importa poner de relieve el sentido del «más allá», como una gran esperanza que la religión aportó a la visión religiosa de los indígenas. En medio de las persecuciones por parte de los estancieros, de las enfermedades y sufrimientos, ellos aceptaron con gran fuerza emotiva la promesa de los misioneros: el Paraíso.

Dada la tragedia que en la misión, a partir de 1894, se debía lamentar cada mes una muerte y que luego aumentaron hasta tener en algunos años diez muertos por mes, se provoca un «clima de muerte», que afectaba sensiblemente a los misioneros y especialmente a las religiosas. De ahí también que, como consuelo, los misioneros repiten continuamente en sus escritos que los difuntos han ido al cielo a descansar de los muchos padecimientos y persecuciones que habían soportado.

La *Crónica de las Hijas de María Auxiliadora* anota: «¡Qué dolor! Han muerto quince personas. No se sabe adivinar bien las causas de tantas muertes. Tal vez sean consecuencia de los sufrimientos y padecimientos y de las persecuciones sufridas en el desierto de parte de ciertos cazadores. Y es sólo un alivio el ver la muerte tan santa que tienen. Mueren todos en gracia de Dios y bien dispuestos al Paraíso».²³⁴

Las devociones a la Virgen y al Sagrado Corazón se introdujeron desde un inicio. Los indios tomaban parte con gran entusiasmo, especialmente en las procesiones y peregrinajes. En el 1892, se narra una procesión con indios a caballo, con la banda, y en la cual se dispararon algunas bombas, con lo cual los indígenas «quedaban impresionados». Ya en el año 1891, durante el mes de junio, se daba la Bendición Eucarística, se hizo la consagración al Sagrado Corazón, en la que todos participaron, y se les impuso el escapulario.

Respecto al olor fuerte que despedían los indios de sus cuerpos untados de grasa, la *Crónica de las Hermanas*, dice: «Si el

Señor no nos diera fuerza física, además de la moral, no se podría en realidad resistir el convivir con los indios; es tan repugnante el hedor que emanan». ²³⁵

La presencia de las hermanas marcó la misión de San Rafael por el orden y la limpieza en la capilla, los comedores y dormitorios. Ellas atendieron, además, el Asilo del Buen Pastor, este último ubicado en la Punta San Valentín y dedicada a niñas abandonadas. Las dos comunidades de hermanas realizaron una labor de civilización y evangelización. Con inmensa paciencia les enseñaron las normas de limpieza e higiene, las capacitaron en labores manuales y, fundamentalmente, a mantener una relación de convivencia fundada en el respeto mutuo.

Al concluir este capítulo sobre la vida cotidiana en la Isla Dawson, debemos hacer referencia a un dato que aparece en uno de los informes que el director de la misión enviaba regularmente al Superior Mayor, titulado el *Rendiconto*. En él se manifiesta una gran preocupación por los alumnos internos. A estos jóvenes indios, cuyo número fluctuaba entre 12 y 17, se les proveía de todo y eran la gran esperanza de la misión. Respecto a la conducta que estos alumnos muestran durante varios meses, se repite el calificativo de «mediocre». ²³⁶

La vida cotidiana de las misiones de San Rafael y el Buen Pastor, muy lejos de ser la historia de un fracaso, es en estos años la expresión de una vivencia comunitaria que construyen en forma mancomunada los misioneros (as) y los indígenas. A diario se sienten involucrados en un proyecto de futuro, al que consagran sus esfuerzos y sacrificios. Entre todos van construyendo una comunidad, que junto con la evangelización, los educa y capacita en el trabajo solidario.

CAPITULO DÉCIMO

LA MUERTE Y LA DEVOCIÓN A MARÍA AUXILIADORA

1. HISTORIA TRÁGICA

La misión en Dawson y Tierra del Fuego constituyó una notable experiencia para la Congregación Salesiana por los recursos humanos y económicos destinados a ella y, además, por todo lo que significaba para el porvenir de esos indígenas, en orden a realizar el proyecto de organizarlos como un pueblo civilizado. Sin embargo, existe una penosa constatación que amenazó todos estos planes y fue la rápida disminución de los indios por motivo de las enfermedades.

En este sentido es importante analizar la visita que el P. Pablo Albera realizara el 15 de febrero de 1901, en calidad de Visitador extraordinario de las obras salesianas de América. En un informe sobre la misión de Dawson, su secretario, P. Guzmán, anotaba varios aspectos. Lo primero que parece impactarle es la cantidad de indios que mueren en la misión. Luego agrega: «Es cierto que los indios trabajan poco y que es necesario estar siempre, como se dice vulgarmente, encima de ellos, por lo cual muchos que no entienden más que de negocios materiales, dicen que los salesianos debían traer obreros prácticos para hacer fructificar muchísimo más esta región. Pobrecillos; no comprenden que Mons. Fagnano y sus compañeros de misión no persiguen otro fin que procurar, por todos los medios posibles, el bien de los indios para que estos, haciéndose útiles a la nación a que pertenecen, a la vez que a sí mismos, puedan salvar sus almas mediante la satisfacción del trabajo».

Luego de referirse un poco a las prácticas piadosas y al diario vivir de la misión, vuelve al tema de la muerte: «Es cierto que el cementerio de esta isla guarda las cenizas de varios centenares de indios; pero todos han muerto como verdaderos cristianos... Esta desventurada raza parece estar destinada a perecer, tanto por la guerra que se les hace para destruirla, como por las enfermedades importadas por extranjeros, contribuyendo también mucho la pérdida de sangre que degenera en tisis».²³⁷

Esta constatación trágica y amarga la expresa a menudo Mons. Fagnano en sus cartas-informe al Superior de Turín. En noviembre de 1899 escribía al P. Miguel Rua: «Una cosa nos apena mucho y es la rapidez con que se va extinguiendo la raza, debido entre otras muchas causas, al descuido que tienen en su limpieza personal, al poquísimos o ningún cuidado que tienen de su salud y, más que todo, a la pulmonía y a la tuberculosis, enfermedades a las que son propensos y de las que son rarísimos los que se curan. El director, el hermano Juan Asvini y Sor Juana Valgimigli, que cuidan inmediatamente de los enfermos, hacen cuanto está de su parte para aliviarles y salvar sus vidas, pero sus trabajos obtienen escaso resultado, pues parece que la muerte ha encontrado especial gusto en cebarse en los pobres indios, ocasionando numerosas víctimas».²³⁸

La muerte se constituye como algo permanente en la misión. En el año 1896 murieron 115; en el 1897 habían sido 145 y en el 1898 fueron 110 los indios muertos. En los años siguientes el problema continúa. Frente a esta realidad, los relatos que hacen los misioneros de los últimos momentos de varios niños o niñas indígenas están saturados de una profunda densidad mística. La esperanza de ir al cielo, tal como se lo han descrito los misioneros, ayuda a superar los dolores hasta el final. La muerte es descrita como liberación de todos los sufrimientos padecidos y como encuentro en el cielo con los otros onas cristianos, anteriormente fallecidos.

En los *Apuntes* de don Carnino nos habla de un joven indio llamado José Toro que, durante su enfermedad, que duró cuatro meses, se manifestó tan resignado, paciente y agradecido que despertó la admiración de los misioneros. Entre las narraciones que el indio le contaba, en las largas noches en las que no podía dormir, mientras el misionero con gran cariño lo acompañaba, en una de ellas explicaba al misionero el porqué de la muerte de los indios: «Cuando los perseguidores de ellos los sorprendían: si se entregaban los llevaban a las estancias y allá, para que no se fugaran, los encerraban en algún galponcito. En él debían pasar muchos días, a veces con suficiente y a veces con escasa y casi ninguna alimentación. Lo peor era que en ese reducido espacio debían hacerlo todo, limpio y sucio, lo que tornaba insoportable y pestilencial».

«Él recordaba vivamente el tercero y último que le tocó con sus padres y parientes. En el cual vivieron cerca de dos meses, pues recordaba haber visto por las rendijas del techo y las paredes dos

veces la luna redonda y dos veces chiquita. Era muy reducido el galpón. Ellos eran como ocho familias, unas cuarenta personas. Los dejaban salir de vez en cuando a tomar un poco de sol, lavarse, haciéndoles echar fuera las inmundicias. Luego, los volvían a encerrar. Pedían ellos a veces que los dejaran afuera, que no se escaparían, lloraban, se tiraban al suelo pidiendo no los obligaran a tan asquerosa prisión. Era clamor al viento. Por eso, decía él, nos hemos contagiado en esa pocilga y era imposible sobrevivir».²³⁹

Es cierto que los indios venían ya contagiados, pero de las enfermedades que los blancos, aún sin tratarlos mal, les habían transmitido y les seguían transmitiendo con su solo contacto. Esto, por supuesto, se agravaba en los casos de abusos cometidos por peones y encargados de cercar las haciendas, como lo denuncia con dolor Mons. Fagnano.²⁴⁰

La visita de algún médico, como el Dr. Florencio Middleton, que los misioneros solicitan a la Gobernación ²⁴¹, sólo ayudaba a tomar ciertas precauciones, pero no detenía el flagelo.

En su *Memoria*, de 1902, el gobernador don Carlos Bories anota: «Las enfermedades pulmonares y escrofulosas que han tomado gran desarrollo en la misión tienden a aniquilar la raza indígena, por lo cual es de temer que desaparezca totalmente en tiempo no lejano»²⁴²

Por su parte, Mons. Fagnano, en sus apuntes del año 1900, escribe lo siguiente: «En la misión de San Rafael de la Isla Dawson se continúa el trabajo de la educación de los indios, entre los cuales la tuberculosis hace grandes estragos, sea por su absoluta falta de higiene, pues no podemos obtener la limpieza de sus casas y personas, sea por su desarreglo en las comidas, no obstante son sanas y abundantes».²⁴³

En carta al P. Rua, en octubre de este año, mientras describe los hábitos de trabajo que van adquiriendo los indios, de repente impactado, anota: «Bastante sentí el saber que habían muerto de pulmonía unos en la misión y otros en los bosques a las orillas del mar. Es una verdadera necesidad que permanezca un médico en la misión, así como también proveerlo de algunas medicinas y especialmente de aceite de hígado de bacalao, único reconstituyente que les puede devolver la salud».²⁴⁴

Los misioneros les prodigan cuidarlos y en sus recuerdos rememoran constantemente el cariño con que asistían a los pobres indios moribundos.

La cantidad de indios muertos y que continuaban muriendo provocó una gran pánico entre los indígenas. Muchos huyeron pensando que sobre la isla pesaba alguna maldición. Esta sicosis colectiva fue contrarrestada por el clima fuertemente religioso que se vivía en la misión y por el gran cariño con que asistían los misioneros a los moribundos y enfermos.

Hay elementos psicológicos que son producto de este ambiente. Así, por ejemplo, los misioneros escriben que los indios a menudo repetían: «Ah, nosotros solamente morir, ellos no mueren». Como expresando que detrás de tanta muerte había un secreto que sólo afectaba a los indígenas. Por esto, la muerte de dos salesianos son presentadas como causa de un mayor entendimiento en la misión.

El 18 de agosto de 1902 falleció Sor Virginia de Florio, a quien los indígenas querían mucho, por lo que lloraron con pena su muerte. Luego, el 13 de marzo de 1903, muere el hermano coadjutor José Botto, que era un excelente religioso. Es de notar que entonces se produce una reacción general entre los indios, los que repetían una y otra vez: «También ellos se mueren, no nos han engañado cuando nos decían que todos hemos de morir» y un misionero dice que eso fue motivo para que les cobraran mayor cariño.²⁴⁵

Continuando con esta historia trágica, en la que el esfuerzo de los misioneros y los adelantos que iban logrando los jóvenes indígenas eran todos tragados por las tumbas del cementerio de Dawson, ciertamente hay que señalar el año 1905 como el que en definitiva marcó el ocaso de la misión por efecto de la muerte de los fueguinos.

En las cartas de los misioneros aparece esta noticia de la siguiente manera:

«Mientras en Punta Arenas se ensañaba la escarlatina y segaba numerosas víctimas, especialmente niños, aquí era desconocida del todo. Pero apenas llegó el buque que nos, conducía apareció el terrible azote. Pocos días después casi todos los indios de nuestra misión fueron atacados de la enfermedad».²⁴⁶

«Se tomaron todas las precauciones para prevenir las funestas consecuencias, todo fue inútil. Les atacó a los pobres indígenas a casi todos simultáneamente. Una fiebre elevadísima parecía devorarlos. Se les aconsejaba no se movieran de la cama y que tomaran en abundancia bebidas calientes y sudoríferas que les proporcionaban, amenazándoles que si no obedecían morirían inevitablemente. Hablar al viento. Apenas quedaban solos salían de la cama, recostándose sobre el suelo, bebiendo agua fría cuanto más podían. Tenderse sobre la hierba fresca era para ellos el mayor alivio. La muerte hizo estragos y contados fueron los atacados que no sucumbieron. La misión se redujo casi a la nada».²⁴⁷

Acentuando más este clima de pesadumbre, a mediados de este año —junio de 1905—, junto con fuertes lluvias y nevazones, faltó la harina para el pan. A los indios, que gustaban mucho del pan, esto los marcó de manera que en adelante se las ingeniaban para entrar en el depósito de víveres y constatar si había harina. Era como responder a un sentido de inseguridad, después de ese difícil mes de junio.

Un proyecto desde bastante tiempo acariciado por los misioneros era lograr obtener una vocación sacerdotal entre los niños indígenas más inteligentes y piadosos. De este modo, uno de ellos y en su mismo idioma podría evangelizarlos mejor. La idea se veía factible por cuanto contaban con excelentes jóvenes, que no solo eran inteligentes y aprovechados en los estudios, sino muy piadosos y de una gran vida interior. De entre ellos seleccionaron a tres: Silvestre Valenzuela, Marquitos de Daniel y Tomás Ven. Les prodigaron todo tipo de cuidados para preservarlos en lo referente a la salud y adelantarlos en la instrucción. Pero la muerte fue inexorable con ellos como con otros aspirantes. El 6 de diciembre de 1906, moría en Punta Arenas Ramón Díaz, ona, que Mons. Fagnano tenía, como aspirante salesiano, en el Colegio San José por sus excelentes cualidades. La esperanza de lograr un sacerdote ona fue sucumbiendo también trágicamente.

2. SENTIMIENTO RELIGIOSO

Algunos misioneros usan el término «esta malograda misión», por cuanto todos los esfuerzos, recursos y proyectos se iban desplegando ante la muerte masiva y continua de los indígenas. Ante esta «inutilidad» del quehacer misionero, al menos en los logros para el

desarrollo se profundiza con mayor intensidad una confianza en lo sobrenatural y, específicamente, en la Virgen bajo la advocación de María Auxiliadora.

Existe un fuerte sentimiento de fe que los ayuda a no caer en el pesimismo de la desesperación. Lo cual no quitaba que en un lugar tan apartado, con un clima que en varios años fue horrible, así, por ejemplo, recordaban las terribles nevazones de julio de 1902, los misioneros no sintieron el peso de su tarea. Mons. Fagnano repite en diversos informes, lo que en 1900 expresa como algo rutinario: «Recibí uno por uno a todos los hermanos a quienes consolé en todas sus penas y los animé a tan benéfica obra».²⁴⁸

La invocación a María Auxiliadora, su bendición impartida en los casos de peligro, el rezo del Santo Rosario y la práctica de la Novena son otros tantos elementos de los cuales se valen con gran confianza los misioneros. En sus crónicas y cartas aparece a menudo la expresión: «Memorable se mostró la Auxiliadora». «Portentosa se mostró siempre la protección de María Auxiliadora», refiriéndose a una serie de casos que narran con pormenores: incendios, tormenta soportada en un débil bote o barco, caza de los animales salvajes, atentados por parte de los indios y peligros de toda suerte.

Es tal la confianza en la Virgen que, ciertamente, debe haber asumido características de profeta el anciano coadjutor Francisco Forcina, al enfrentar el incendio del bosque contiguo que tenía rodeada la misión. Él, con plena confianza en la Virgen, puso un cuadro de la Auxiliadora en el galpón-aserradero, luego mandó a los salesianos que se fueran a dormir tranquilos y él se quedó rezando el rosario. Al amanecer un fuerte viento suroeste desvió el fuego y aún cuando continuó por dos semanas, nada sucedió a la misión.

Como este, los relatos se suceden. La última expedición realizada por Mons. Fagnano por entre los canales en busca de indígenas, fue en el verano de 1903. Esta, como otras expediciones, se hacían siempre bajo la invocación de la Auxiliadora y mientras duraba el viaje, los indios y misioneros quedaban en casa rezando.

Es preciso reconocer que frente a la terrible soledad del lugar, a la amargura que provoca la muerte continua de los indios y el presentir su próxima extinción, el amor a la Virgen, auxilio de los cristianos, juega espiritual y psicológicamente un papel de gran importancia para ese grupo de misioneros. Es tal la mística que se vive en la misión, que contagia también a los indígenas, los cuales han declarado «Himno nacional de la misión» la canción mariana «Oh María, madre mía, oh, consuelo del mortal» que cantan una y mil veces.

En el relato de Don Carnino, misionero llegado a la isla en 1896 y que fuera director de la misión desde 1904 hasta 1910, encontramos perfectamente traducido este clima espiritual, en este texto: «Sin embargo, a pesar de tanta depravación, hubo entre ellos unas florecillas muy bellas para el cielo; almas tan puras que merecieron ser visitadas por la Reina de las vírgenes en su lecho de dolor. La más favorecida fue Concepción Vuelto, hija de Miguel Vuelto».

«Entre los onas abundaron más los favorecidos por apariciones extraordinarias en sus postreros padecimientos en este valle de lágrimas.» En general, los que fallecieron en la misión de San Rafael, Isla Dawson, han dejado claras señales de eterna salvación, pues morían no solo resignados, sino con vivos deseos de ir a ver a Dios y a la Virgen Auxiliadora en el Paraíso. Todos pedían confesarse repetidas veces, recibir el santo viático, la extremaunción y que se rezara mucho a su lado. Ellos solían repetir jaculatorias hasta exhalar el alma, constandingo que todos conservaban el conocimiento hasta lo último». ²⁴⁹

**CUADRO RESUMEN DEL NÚMERO DE
INDIOS QUE HABÍA Y DE LOS MUERTOS EN
CADA AÑO**

AÑO	MUERTOS	
1889: Los indios en San Rafael ascendieron a	45	1
1890: Los indios en San Rafael ascendieron a...	97	3
1891: Los indios en San Rafael ascendieron a	130	5
1892: Los indios en San Rafael ascendieron a	160	8
	(en su mayoría alacalufes)	
1893: Los indios en San Rafael ascendieron a	180	10
1894: Los indios en San Rafael ascendieron a	195	18
	(en su mayoría alacalufes)	
1895: Ascendieron a (aumentan los onas)	215	30
1896: Aumentaron de 270 a (mayoría onas)	300	115
1897: Aumentaron de 350 a (mayoría onas)	400	145
1898: Aumentaron de 400 a	550	110
1899: Descendieron a (parte se fugaron)	350	95
1900: Descendieron a	205	80
1901: Descendieron a	180	60
1902: Descendieron a	160	30
1903: Descendieron a	150	35
1904: Descendieron a	130	24
1905: Descendieron a	105	35
	(unos se fugaron)	
1906: Descendieron a	82	18
1907: Descendieron a	64	14
1908: Descendieron a	53	11
1909: Descendieron a	48	7
1910: Descendieron a	39	5
	(se retiraron unos)	
1911: Hasta septiembre descendieron a	36	3
Total de los muertos:	862	250

CAPÍTULO UNDÉCIMO

FINIS DAWSON

1. ADHESIÓN A LA COLONIZACIÓN

En aquellos años, uno de los temas permanentes de preocupación en Punta Arenas y en muchas personas vinculadas a Magallanes era la asignación y subdivisión de las tierras fiscales. Varios son los que postularon para que se les concediera algún lote. Uno de ellos fue don Ramón Moisés de la Fuente, confinado político, cuya esposa contaba con buenas relaciones e influjos en esferas de Gobierno.²⁵¹

La propuesta que presenta al Ministerio de Colonización es un audaz proyecto que ofrecía traer 1.000 familias de colonos europeos para radicarse en esas regiones. Por medio del decreto N° 30, del 9 de enero de 1901, el Gobierno chileno aceptaba dicho plan. Junto con especificar las condiciones en que vendrían y lo que se les ofrece a estos colonos, el decreto especificaba que 500 se establecerían en Tierra del Fuego e islas adyacentes no ocupadas o donde sus ocupantes lo permitieran, y otras 500 lo harían en la Patagonia central.²⁵²

Entusiasmado con su plan, el Sr. De la Fuente se presentó a conversar con Mons. Fagnano para proponerle la posibilidad de que la isla Dawson participara en este proyecto de colonización, ya que con ello su proyecto adquiriría mayor seriedad y, por lo mismo, se hacía más atractivo.

Mons. Fagnano vio en esta proposición, ya aprobada por el Gobierno, una excelente respuesta a sus inquietudes. Por un lado, la disminución de los indios era manifiesta; los hermanos coadjutores no podían seguir siendo los capataces y trabajadores de toda la isla; además, al entregar gran parte de Dawson, acallaba a sus enemigos que lo acusaban de estanciero y empresario. Por otro lado, lo que más le entusiasmaba era la colonización, esto es, que se establecieran familias civilizadas en Isla Dawson, pues de este modo los indios progresarían en todo sentido. Era, por lo demás, una medida que varios le habían sugerido.

Por esto, Mons. Fagnano respalda y da su aprobación a la propuesta de don Ramón M. de la Fuente. Esto significaba dar permiso para que se establecieran colonos europeos en Isla Dawson. Además,

su optimismo en la factibilidad de este proyecto lo llevó a prestar al Sr. De la Fuente la suma de \$ 32.000 para que dicha empresa caminara rápido, pues el autor de este plan no poseía capital, sino sólo un documento del Gobierno.

El P. Pedro Marabini, en representación de Mons. José Fagnano, planteó al Ministerio de Colonización, lo siguiente: «Llegado a conocimiento de que el Supremo Gobierno desea colonizar la Isla Dawson, como consta en el contrato que tiene celebrado con el Sr. Ramón M. de la Fuente y, deseando por mi parte facilitar y acelerar la ejecución de ese proyecto, que estimo provechoso para el territorio de Magallanes, vengo a renunciar a favor de los Sres. Vergara y Felipe Alcérrega, cesionarios del Sr. De la Fuente, los derechos que sobre la mencionada isla confiere a mi representado el decreto del 11 de junio de 1890. Por tanto, a V.S. suplico se sirva aprobar esa renuncia que hago con unas condiciones que me permitan continuar las obras de beneficencia que tengo instaladas en la Isla Dawson en favor de los indígenas y de los huérfanos del territorio de Magallanes». ²⁵³

Para especificar cuáles eran estas condiciones, se estipuló un convenio con los cesionarios del Sr. De la Fuente, el 24 de octubre de 1904. Valiéndose de la mediación de don Francisco Magalhaes, corredor de comercio, y ante el escribano Almarza, se establecieron las siguientes cláusulas:

— Monseñor cedía sus derechos sobre la Isla Dawson.

— Los cesionarios le otorgan en cambio la propiedad de 6 000 hectáreas en la misma isla.

— Los cesionarios se obligan a devolver a Mons. los \$32 000 que había facilitado a De la Fuente para dar comienzo a su obra de colonización.

— Le compran, a tasación de peritos, las mejoras y animales que quiera vender.

— Le conceden uso gratuito de puentes, caminos y muelles, y le permiten sacar del bosque la madera que necesite.

— En caso de que Mons. Fagnano quisiera vender el terreno que recibe en propiedad, dará preferencia a los cesionarios.

— Se determina el mes de enero de 1905 para los avalúos, compraventa y fijación de plazo para el desahucio.

— En garantía de este contrato, quedan afectos para ambas partes los bienes que posean en la Isla Dawson». ²⁵⁴

En estos dos documentos, se ve claro cuál es el nuevo proyecto de Mons. Fagnano. Adhiere plenamente a la idea de colonizar la isla, de cuya superficie de 133.000 hectáreas se reserva para la misión sólo 6.000 hectáreas. Pero, además, ofrece en venta las mejoras, especialmente el aserradero y los animales no estrictamente necesarios. Prefiere dedicarse a la evangelización y enseñanza de los indígenas, dejando en manos de otros la colonización y explotación de la isla.

Este repliegue que sufre el «proyecto Fagnano» se debió, en gran parte, al fuerte ataque que tanto en el Parlamento como en la prensa se ha hecho contra las posesiones de los salesianos en Magallanes.

Al interior mismo de la Congregación, no se compartía un plan de proyecciones tan amplias como hasta ahora lo había conducido Mons. Fagnano. Por lo demás, no se estaba dispuesto a una lucha abierta y decidida por la tenencia de Isla Dawson cuando el número de indígenas iba cada día en disminución.

Mons. Fagnano había recibido diversas críticas. Por su parte, veía la realidad amplia de toda la obra misionera que tenía entre manos, tanto en la región austral de Argentina, como de Chile. Por esto renuncia a establecer una «Reducción en Dawson» y escoge continuar simplemente con una «misión».

Todo lo convenido entre los misioneros y el Sr. Ramón de la Fuente queda oficializado por el decreto 1205, del 20 de junio de 1905. Allí, se estipula que con el permiso de los actuales ocupantes se establecerán 100 familias de colonos europeos. Al mismo tiempo, aparecen en dicho decreto del Ministerio de Colonización las dificultades surgidas para el Sr. De la Fuente con los actuales poseedores de las tierras de Última Esperanza. ²⁵⁵

Sin embargo, lo que en 1901 se presentaba como una gran posibilidad y que luego era ratificada en 1905, se irá diluyendo como uno de los tantos planes ilusorios de colonización que no concluyeron en nada.

En síntesis, podemos señalar los principales hechos:

— Resistencia de los pobladores de Última Esperanza a los planes de colonización, pues les privaba de sus tierras.

— Juicio contra el Gobierno por parte de los Sres. Vergara y Alcérrega, que habían comprado los derechos a don Ramón de la Fuente sobre esta empresa de colonización, en \$ 40.000.

— Traspaso de dichos derechos a la Sociedad Agrícola de Magallanes, el 17 de abril de 1907.

— A fines de junio de 1909, Mons. Fagnano envía a Santiago al P. Marabini para recuperar el préstamo, para lo cual debe entablar un juicio, que, finalmente, gana el 30 de diciembre de 1909.²⁵⁶

Entretanto, durante todo este tiempo, especialmente a partir del decreto de 1905, se vivió esperando de un día para otro la ocupación de la isla por los nuevos colonizadores. Ello llevó a disminuir todo tipo de inversión e incluso la producción de madera del aserradero. Los concesionarios prometían año tras años ir a ocupar la isla sin llevar a efecto ni siquiera parcialmente su proyecto.

Así, llegamos sorpresivamente al documento final, del 24 de abril de 1911, que en parte resume toda esta historia: «Vista la solicitud de los señores Francisco Magalhaes y Walter H. Young en que piden se renueve a su favor la orden de entrega de los terrenos de la Isla Dawson para proceder a su colonización; con el mérito de los informes producidos y teniendo presente:

1. Que por orden ministerial del 27 de octubre de 1904 y por decreto N° 1205 de 20 de junio de 1905, se mandó entregar a los cesionarios don Ramón M. de la Fuente los terrenos de la Isla Dawson, entre otros que le habían sido concedidos para colonizar por decreto N° 30 de 9 de enero de 1901;
2. Que la entrega de dichos terrenos quedó en suspenso con motivo del juicio deducido por la parte del mismo De la Fuente sobre cumplimiento de su contrato de colonización, juicio que a la fecha se encuentra terminado;
3. Que ha sido aceptada por el Gobierno la cesión de los dere-

chos de don Emilio Vergara a don Francisco Magalhaes y don Walter H. Young cedido a aquellos por don Ramón M. de la Fuente;

4. Que corresponden al fisco las mejoras existentes en la mencionada isla, efectuadas durante la anterior concesión hecha a Monseñor José Fagnano, por decreto de 10 de junio de 1890.

Decreto :

1. La Oficina de Mensura de Tierras procederá a dar cumplimiento al decreto N° 1205 de 20 de junio de 1905, haciendo entrega de los terrenos de la Isla Dawson a los señores Walter H. Young y Francisco Magalhaes con arreglo a las disposiciones de los decretos números 30 de 9 de enero de 1901 y del citado N° 1205 de 20 de junio de 1905, N° 1416 de 24 de julio de 1905 y demás disposiciones vigentes sobre colonización.
2. Previamente se hará el inventario y avalúo de las mejoras útiles que designará el juzgado de letras de Punta Arenas, inventario y avalúo que será sometido a la aprobación del Gobierno y cuyo monto será pagado al contado una vez obtenida la aprobación gubernativa.

El director del Tesoro, en representación del fisco, suscribirá el presente decreto.

Tómese razón y comuníquese.

Barros Luco

Enrique A. Rodríguez». ²⁵⁷

2. MOTIVOS PARA DEJAR LA ISLA

Al interior de la misión, entretanto, vivían despreocupados de todo este asunto. En el *Diario* de la misión se anota, el día 5 de abril de 1911: «Llega Mons.: una visita ligera. Almuerzo y sale para la Punta. Aquí rezó misa y nos dijo algo sobre la isla: nada de determinado». ²⁵⁸

Luego, el 27 de junio, se anota en el mismo *Diario* que ha llegado el perito designado por el juez de Punta Arenas para hacer la tasación. Se trata de don Roque Blaya, quien, acompañado del P. Bernabé, llega para hacer el inventario y avalúo de las mejoras útiles.

Se podría pensar que todo iba a realizarse de acuerdo con el plan de 1905, esto es, reservándose para la misión unas cuantas hectáreas.

El día 24 de julio aparece algo nuevo en la crónica: «Llega el cutter 'Rodolfo' que trae una carta de Mons.: la definición... el 31 de agosto: finis» ²⁵⁹. Esto significaba que se entregaba la isla Dawson sin reservar nada para la misión, la cual obviamente desaparecía.

Para comprender esta tercera posición de Mons. Fagnano, esto es, entregar la isla sin reservarse ningún lote de tierra y preferir acabar la misión, se deben considerar dos causales:

La primera, a la cual ya hemos aludido, era la fuerte disminución que habían experimentado los indios en la misión de San Rafael, los cuales desde 1908 eran menos de cincuenta. Esta disminución afectó mucho a Mons. Fagnano. Además de los asesinatos y masacres de Tierra del Fuego, que a través de la misión de La Candelaria (Argentina) conocía, las enfermedades y muertes en Dawson le apenaban mucho.

El testimonio de Mons. Pittini, al visitar la isla, refleja este estado de ánimo. Mons. Fagnano, señalándola la misión desde una colina, le dice: «Mira, años atrás yo atravesaba la plaza y de todas las casitas era un correr festivo de niños y niñas que me rodeaban con rumorosa familiaridad. Yo gozaba en el alma, porque era la realización de mis sueños lejanos y era la esperanza de un porvenir mejor para las tribus de los pobres onas. Pero, ¡ay!, la esperanza se ha desvanecido... Nadie sale ahora a mi encuentro... Todos duermen allá arriba a la sombra de las cruces». ²⁶⁰

Por esto, pensó que lo mejor era reunir a todos los indios sobrevivientes, en una sola misión, esto es, en «La Candelaria», en Río Grande. Dicha misión, fundada por él en 1886, por estar ubicada en la misma Tierra del Fuego, en la parte argentina, ofrecía mejores posibilidades que Dawson, ya que esas eran las tierras donde siempre habían habitado los onas.

La segunda razón que influyó en esta decisión fue consecuencia de la polémica que en la prensa y en el Parlamento sostuvieran en los años anteriores. El argumento del diputado Pleiteado sobre «la riqueza» de los salesianos había logrado penetrar y esto, poco a poco, provocó un repliegue en la Congregación.

El Provincial salesiano de Chile le escribirá a Mons. Fagnano, desde Santiago, poco tiempo después, expresando este clima: «...nos hacen aparecer como negociantes riquísimos, con millones... Esto, desgraciadamente, es creído aún por algunas personas buenas que nos abandonan y hablan con los demás de los salesianos. Hace pocos días, pidiendo o, mejor, haciendo ver nuestras negras necesidades, me respondieron: 'por favor no digáis más falsedades; si tenéis necesidad, ¿por qué no le pedís a los vuestros de Punta Arenas?'...».²⁶¹

Desde Turín, el Superior general P. Pablo Albera, le escribía: «Tenéis muchos enemigos que escriben en sus periódicos cosas poco honorables de los Salesianos. Recomienda que sean más prudentes y eviten todo aquello que pueda dar ocasión a sus críticas».²⁶²

Luego le especificará el asunto más claramente en otra carta: «Me da mucha pena la guerra que nos hacen los malos. Me duele que tengan un pretexto de hablar mal de nosotros por aquellas posesiones que con tanto esfuerzo has logrado obtener. Piénsalo bien, para encontrar un modo de no dar ocasión de creer que somos ricos. Parece que el Gobierno chileno se quiere meter en esto, lo cual nos haría mucho daño material y más todavía moral».²⁶³

Estas cartas, específicamente esta última, escrita el 13 de marzo de 1911, nos explica claramente por qué Mons. Fagnano no presentó ninguna solicitud ante el Ministerio de Colonización, en orden a renovar la concesión. Al concluir el período de los 20 años, deja en plena libertad a las autoridades, no obstante todo lo invertido y construido en la isla.

Tanto en Chile como en Italia, se había formado entre los salesianos una corriente de opinión que era contraria a continuar con la posesión de Isla Dawson. Esto era sostenido en forma explícita por el Superior general P. Pablo Albera, quien, al saber que la cuestión ya estaba resuelta, expresó a Mons. Fagnano lo siguiente: «... Estamos contentos por el hecho que hayáis vendido las tierras que no eran necesarias y que esto se haya hecho sin disgustar a los hermanos... Esto que ha sucedido nos sirva de norma para el futuro. Evitemos siempre todo lo que nos hace aparecer como estancieros. Busquemos sobre todo almas y no bienes de este mundo».²⁶⁴

Vale decir, que la acusación de «ser ricos» por el hecho de disponer de una isla para explotar, a la larga fue la segunda razón para abandonarlo todo. La disminución de indígenas y el miedo a ser acusados de poseer grandes riquezas llevaron, entonces, a Mons. Fagnano a no reservarse nada de una misión que tantos sacrificios había costado. El secretario del Capítulo Superior de Turín, precisamente expresaba este sentimiento a Mons. Fagnano: «Deo gratias que todo haya concluido en lo que se refiere a Isla Dawson. Sin embargo, se prueba un cierto sentido de tristeza al pensar que no tenemos más esas misiones bañadas con el sudor y la sangre de los Salesianos».²⁶⁵

Las páginas del *Diario* de la misión nos revelan con toda claridad lo sucedido durante esos últimos meses.

El día 27 de junio se constituyó en la isla el tasador Sr. Roque Blaya que, después de varias jornadas, estimó en \$145 896 las instalaciones y construcciones.

El 12 de septiembre llega a tomar posesión de Isla Dawson el Sr. Walter H. Young, acompañado por el tasador Sr. Roque Blaya. A partir de este momento, comienzan los preparativos y embalajes para dejar definitivamente la isla. Ya en el mes de agosto se habían vendido ovejas (2 600), vacunos (107) y la existencia de maderas elaboradas por el aserradero (6 876 pies de varias medidas y tamaños). En cajones se trata de llevar todos los objetos y cosas propiamente de la misión. La capilla se desmantela y hasta el reloj y las campanas son embaladas. Todo se pone en un galpón junto a la playa. Se informa de cajones y bultos «rematados», esto es, de un remate.

El 21 de septiembre, llega el Sr. Magalhaes con el capitán Vial y traen carta del P. Bernabé para llevarse todo y a todos.

El día 23 es el último día de la misión y está relatado así: «Nos levantamos como siempre y como todos los días cumplimos los deberes de comunidad. Después del desayuno, cada uno llevó su cama y maleta al muelle. Las cosas del altar postizo se alojaron pronto en un cajón ad hoc preparado de antemano. Ahí van paramentos, toallas, caliz, copón, candeleros, etc...» «A las 9, todo está listo. Tomamos todos un (último) bistec con huevo y arrollado, con servilletas, cubiertos, vasos, etc.

Nos embarcamos: salesianos, monjas, indios e indias, niños....»

Da la lista completa de los diez salesianos, 4 Hijas de María Auxiliadora y 25 indios que son los últimos en abandonar la misión de Isla Dawson.²⁶⁶

Luego, continúa: «Ocelli ha levantado en el palo las 3 banderas, es decir, todas las que tenía y con el ovejero y con el cocinero nos saludan desde la playa... Antes de las 2 salimos con tiempo regular al pasar la Punta y espléndido hasta P. Arenas. Llegando a las 6 p.m.

Los indios e indias con Antonito y Meneci se trasladan al 'Amadeo' para salir al poco rato para Río Grande. Se les desembarcaron todas sus cosas y van contentos. Pedro Gama baja y alojará en el colegio. Llegamos a casa muy bien recibidos. Finis Dawson. Laus Deo et María Auxiliatrice».²⁶⁷

En la *Crónica* del Liceo de San José de Punta Arenas, donde a menudo aparecen referencias a Dawson, sea por los salesianos que viajan allá, como por los que vuelven después de haber realizado los ejercicios espirituales u otro motivo, encontramos la siguiente nota: «Septiembre 23. Por la noche llegan los de Dawson bastante tarde y con mucho trabajo y dificultad pudimos alojarlos, por ser muchos y desprovistos».²⁶⁸

Este cuaderno, precisamente concluye, en 1914, con esta información: «Abril 18: Llegaron de Dawson los restos de los hermanos y de la Hna. Florio, Forcina y F. Botto».²⁶⁹

Eran los salesianos que habían muerto en la misión y cuyos restos eran traídos a Punta Arenas, donde ya descansaba el Hno. Silvestro.

Sin lugar a dudas, el impacto que provocó en todos los misioneros el trabajo y la estada en la misión de Isla Dawson fue enorme.

Su recuerdo los marcará para toda la vida. Impresiona una nota que trae la crónica del colegio San José, el día 30 de septiembre de 1912: «Por la mañana echamos de menos al Hno. Occelli; se le buscó y no se le halló en casa. Después de las 8 a.m. se dio con una cartita del mismo en la que nos dejaba constancia de haberse retirado de la sociedad nuestra e ídose a la Isla Dawson en busca de aventuras y tranquilidad. El Hno. Zirotti lo pudo aún hablar en el muelle que se embarcaba en el cúter de Marcom con destino a Dawson y al Almirantazgo en donde pensaba ir a visitar». ²⁷⁰

El recuerdo nostálgico de los años transcurridos en la isla acompañada a los misioneros, porque en el fondo de este aparente fracaso había existido una vivencia humana muy intensa, entre los esfuerzos de los salesianos y la tragedia sufrida especialmente por los onas.

Según la tasación hecha por don Roque Blaya, más la compra de animales, el Sr. Magalhaes debía cancelar a Mons. Fagnano \$ 200.000, de los cuales sólo pagó \$ 72.000. Luego vendió la isla a la Sociedad «Gente Grande» por 50.000 libras esterlinas. No obstante este fraude, la fama de riqueza de los salesianos aumentó más aún. Los adversarios tuvieron un nuevo argumento, hasta el punto de que incluso de Turín les escribían: «...Recemos para que disminuyan las dificultades surgidas por los millones obtenidos de la Isla Dawson». ²⁷¹

Entretanto, en la misión de La Candelaria, en Río Grande (Argentina), el grupo de los indios sobrevivientes tendrá un lugar que los acogerá. Causa extrañeza que ninguna autoridad chilena de aquel entonces reclamara por el hecho de que los indios fueran sacados del territorio nacional para ser llevados a la Argentina. En realidad, esto confirma que los indígenas de Tierra del Fuego fueron considerados siempre como un estorbo.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

SUPUESTOS MISIOLÓGICOS QUE SIRVEN DE FUNDAMENTO

Un análisis para establecer los fundamentos y características propios de la misión de Dawson obliga, necesariamente, a relacionar esta experiencia con el contexto general de la historia de las misiones, en la segunda mitad del siglo XIX. Ello, junto con enriquecerla, aportándole elementos comunes a las misiones en ese momento histórico, exige indagar en lo específico y propio de la misión de San Rafael.

1. IMPULSO MISIONERO

Lo que hemos señalado en el ámbito nacional, respecto a la preocupación de los grupos católicos por las misiones de los araucanos, fueguinos y chilotes, era lo que acontecía en Europa en forma muy marcada en referencia a los pueblos adonde aún no había llegado la civilización cristiana y que vivían en forma primitiva.

Las expediciones de los salesianos a Magallanes son una muestra de la revitalización que tiene el espíritu misionero en la segunda mitad del siglo XIX. Las expediciones geográfico-científicas revelan, en esos años, regiones a cuyos habitantes infieles había que predicar el Evangelio y, como consecuencia de la caridad cristiana, ayudar a sacar de su miseria. Esto despertó en la conciencia cristiana europea una sensibilidad por las «misiones extranjeras».

Existe, por otra parte, en algunos casos, un interés político-económico, que se mezcla con la expansión europea occidental. Además, los adelantos técnicos en la navegación, que permiten desplazarse con seguridad a diversos puntos del planeta, hacen que los misioneros se beneficien de estos nuevos inventos. En el caso de Punta Arenas, es evidente que el paso de los vapores por el Estrecho de Magallanes y el establecimiento de compañías de navegación permite a los misioneros de Dawson mantener buenos contactos con Buenos Aires y Europa.

Conjuntamente con la expansión colonial europea, es preciso destacar que, a partir de 1850, son numerosos los institutos religiosos de vida activa que se fundan y cuya finalidad son las misiones

extranjeras. Este gran aumento de personal disponible para las misiones es fruto de una renovación religiosa que se produce en la Iglesia europea, fruto de la reacción católica contra las persecuciones del liberalismo laicista.

Además del surgimiento de vocaciones, estos nuevos institutos religiosos integran una novedad en su organización, ya que hacen participar en su apostolado activo no solo a sacerdotes, sino a hermanos y a religiosas. La participación, especialmente de la mujer, aumentó el contingente misionero y el número de obras que estas congregaciones pueden atender.

Los salesianos, si bien no son una congregación exclusivamente misionera, participan de esta inquietud general de Europa. En sus grupos o expediciones misioneras vienen sacerdotes, hermanos coadjutores, seminaristas y las hermanas Hijas de María Auxiliadora, las que unen su trabajo educativo a la tarea de conjunto realizada con el resto de los misioneros.

Este ímpetu misionero de la Europa del siglo pasado fue de tal magnitud que, como consecuencia, hizo florecer entre los fieles cristianos diversas fundaciones misioneras u obras pías destinadas a respaldar el trabajo de las misiones, proporcionándoles los medios necesarios. Las sumas de dinero que se recogen o que se ofrecen, como donaciones espontáneas, manifiestan este interés. Tanto el fundador de los salesianos, San Juan Bosco, como Mons. Fagnano sintieron este respaldo y apoyo, lo cual los indujo a mantener una relación directa y permanente con las organizaciones y los grupos cristianos de Francia, España e Italia.²⁷²

Como consecuencia de esta fecunda expansión misionera, la Santa Sede, a través de la Congregación de Propaganda Fide, multiplicó los territorios eclesiásticos dependientes de Roma, tales como Prefecturas y Vicariatos Apostólicos. Este fenómeno se observa en los tres pontificados: Pío IX (1846-1878); León XIII (1878-1903) y Pío X (1903-1914).

A esta política del Vaticano respondió la creación de la Prefectura de la Patagonia Meridional, que comprendía las Islas Malvinas y las islas junto al estrecho (2 de diciembre de 1883), de cuyo territorio fue designado, como Prefecto Apostólico, el salesiano José Fagnano.

Es importante destacar que Roma, junto con delimitar muy bien los territorios eclesiásticos, robustece la práctica de confiarlos a una congregación religiosa específica. En este caso, los salesianos asumieron toda la Patagonia septentrional, meridional y las islas del sur. Estas circunscripciones eclesiásticas fueron erigidas por Propaganda Fide sin tomar en cuenta los límites territoriales fijados, entre Chile y Argentina, lo cual provocó fuertes suspicacias en ambos gobiernos.

En la Europa de esa época existe un marcado acento, en el arte y en la literatura, que favorece este afán expansionista universal, de llegar hasta los últimos confines de la Tierra. Esto se observa tanto para los católicos como para protestantes, quienes lo asumen como una responsabilidad religiosa. El predicar el Evangelio a los pueblos, que aún estaban sumidos en las tinieblas del paganismo, es equivalente a implantar la cultura cristiano-occidental.

Fruto de este optimismo, se organizan en Europa «exposiciones misioneras». Estas satisfacen la conciencia de quienes han aportado su dinero, suscitan vocaciones misioneras y atraen nuevos bienhechores.

Tanto en la exposición de Génova (1892), como en la de Turín (1898), los salesianos de Tierra del Fuego llevaron indios para que participasen en ellas. Es de notar que los tratan muy bien durante el viaje y la estada en Europa. Los presentan al Papa, a los superiores de Turín y en todo momento se preocupan de que estén bien. No hay comparación con otras exposiciones antropológicas de la época, en que los indios eran exhibidos en jaulas como animales. Aquí se trata de mostrarles el país de origen de los misioneros; que agradezcan a quienes han hecho posible su evangelización proporcionando los medios para ella.

En muchos casos, los grupos de misioneros iban a evangelizar las colonias sometidas a su propia nación. Es lo que sucede con muchos grupos misioneros en África, donde los informes de los misioneros están saturados de un orgullo patriótico y un entusiasmo ingenuo por implantar el idioma y las propias costumbres entre los nativos. En el caso de Magallanes, no estuvo vinculado políticamente a una empresa colonial. En este aspecto, la misión de Dawson estuvo exenta de esa ambigüedad, que se dio, en esos mismos años, en otros lugares en que la expansión occidental hizo que la misión y la colonización se respaldaran mutuamente.

Los salesianos de Dawson, entonces, son expresión antes que todo del impulso misionero que florece en la Iglesia y, especialmente en la Europa cristiana de la segunda mitad del siglo XIX. Esta inquietud fue a su vez asumida por el catolicismo chileno, el que identificó a San Juan Bosco con un modelo de misión que estuviera basada en la educación técnica del indígena.

2. CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

Si revisamos expresiones ya citadas en el presente estudio, encontramos que existe un denominador común, entre los que hacen referencia a la necesidad de establecer la misión entre los fueguinos. Así, entre otros:

— El grupo de católicos que se constituyen como cooperadores de la misión de San Rafael expresa: «porque los beneficios de nuestra adelantada civilización se extienda a todos...»

— Mons. Ramón A. Jara: «redimir de la barbarie a aquellos infelices paganos».

— El presidente Pedro Montt: «llevando la civilización al centro mismo de la barbarie».

En estas y muchas otras expresiones se advierte una clara intencionalidad que es la de imponer un determinado tipo de civilización, sin considerar el patrimonio cultural de los pueblos. La civilización única es la occidental, de modo que todas las tribus y grupos étnicos deben abandonar sus hábitos y usanzas para asimilarla. Hay en los documentos un lenguaje común que opone la «civilización» al salvajismo, pero entendido como desprecio a todo lo que no armoniza con los cánones de la civilización occidental.

A nivel internacional, la historia de las misiones nos ilumina bastante a este respecto. El vínculo cultural de la Iglesia con Occidente, había ido encadenando al cristianismo a un tipo particular de civilización. Debido a las restricciones que la Santa Sede impuso, especialmente en Oriente, en orden a que los misioneros no adoptaran los elementos válidos de esas culturas y, por otra parte, a causa de que la expansión europea ofrecía evidentes facilidades a la acción misionera, se favorece el surgimiento de una mentalidad conforme a la cual se quiere transmitir a los pueblos no solo el mensaje del Evan-

gelio, sino también las formas prácticas que el cristianismo ha adoptado en Occidente.

La identificación entre civilización cristiana y civilización occidental lleva a que el misionero quiera imponer «esta civilización», al mismo tiempo que la fe cristiana. Esta falta de encarnación en las culturas autóctonas es bastante generalizada en todas las misiones, tanto protestantes como católicas, en este período.

En el catolicismo chileno y, en general, en todos los grupos dirigentes del país, «civilización» corresponde al nivel de progreso que se ha logrado en Europa, especialmente en estos años en que llega un gran influjo de Francia. En cambio, «barbarie» son los modos de vida de los que no se han integrado aún al progreso técnico y científico.

Los salesianos también son hijos de su siglo. A los indígenas onas y alacalufes no les imparten la educación en su propia lengua. Les hacen aprender de memoria las oraciones y el catecismo en castellano. Debido a la premura que se les ha impuesto a los misioneros al venir directamente al lugar de la misión, son muchas las palabras italianas que a diario emplean y que los indios aprenden. Al organizar la banda con los instrumentos traídos de Italia, los trozos musicales que hacen aprender a los indios son de la música de los grandes compositores italianos. Los textos usados en su escuela son los que el Ministerio de Educación usa en las escuelas públicas del país.

Sin embargo, hay que hacer notar dos rasgos muy importantes. El esfuerzo del P. Borgatello y el P. Beauvoir por componer un diccionario de la lengua ona y, sobre todo, el Museo Salesiano de Punta Arenas, en que los misioneros recogieron gran cantidad de objetos fabricados y usados por los indios. En este aspecto cultural, el museo es uno de los más grandes méritos de la misión salesiana, toda vez que el Estado chileno no había hecho nada por conservar los restos de esta civilización y que el Museo de la Patagonia ha surgido sólo en estos últimos años.

3. MODELO ESPECÍFICO

En la historia de las misiones, existen diversos ensayos o modelos que han caracterizado a algunas por sus logros y a otras por su superficialidad. La misiología presupone algunas premisas genera-

les que ya se han mostrado y otras específicas que en el caso de la misión de San Rafael importa analizar.

a) Relación con los «civilizados»

Es preciso preguntarse cuál es el modelo de misión que se quiso establecer en Dawson. A primera vista, la intención de Mons. Fagnano al establecer la misión en una isla daría pie para pensar que su idea era la de constituir un pueblo indígena separado de los blancos, dándoles una organización que no solo los autoabasteciera de alimentos, sino que incluso les permitiera el paso del nomadismo a la creación de un pueblo sedentario con vida cívica. Hay varios pasajes, en los escritos de los misioneros, que insinúan esta hipótesis. Especialmente el P. Carnino, en sus apuntes, expresa lo siguiente: «Mas cada año bajaban ya más de 100 (indios) anuales a la tierra, y esto mortificaba mucho a los misioneros, que de ningún modo podían prolongarles la vida y veían dar por tierra su anhelo de formar una población de indígenas del Archipiélago de Magallanes».²⁷³

Por otra parte, el gobernador don Manuel Señoret es categórico en su *Memoria*, al afirmar:

«Los misioneros salesianos se han resistido tenazmente a aceptar familias chilenas para llevar a la Isla Dawson».²⁷⁴

El hecho de que Mons. Fagnano haya procurado proveer a través del ganado, de la producción de la lana, de la instalación del aserradero y de la elaboración de la madera los medios para que la misión se autoabasteciera y financiara nos inclina a pensar que, al menos en un primer momento, su proyecto buscaba una cierta autonomía.

Sin embargo, la intencionalidad de Mons. Fagnano no es la de establecer un modelo de misión que se orientara hacia una autonomía plena con separación total de los blancos. La razón por la cual él escoge la isla es muy simple y lo expresa en estos términos: «Aquí (en Punta Arenas) yo vi con mucho sentimiento que las dos familias indígenas iban sufriendo en su salud... Entonces pensé en ensayar en la Isla Dawson».²⁷⁵

Esta es la razón del aislamiento; es por problemas de salud, para evitar que los indígenas se contagiaran. En su informe al Gobierno, en 1895, manifiesta claramente que la misión tiene como

objetivo la capacitación de los indios para que éstos se integren posteriormente a la vida civilizada como elementos útiles: «Esperamos que éstos (los indios) serán los peones de las grandes haciendas que se establezcan en el territorio y así habremos cambiado a los enemigos de la civilización en factores y ayudantes del progreso del territorio».²⁷⁶

En todo momento, el objetivo se va planteando: es hacer de la misión una etapa transitoria en la integración de los indígenas al trabajo de las estancias.

A partir de 1904, adhiere en forma oficial y por documento público a la idea de reservar solo una parte de la isla para la misión y que el resto sea colonizado por familias europeas. Se acepta la convivencia, porque nunca el aislamiento geográfico se pensó en términos de un corte radical con los blancos, ni se pensó para originar una comunidad con cultura y organización propias.

Más aún, los indios nunca quedan «retenidos» en la isla, sino que dentro del enclave existe conciencia de que son libres de irse cuando quieran. Existe en esto un criterio pedagógico que es expresado así: «En todas las reformas de su vida es necesario no pretender mucho de una vez adelantándoles poco a poco a fin de que no se irriten con el brusco cambio».²⁷⁷

Esto es referido tanto al paso de la vida nómada a sedentaria, como al hecho de adquirir los hábitos y costumbres que los misioneros querían inculcarles.

En diversos escritos se pone de relieve lo habituales que eran para los misioneros las idas y venidas de los indígenas. Las tenían presupuestadas, pues sabían que luego regresarían: los indios encariñábanse con la misión y, aunque les costaba sangre renunciar a su vida nómada, sus correrías eran cortas y volvían casi siempre».²⁷⁸

De todo esto se deduce que, fuera de atraer a los indios ofreciéndoles galletas, carne, vestidos o acudiendo en un barco a buscarlos, cuando como señal encendían una fogata desde la Tierra del Fuego, la misión no imponía un régimen de confinamiento carcelario, como lo pensaron los directivos de la Explotadora de Tierra del Fuego, al pagar una libra esterlina por cada indio que remitían a la misión de Dawson.

En síntesis, se puede afirmar que la misión de San Rafael fue establecida en una isla no para imponer un modelo de «reducción», como los jesuitas en el Paraguay, sino porque la permanencia de los onas en Tierra del Fuego se hacía imposible y, por otra parte, al ser llevados a Punta Arenas se corrompían. La isla, situada en el estrecho, se ofrecía, además, como un lugar por donde a menudo transitaban las canoas de los alacalufes. Se escoge la Isla Dawson como un lugar apartado, donde la evangelización y la labor civilizadora se podían llevar a efecto más fácilmente. Luego, más tarde, con el tiempo vendría la integración con el resto de la población de Magallanes.

b) Lo específico de la misión

La característica que define a la misión de Dawson es su vinculación con la escuela-taller y el trabajo agrícola, ganadero, forestal.

Por una parte, el énfasis que se pone en el trabajo manual responde al objetivo de capacitar a los naturales para que se desempeñen en diversas faenas. Al instalar el aserradero se enuncia un criterio clave en la mentalidad de estos misioneros: «Para apartar del ocio y del descontento que este engendra en los indios y civilizados, proporcionando, además de la civilización, medios de vida en la explotación de aquellos inmensos bosques vírgenes...».²⁷⁹

Sin obligar a los indios, se les va induciendo a realizar distintos trabajos de modo que los naturales descubran sus habilidades y adquieran confianza en sí mismos. De esta manera, no se sentirían inferiores al blanco y robustecerían su autoestima.

Este método resultó muy positivo en el grupo de los «campañistas» o encargados de ir a buscar la carne para la misión. Debían ser diestros para cazar alguno de los vacunos errantes en la isla, lo cual creó un verdadero espíritu de superación entre ellos. Lo mismo puede decirse de los que trabajaban en la lechería y en la elaboración de la madera. En este aspecto, se logró plenamente el objetivo de que los indígenas en la misión aprendieran un trabajo calificado, que los capacitara como trabajadores útiles en esa región.

Sin embargo, las máximas esperanzas de los misioneros se orientaban a los niños. A través de la escuela y de la educación se piensa lograr pleno éxito haciendo de ellos buenos cristianos y útiles ciudadanos. En las niñas, la escuela es complementada con el taller

de tejidos. Los niños, en general, son integrados a las distintas tareas de la misión, de tal modo que logren un aprendizaje práctico.

Los salesianos son misioneros-educadores. La evangelización se realiza plenamente a través de la educación. Esto es explicitado por el propio Mons. Fagnano: «Nos hemos establecido para trabajar en la conversión de los indios y, al mismo tiempo, para atender a la educación religiosa de los niños pobres de esta localidad tan aislada y abandonada...».²⁸⁰

Esta intencionalidad educativa en favor de los niños indígenas está explícitamente expuesta en el informe elevado al Sr. ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización, en el año 1896: «Desde el día en que el Supremo Gobierno nos otorgó la concesión de la Isla Dawson, hemos hecho cuanto estaba de nuestra parte para fundar allí un pequeño pueblo donde se pudieran reunir los salvajes para que fueran perdiendo poco a poco sus hábitos de apartamiento y vagancia y adquieran el hábito de la sociabilidad y sus ventajas en el contacto con los misioneros y Hermanas de Caridad». «...para que estos permanecieran a nuestro lado, cobraran cariño a la misión y dejaran en nuestro poder a sus hijos para educarlos, era necesario ganarlos no solo con el cariño y buen trato, sino con todos aquellos medios que contribuyeran a hacer su vida menos pesada que la que hasta entonces habían llevado, esto es, fabricándoles casitas, proporcionándoles vestidos para cubrirse y alimentos».²⁸¹

De este modo, la misión de San Rafael se integra en un proyecto global de la Congregación Salesiana que tiende al cambio social. Según el pensamiento del fundador, los salesianos debían enfrentar el estado de pobreza de las masas populares aportando una solución en el ámbito de la juventud y de la niñez. San Juan Bosco piensa que un aporte para solucionar el problema social existente es la capacitación técnica de los hijos de los obreros. Por esto, organiza la enseñanza de la escuela vinculada al taller de capacitación y aprendizaje de un oficio. Con la ayuda de los Cooperadores, proporciona alimento y vestidos a sus niños. Pero no se detiene en lo asistencial, sino que su objetivo específico es ofrecer una solución al problema de tantas familias marginales por medio de la educación cristiana.

Este proyecto es el que aplican los misioneros en Dawson y es, desde esta perspectiva como se deben comprender todas las iniciativas, organizaciones y dinámica de la misión.

Complementando lo anterior, los misioneros ponen en práctica un estilo de pedagogía donde la presencia del educador tiene como objetivo implementar el «sistema preventivo», método que se traduce en la inserción y participación en la vida cotidiana de los indígenas, de tal modo que se haga posible el proceso educativo personal como consecuencia del acompañamiento. Esto era principalmente aplicado a los niños indios que formaban el internado de la misión. El misionero no queda distante y separado, sino que ejercita una presencia-educativa que lo hace convivir en forma sistemática con los indios. Esto dio origen a una vinculación de cariño muy intensa de los indios para con los misioneros y viceversa.

Los salesianos e Hijas de María Auxiliadora establecieron en la misión una presencia de autoridad y de valores educativos que creó un clima familiar fecundo. Ello les exigía compartir los lugares de reunión y descanso, someterse a los fuertes olores que emanaban de sus cuerpos untados de grasa, comer la misma comida y participar en sus juegos y diversiones.

Ciertamente, este clima de vida de familia hizo más trágico y doloroso para los misioneros la muerte de cada uno de esos jóvenes, en quienes habían depositado tantas esperanzas.

Esto mismo explica el que los pequeños éxitos sean proclamados con el entusiasmo de alguien que puede constatar un progreso en «la raza más desgraciada e infeliz que existe sobre la tierra»²⁸². El hecho de que los indios toquen instrumentos musicales es destacado por el *Boletín Salesiano* con el título: «De salvajes convertidos en artistas». Entre otras expresiones aparece ésta: «causa grande admiración a cuantos creían imposible la civilización de los salvajes fueguinos».²⁸³

En conclusión, los misioneros salesianos aplican a los jóvenes indígenas un modelo idéntico al que aplican a los hijos de los obreros y de clases populares en el resto del país. La educación cristiana y la capacitación técnica son la respuesta que proponen tanto para la acción misionera como para la acción social.

CONCLUSIONES

1. El estudio de la misión de San Rafael en Isla Dawson (1889-1911), nos permite adentrarnos en el tema de la colonización de Tierra del Fuego y del exterminio de los indios onas, que fue una de sus consecuencias.

El trazado de límites entre Chile y Argentina dividió artificialmente la gran isla de Tierra del Fuego. Ambos Gobiernos procuraron afianzar su soberanía y dominio sobre la parte que les era propia, asignando a colonos y pioneros tierras para su explotación. Los buenos resultados que ya estaba demostrando la crianza de ovejas despertaron el interés de particulares que, con préstamos extranjeros, organizaron compañías para desarrollar este rubro.

La ubicación alejada e inhóspita de este territorio y el desentendimiento del Gobierno de Santiago, agravado por la implantación del sistema parlamentario, dio como resultado que el Ministerio de Colonización no legislara en absoluto sobre la situación de los indígenas que habitaban esas tierras. Este vacío que dejó la autoridad central tampoco fue asumido por los gobernadores de Magallanes, lo cual hizo posible una serie de asesinatos y crueldades con los onas. Los misioneros guardaron en sus recuerdos el sabor amargo que les provocaba la impunidad con que se silenció en Chile este genocidio.

En nuestros días, el juicio de la historia es categórico y se alza con la fuerza condenatoria con que lo ha expuesto Gonzalo Vial: «Bajemos ahora la voz para narrar el exterminio de los fueguinos... yaganes o yámanas, alacalufes o halak-vulup y onas o selknam. Inertes y pacíficos, pescaban en los canales del extremo sur o vagaban cazando en la Tierra del Fuego. Durante este período se extinguieron. Los mataron nuestras manos republicanas, no el 'cruel conquistador' legendario. Tuvo parcialmente la culpa una intención buena, aunque homicida: la de civilizarlos. Misioneros y funcionarios compitieron en hacerlos vivir como europeos. Los congregaron, pues, y les dieron vestidos, alimentos y costumbres occidentales. Mas por allí llegaron, también, los desconocidos vicios y enfermedades del hombre blanco: el alcohol, la sífilis, el sarampión, la tuberculosis, y con ellos, la muerte masiva. Pero igualmente —si hablamos de los nobles y hermosos onas— hubo asesinato deliberado. Los buscadores de oro, y después los ovejeros —cuyos 'guanacos blancos' eran,

para el selknam, sólo el lógico y justo reemplazo del auténtico guanaco, expulsado por el ovino— mataron al indio sistemáticamente, a tiros (en auténticas cacerías), o azuzándole perros feroces o con carnes envenenadas, o deportándolo y vendiéndolo como esclavo...». ²⁸⁴

Dentro de esta situación real y concreta, el superior de los misioneros salesianos, Mons. Fagnano, escogió la Isla Dawson para establecer allí la misión. Pensó que esta isla del estrecho daba posibilidad para que llegasen los alacalufes con sus canoas y, mediante alguna embarcación, trasladar a los onas, alejándolos de los pastores asesinos de Tierra del Fuego.

La tragedia de los onas es vivida intensamente por los misioneros. La elección de la isla como sede de la misión fue algo impuesto por la situación histórica. El modo cómo se realizó la colonización de Tierra del Fuego obligó a buscar un lugar alternativo fuera de la Isla Grande.

2. La realización de todo lo que significó levantar y sostener las misiones de San Rafael y el Buen Pastor es expresión del empuje que tiene en ese momento el grupo católico conservador chileno. Por medio de sus representantes en el Parlamento, obtienen una subvención estatal para los misioneros y, a través de sus erogaciones particulares, se logró implementar gran parte de los diversos gastos que demandaba la misión.

La preocupación por la evangelización de los indios fueguinos surge en los centros católicos del país como una manifestación del apostolado misionero, preocupado de incorporar al cristianismo nuevos adeptos.

Por circunstancias propias de la pugna entre católicos-conservadores y librepensadores-laicistas, se suscitó una polémica que puso en tela de juicio la bondad de la experiencia de Dawson versus la realizada en Punta Arenas por Don Manuel Señoret u otros proyectos, que solo quedaron en el papel. Sin embargo, el problema central que era la masacre de los indios en Tierra del Fuego y su destino no lograron despertar una discusión a nivel nacional. Incluso hubo mayor debate público en torno a la supuesta riqueza de los salesianos

que a la responsabilidad que les cabía a todos los criminales y asesinos de los onas.

En gran parte esto se produce como efecto del aislamiento y la dificultad de comunicación en todo sentido en que se ubicaba el escenario de los acontecimientos, lo cual permitió la impunidad de todo tipo de arbitrariedades. A ello se deben agregar los intereses económicos en juego.

El esfuerzo que el catolicismo chileno realizó en ayuda de los pobres indígenas fueguinos es significativo. Es cierto que los salesianos traían como encargo de su fundador el dedicarse a misionar los indios del extremo austral, pero a ello se unió el respaldo que el grupo católico-conservador les ofreció, traduciendo así un interés propiamente nacional.

3. La investigación de las diversas alternativas históricas que tuvo la misión, su vida cotidiana y su desarrollo nos acercan a un capítulo sobre las misiones en Latinoamérica que es de gran interés. Desde luego, significa analizar las condiciones en las cuales se incorporan a la civilización cristiana pueblos que durante el período hispánico habían quedado al margen de la civilización y que solo vienen a ser incorporados ya en el período de las nuevas repúblicas, lo que muchas veces significó sufrir la marginación y el despojo de sus tierras.

Estas regiones del «paganismo olvidado» forman parte de un gran desafío que la Iglesia latinoamericana debe asumir. El respeto por los derechos humanos de los grupos étnicos nos hace afirmar que la extinción de los onas no es el único crimen cometido por nuestros Gobiernos latinoamericanos.

4. Aparentemente, la misión de Dawson concluyó en nada. Más que un fracaso, el esfuerzo de los misioneros debe ser analizado desde la perspectiva cristiana de la teología de la cruz.

La extinción inexorable de los onas fue en cierto sentido acelerada al reunirlos en las casas de la misión. Sin embargo, frente a los asesinatos sistemáticos de los cuidadores del ganado, frente a la «política de omisión» de las autoridades públicas, al contagio de diversas enfermedades que el contacto con los blancos les provocaba y al

atraso de la medicina, especialmente en esas regiones, la misión de Isla Dawson se yergue como una empresa heroica del cristianismo, donde el ocaso de una raza no disminuye el gesto martirial del misionero. Con gran acierto ha escrito Benjamín Subercaseaux: «No fue su culpa si llegaron tarde para salvar una raza agonizante. Como sea, aliviaron sus padecimientos y fueron una avanzada benéfica en esas soledades».²⁸⁵

En este aspecto, los escritos y documentos dejados por los misioneros manifiestan una intensidad muy grande de vivencias humanas y de reciprocidad entre salesianos e indígenas. El espíritu de familia, vivido en el devenir cotidiano de la misión, supera la enfermedad y la muerte, haciendo de ella un holocausto pleno de fe. El nombre de los salesianos se ha unido al de los onas y alacalufes en una acción apostólica que se prolongó aún muchos años después de acabada la misión de Dawson. Son varios los misioneros salesianos que continuaron atendiendo a los indios, recorriendo en sus canoas los canales del sur para evangelizar los núcleos dispersos de sobrevivientes.

El 7 de junio de 1912, el Papa Pío X escribía la Carta Encíclica: *Sobre la condición de los Indios de la América Latina*. En ella recomendaba a los episcopados velar por los naturales, pues había recibido noticias de que se los estaba exterminando en la forma más inhumana.²⁸⁶

BIBLIOGRAFÍA Y SIGLAS

I. Fuentes Impresas

- Actas del 6° Congreso de Cooperadores Salesianos, Santiago, 1909.
- Anuario de Colonización, Santiago, 1902
- Ardemagni, Mirko, *Terra del Fuoco*, Milán, 1929.
- Beauvois, José María, *Los shekman*, Buenos Aires, 1915.
- Bertini, Carolina, *Resumen histórico de las misiones salesianas*, del Venerable Don Bosco, Turín, 1925.
- Bird, Junius, *Los alakalufes*, Handbook of South American Indian, New York, 1946.
- Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización*, Santiago, 1896, 1897, 1898.
- Boletín Eclesiástico*, Santiago, 1839-1926.
- Boletín Salesiano*, Turín (Italia), 1887 a 1921.
- Bonacic-Doric, B. Luka, *Resumen histórico del Estrecho y la Colonia de Magallanes*, Punta Arenas, 1939.
- Borgatello, Maggiorino, *Madre Angela Vallese*, Turín, 1949.
- *Nella Terra del Fuoco*, Turín 1924.
- *Nozze d'Argento*, 2 vol., Turín, 1921.
- *Patagonia Meridionale e Terra del Fuoco*, Turín, 1929.
- *Virginio de Florio-Nobleza y grandeza*, Turín, 1926.
- Braun Menéndez, Armando, *Pequeña historia fueguina*, Buenos Aires, 1971.
- *Pequeña historia magallánica*, Buenos Aires, 1937.
- Bridges, Lucas, *El último confín de la Tierra*, Buenos Aires, 1952.
- Caillet, Teodoro, *El fin de una raza de gigantes*, Buenos Aires, 1944.
- Calvi, Juan Bautista, *La civilización en las regiones magallánicas y las misiones salesianas*, Turín, 1935.
- Cañas Pinochet, Alejandro, *Geografía de la Tierra del Fuego*, Santiago, 1894.
- Carbajal, Lino del Valle, *Las misiones salesianas*, Turín, 1900.
- Catálogos de los Eclesiásticos de ambos cleros; casas religiosas; iglesias y capillas*, Santiago, 1911.

- Cavada, Francisco J., *Historia centenaria de la diócesis de San Carlos de Ancud*, Santiago, 1940.
- Censo de la República de Chile*, levantado el 28-XI-1907, Santiago, 1908.
- Ceria, Eugenio, *Anales de la sociedad salesiana*, 3 vols., Turín, 1941-46.
- Cifuentes, Abdón, *Colección de discursos*, 2 vols. Santiago, 1916.
- *Memorias*, 2 vols., Santiago, 1936.
- Coiazzi, Antonio, *Los indios del archipiélago fueguino*. En *Revista chilena de historia y Geografía*, IX, N°13, pp. 5-51, Santiago, 1914.
- De Agostini, Alberto, *Magallanes y los canales fueguinos*, Turín, 1960.
- *30 años en Tierra del Fuego*, Buenos Aires, 1956.
- Durán, Fernando, *Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, 1893-1945*, Valparaíso, 1943.
- Edwards Bello, Joaquín, *Tres meses en Río de Janeiro*, Santiago, 1911.
- Elenco de la Sociedad de San Francisco de Sales-América*, Turín, 1889-1910.
- Emperaire, Joseph, *Los nómades del mar*, Santiago, 1963.
- Entraigas, Raúl, *El apóstol de la Patagonia*, Rosario (Argentina), 1956.
- *Monseñor Fagnano*, Buenos Aires, 1945.
- *Una flor entre hielos*, Buenos Aires, 1947.
- Espinoza, Enrique, *Geografía descriptiva de la República de Chile*, Santiago, 1903.
- Eyzaguirre, Jaime, *Chile durante el Gobierno de Errázuriz Echaurren, 1896-1901*, Santiago, 1957.
- Fagalde, Alberto, *A la memoria de don Manuel Señoret*, Santiago, 1900.
- Figueroa, Pedro Pablo, *Diccionario Biográfico de Chile*, Santiago, 1901.
- Fuentes Rabe, Arturo, *Tierra del Fuego*, 2 vols., Valdivia, 1943.
- Gallardo, Carlos, *Los onas*, Buenos Aires, 1910.
- Giaccomini, Pedro, *Monseñor Fagnano, primero y último prefecto apostólico de la América Austral*, N° 160, Buenos Aires, 1944.
- Guerrero Bascuñán, Mariano, *Memoria del delegado del Supremo Gobierno en el territorio de Magallanes*, 2 vols., Santiago, 1897.
- Gusinde, Martín, *Die Selk'nam*, Wien, 1931.
- *Expedición a Tierra del Fuego*, Santiago, 1979.

- *Hombres primitivos en la Tierra del Fuego*, Sevilla, 1951.
- *Publicaciones del Museo de Etnografía y Antropología de Chile*, Tomo IV, N°1-2, Santiago, 1924.
- Holmberg, Eduardo, *Viaje al interior de la Tierra del Fuego*, Buenos Aires, 1906.
- Izarnótegui, Julio, *El gobernador de Magallanes, capitán de navío, don Manuel Señoret ante la prensa*, Santiago, 1896.
- Krebs, Ricardo, *Catolicismo y laicismo. Las bases doctrinales del conflicto entre Iglesia y Estado en Chile, 1875-1885*. Santiago, 1881.
- Kusmanich B. Simón. *Presencia salesiana. 100 años en Chile. Los inicios: 1887*, Santiago 1987.
- Laming, Annete, *En la Patagonia confín del mundo*, Santiago, 1957.
- Lipschutz, Alejandro, y Mostny, Grete, *Cuatro conferencias sobre los indios fueguinos*. En *Revista Geográfica*, Santiago, 1950.
- Marabini, Pedro, *Los salesianos del sur*, Buenos Aires, 1906.
- Martinic, Mateo, *Panorama de la colonización en Tierra del Fuego entre 1881 y 1900*. En *Anales del Instituto de la Patagonia* IV, 1973, pp. 5-69.
- *Política indígena de los gobernadores de Magallanes, 1843-1910*.
- En *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. X, 1979, pp. 7-58.
- *Reconocimiento geográfico y colonización de Última Esperanza, 1870-1910*.
- En *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. V, 1974, pp. 5-53.
- Massa, Lorenzo, *Monografía de Magallanes*, Valparaíso, 1945.
- Memoria del ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización presentada al Congreso Nacional en 1894-1902*, Santiago.
- Memoria que el gobernador de Magallanes presenta al ministro de Colonización en 1895*, Santiago, 1895.
- Migone, Mario, *Mons. Fagnano*, Buenos Aires, 1933.
- *Un héroe de la Patagonia*, Buenos Aires, 1935.
- Navarro Avaria, Lautaro, *Censo general del territorio de Magallanes*, Punta Arenas, 1908.
- Necrologio salesiano, 1864-1950*, Turín, 1951.
- Oyarzún, Aureliano, *Los onas o selknam de la Tierra del Fuego*, Santiago, 1933.

Pittini, Ricardo, *Memorias salesianas de un arzobispo ciego*, Buenos Aires, 1949.

Rham, G., *Informe sobre los onas*. En *Revista del Instituto Bacteriológico de Chile*, octubre 1931, p. 24 y ss.

Ross, Agustín, *Memorial presentado al Congreso por el Sr. Agustín Ross, albacea sobre cumplimiento del testamento de Doña Juana Ross de Edwards*, Valparaíso, 1915.

Schythe, Jorge, *El territorio de Magallanes y su colonización*, *Anales Universidad de Chile*, julio, 1855, Santiago.

Segall, Marcelo, *Desarrollo del capitalismo en Chile, Cinco ensayos*, Santiago, 1953.

Sesiones del Congreso, Cámara de Senadores, Cámara de Diputados, 1887-1912.

Steward, Julian H., *Handbook of South American Indians*, vol. I, *The Marginal Tribes*, New York, 1963.

Valencia Avaria, Luis, *Anales de la República*, 2 vol., Santiago, 1951.

Valle, Carmen, *Amalia Errázuriz de Subercaseaux*, Santiago, 1934.

Vera, Robustiano, *La Colonia de Magallanes y la Tierra del Fuego*, Santiago, 1897.

Vial, Gonzalo, *Historia de Chile (1891-1973)*, 4 vols., Santiago, 1981.

Videla Alfredo, *Don Bosco en Chile. Notas para una historia de los salesianos en Chile*, Santiago, 1983.

Zenteno Barros, Julio, *Recopilación de leyes y decretos supremos sobre colonización 1810-1896*, Santiago, 1896.

II. Periódicos (revisados del período 1887-1920)

—*Diario Oficial*. Desde 1877, Santiago.

—*El Chileno*. De 1883 a 1924, Santiago.

—*El Estandarte católico*. De 1874 a 1890, Santiago

—*El Magallanes*. Desde 1894, Punta Arenas

—*El Mercurio*. Desde 1827, Valparaíso

—*El Porvenir*. Desde 1891 a 1906, Santiago

—*La Ley*. De 1894 a 1910, Santiago

—*La Libertad Electoral*. De 1886 a 1901, Santiago

—*La Razón*. De 27-X-1894 a 6-VI-1895, Punta Arenas

—*La Unión*. De 1885 a 1973, Valparaíso

III. Archivos consultados

- Archivo Arzobispado de Santiago
 - *Correspondencia de don Alejo Infante
- Archivo del Colegio María Auxiliadora, Punta Arenas
 - *Crónica de Dawson
- Archivo Don Bosco, Buenos Aires
 - *Documentos varios.
- Archivo Inspectoría Salesiana, Santiago.
 - *Cartas de Mons. José Fagnano
 - *Diario de la misión
 - *Massa, Lorenzo, *Bosquejo histórico*, 2 vols.
- Archivo Intendencia Magallanes.
 - *Congregación Salesiana.
 - *Ministerio Relaciones Exteriores, Culto y Colonización.
 - *Varios.
- Archivo Museo Salesiano, Punta Arenas.
 - *Carnino, Luis, *Apuntes Históricos*.
 - *Informes de Dawson.
- Archivo Nacional, Santiago.
 - *Registro Notarial de Punta Arenas
- Archivo Obispado de Punta Arenas.
 - *Carpeta Rector Mayor.
 - *Correspondencia Oficial.
- Archivo Salesiano de Turín.
 - *Apuntes de Mons. José Fagnano.
 - *Documentos de Don. Miguel Rua.
 - *Visita de Don. Pedro Berruti.

IV. Siglas

- Arch. Insp.: Archivo Inspectoría Salesiana, Santiago.
- Arch. I. M. : Archivo Intendencia de Magallanes.
- C. S.: Congregación Salesiana.
- Arch. Sal. P.A.: Archivo Museo Salesiano, Punta Arenas.

— Arch. Obisp. P.A. : Archivo Obispado de Punta Arenas.

— Arch. Sal. Turín: Archivo Salesiano de Turín.

ÍNDICE DE PERSONAS Y LUGARES

Los números indican las páginas abiertas (sin corchetes); los que van puestos entre paréntesis corresponden a notas de esa página. Los nombres puestos en letra redonda son de personas; los en versalita, de lugares.

ÁFRICA: 143

AGUA FRESCA: 28

Albera, Pablo: 123, 137, 138

Alcérrega, Pedro Felipe: 132, 134

Alcorta, Amancio: 74, 76

Alejandra (ona): 113

Almarza (escribano): 132

ANCUD: 11, 14, 15, 17, 19, 20, 26, 40, 112

Antonio (capitán): 34, 36, 40

Antonito (niño): 114, 115, 139

Apolonia (ona):

Aquino, León: 115

Aranio (doctor): 57

ARAUCANÍA: 43, 60

Arrighini, José: 98

Astorga, José Ramón: 10, 16

Aasini, Juan: 108, 110, 114, 115, 120, 124

Audisio, José: 23, 24

BAHÍA GENTE GRANDE: 24

BAHÍA HARRIS: 24, 29, 31, 35, 41, 82, 98, 103, 112

BAHÍA INÚTIL: 24, 63, 73, 82

BAHÍA WILLIS: 24, 29, 101

Balmaceda, José Manuel: 19, 25, 26, 29, 31, 36, 39

Barra, V.A.: 64, 88

Barros Borgoño, Luis: 65
 Barros Luco, Ramón: 56, 135
 Beauvoir, José: 39, 40, 45, 145
 Bergia, Bartolomé: 98, 99
 Bernabé, Juan: 51, 86, 87, 95, 96, 98, 104, 136, 138
 Bilbao, Francico (ona): 79
 Blaitt, Fernando: 17
 Blanchard, Manuel: 96
 Blanco Viel, Ventura: 103, 104
 Blaya, Roque: 136, 138, 140
 Blest Gana, Alberto: 12
 Bocco, Francisco: 110, 116
 Borgatello Maggiorino: 7, 75, 145
 Bories, Carlos: 92, 102, 103, 125
 Botto, José (Feliz): 126, 139
 Braun, Mauricio: 73
 Bridge, Tomás (pastor): 14
 BUENOS AIRES: 7, 17, 22, 27, 60, 61, 74, 104, 141
 CABO BOQUERÓN: 82
 CABO SANTO DOMINGO: 76
 Cagliero, Juan (Mons): 15, 17, 18, 22, 23, 47, 61
 CALETA JOSEFINA: 82
 Canales, Domingo: 85, 86, 87, 88
 CANAL GABRIEL: 31
 CANAL WHITESIDE: 31
 Cañas, Blas: 10, 11, 13, 16
 Capello (capitán): 38
 Carnino, Luis: 34, 87, 98, 115, 124, 129, 146
 Casanova, Guillermo: 96
 Casanova, Mariano (Mons): 17, 18, 19, 23
 Casanova, Rafael: 42
 Castellón, Juan: 35, 37, 41, 43
 Cifuentes, Abdón: 10, 11, 21, 42, 43

- Colombo, Francisco: 98
 Colón, Cristóbal: 45
 CONCEPCIÓN: 16, 17, 18, 41, 77
 Concha Subercaseaux, Carlos: 104
 Correa, Antonieta: 96
 Crema, José: 117
 Cruz, Domingo: 17
 Cruz, Manuel: 66, 73, 89
- Dabbene, Catalina: 101
 Daghero, Catalina: 100
 DALCAHUE: 40
 Dalmazo, Santiago: 98
 Daniel, Marquitos de: 127
 De Agostini, Alberto: 116
 Del Frate, Celestino: 10, 14
 Del Turco, Guillermo: 50
 De Paula Solar, Francisco: 11, 14
 De Paula Taforó, Francisco: 12
 Díaz (agrimensor): 75
 Díaz Besoain, Joaquín: 39
 Díaz, Ramón (ona): 127
 DON BOSCO: 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 18, 19, 20, 25, 26, 31, 36,
 58, 77, 113, 142, 144, 149
 Donoso, Cándida: 121
 Donoso, Salvador: 21
 Durando, Víctor: 103
- Edwards Bello, Joaquín: 74
 Edwards, Benjamín: 21
 Entraigas, Raúl: 7
 ESPAÑA: 142
 Esperanza, José (indio): 108, 112
 Errázuriz, Crescente (Monss): 10
 Errázuriz Echaurren, Federico: 95, 103, 104, 105, 106

- Errázuriz, Isidoro: 42
- Errázuriz, Maximiliano: 21
- ESTRECHO DE MAGALLANES: 25, 30, 31, 45, 47, 72, 100, 105, 141
- EUROPA: 14, 24, 25, 95, 141, 142, 143, 145
- Eyzaguirre, Elisa: 96
- Eyzaguirre, Rafael: 13, 14, 16, 20, 21, 22, 26, 27, 29
- Fabres, José Clemente: 41
- Fagnano, José(Mons): 7, 15, 18, 19, 20, 22, 23, 24, 26, 28, 29, 30, 31, 36, 37, 38, 39, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 59, 60, 62, 66, 67, 72, 73, 74, 76, 77, 80, 91, 92, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 107, 110, 117, 119, 124, 125, 127, 128, 131, 132, 133, 134, 135, 137, 138, 142, 146, 149, 152
- Fernández Concha, Domingo: 21
- Ferrero, Antonio: 23, 29, 34, 36, 38
- Fierro, Rufina: 120
- Flores, Gabriel (Mons): 40
- Florio, Virginia de: 120, 126, 139
- Fogerini, Santiago: 113, 114
- Forcina, Francisco: 39, 40, 114, 115, 128, 139
- FRANCIA: 142, 145
- Freire, Francisco: 19, 21
- Fuente N., Ramón Moisés de la: 131, 132, 133, 134, 135
- Fuentes, Pedro: 113
- Gallo, Pedro León (ona): 79
- Gama, Pedro: 108, 115, 139
- García Huidobro, Vicente: 21
- GENOVA: 45, 143
- GENTE GRANDE: 92, 164
- GOLFO DE PENAS: 24
- Griffa, Fortunato: 23
- Grosso, Antonio: 116
- Guerrero, Bascuñan, Mariano: 88, 91, 102

- Gusinde, Martín: 7, 75, 76
- Heede, Carlos: 64
- Holley, Adolfo: 40
- Infante Concha, José Ignacio: 12
- Infante, José Alejo: 12, 13, 14, 16
- INGLATERRA: 64
- Irrázabal, Manuel José: 21
- Ishlop, Sam: 76
- ISLA GRANDE:
- ITALIA: 45, 116, 138, 142
- Jacinto (indio): 36
- Jara, Ramón Angel (Mons): 13, 19, 20, 112, 144
- Kuzmanick, Simón: 8
- LA CANDELARIA: 48, 99, 136, 137, 140
- Larraín Gandarillas, Joaquín (Mons): 12, 13, 16
- Larraín Patricio: 21
- Laura (india): 115
- León XIII: 15, 142
- LINARES: 18
- Lira, Rupertina: 96
- LONDRES: 12
- LOS ÁNGELES: 18
- Lucero, Juan Agustín: 17, 19, 20, 21, 23, 26, 27
- Lyon, Carlos: 21
- Mac Lenan: 73, 76
- Magalhaes Francisco: 7, 132, 138
- MAGALLANES: 11, 14, 15, 16, 19, 20, 21, 24, 26, 27, 28, 30, 36,
37, 41, 42, 59, 63, 66, 68, 78, 79, 80, 83, 85, 88,
89, 92, 95, 96, 97, 99, 100, 102, 105, 107, 116,
131, 132, 133, 134, 141, 143, 146, 148

MALVINAS ISLAS: 15, 42, 142
 Marabini, Pedro: 103, 132, 134
 Marcoleta, Pedro N: 21
 Marmo, Arcángela: 100, 101
 Martínez, Vicente: 114
 Martinic, Mateo: 7, 79
 Massa, Lorenzo: 35
 Matta, Manuel Antonio: 40, 79
 MELIPILLA: 55
 Meneci, Francisco: 114, 131
 Menéndez, José: 75
 Michetti, Filomena: 37, 117, 118
 Middleton, Florencio: 125
 Miguel (indio): 34
 Molina C., Rafael (Mons): 15
 MONTEVIDEO: 117
 Montt, Jorge: 40, 48, 50, 63, 104
 Montt, Pedro: 144
 Moreschi, Luis: 114, 115
 Motter, Benjamín: 98, 99
 NAVARINO, ISLA: 63, 89
 Navarro Avaria, Lautaro: 32, 51, 59, 60, 66, 79
 Navarro, Silvestre: 40
 Nordenskjold, Otto (científico): 53
 Núñez, José Abelardo: 48, 102
 Ocelli, Bernardino: 114, 139, 140
 Ossa, Macario: 39
 Palacios Zapata, Carlos: 104
 PARAGUAY: 148
 PARÍS: 10, 12
 PATAGONIA: 12, 15, 27, 48, 69, 75, 76, 91, 131, 142, 145

- Pelissetti, Catalina: 100
 Pereira, Cotapos, Luis: 40
 Pereira, Marcelino: 96
 PIA MONTE: 33
 PICO NOSE: 82
 Pino, Jorge: 87
 Pfo IX: 142
 Pfo X: 142, 154
 Pistone, Bartolomé: 34, 38, 95, 98
 Pittini, Ricardo: 136
 Pleiteado, Francisco de Paula: 55, 56, 57, 58, 77, 137
 Popper, Julio: 76
 PORVENIR: 24, 92
 Prado, Miguel: 21, 31
 PUERTO HARRIS: 98, 102
 PUERTO PORVENIR: 82
 PUERTO TORO: 63
 PUNA DE ATACAMA: 104
 PUNTA ARENAS: 7, 14, 15, 19, 23, 24, 25, 26, 27, 29, 30, 31, 32,
 35, 36, 39, 40, 41, 42, 43, 45, 47, 48, 49, 51, 57,
 58, 59, 60, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 69, 71, 73, 77,
 78, 79, 86, 87, 88, 89, 92, 96, 98, 100, 102, 104,
 110, 111, 112, 113, 116, 117, 118, 120, 126, 127,
 131, 135, 136, 139, 141, 145, 146, 148, 152
 PUNTA SAN PABLO:
 PUNTA SAN VALENTÍN: 38, 99, 101, 111, 122
 Raimondo, Santiago: 99
 Ramírez (familia) : 32
 Recabarren : 56
 Ricaldone, Pedro: 110
 RÍO DE LA MANO: 64, 66
 RÍO GALLEGOS: 99
 RÍO GRANDE: 7, 45, 53, 81, 82, 137, 139, 140
 RÍO HARRIS: 16
 RÍO MARAZZI: 82

- RÍO SECO: 64
- RÍO TRES BRAZOS: 64
- Roca, Julio: 104
- Rodríguez, Enrique: 135
- Rodríguez, Leoncio: 73
- ROMA: 9, 10, 11, 12, 13, 143
- Ross, Agustín: 42, 71
- Rossi II: 114
- Rosso, Pedro: 99
- Rousseau (científico): 38
- Rozas, Ramón Ricardo: 65
- Rua, Miguel: 45, 50, 97, 112, 118, 124, 125
- Rubio, Carmela: 115
- Ruffino, Luisa: 37, 117, 118
- Saavedra, José Ramón: 21
- Saboya, Luis de: 100
- Salas, Hipólito: 10, 11
- Sampaio, Francisco: 23, 27, 28
- Sánchez, Erminia: 101, 120
- SAN SEBASTIÁN: 61
- Santa María, Domingo: 14
- SANTIAGO: 8, 12, 13, 14, 16, 17, 18, 19, 20, 22, 30, 38, 39, 40, 42, 43, 55, 59, 60, 74, 78, 137
- SAN VALENTÍN: 113
- Savarino, Pedro: 99, 113
- Selva, Ignacio: 87
- Señoret, Manuel: 49, 58, 59, 63, 64, 66, 67, 68, 73, 78, 79, 80, 81, 82, 85, 86, 88, 89, 91, 95, 97, 101, 104, 146, 152
- Serrano M, Ramón: 67
- SIERRA CARMEN SILVA: 76
- Sikora, Juan: 98, 99, 113
- Silva, Andrés: 87, 96, 112
- Silva, Fortunato: 112
- Silva, Ramiro A.: 64

- Silva Vildósola, Carlos: 104
- Silvestro, Juan B.: 29, 34, 35, 139
- Spreafico, Santiago: 116
- Stubensauch, Rodolfo: 64
- Subercaseaux, Benjamín: 154
- Subercaseaux, Ramón: 22
- TALCA: 16, 18, 19, 55, 77
- TALCAHUANO: 101
- Tapparello, Antonieta: 101, 120
- Tarable, Antonio: 99, 107, 108, 109
- Téllez (familia): 32
- Thompson, Taylor: 42
- TIERRA DEL FUEGO: 13, 14, 15, 16, 20, 21, 22, 25, 27, 29, 30, 31, 35, 36, 42, 43, 46, 47, 57, 58, 62, 63, 64, 66, 67, 69, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 78, 79, 82, 85, 86, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 102, 105, 106, 115, 116, 123, 131, 136, 137, 140, 143, 147, 148, 151, 152
- TIERRA DEL FUEGO ISLA DE: 7, 24, 32, 45, 79, 80, 81, 89, 91, 92, 151, 152
- Toro José: 124
- TURIN: 7, 10, 11, 12, 16, 37, 45, 100, 116, 124, 137, 140, 143
- ÚLTIMA ESPERANZA: 133, 134
- USHUAIA: 78, 110
- Valdés, Simón: 96
- Valdivieso, Rafael Valentín: 10, 12
- Valdivieso, Samuel: 28, 37
- Valenzuela, Silvestre: 127
- Valgimigli, Juana: 101, 120, 124
- Valledor, Joaquín: 21
- Vallese, Angela: 38, 100, 118
- VALPARAISO: 12, 16, 18, 22, 34, 65, 66, 72, 73, 77, 89
- Vals, Alejandro: 87
- Ven, Tomás: 127

- Vergara, Emilio: 132, 134, 135
 Vergara, Eugenio: 14
 Vergara, Juan de Dios: 21
 Vial, Blas: 21
 Vial (capitán): 138
 Vial, Gonzalo: 151
 Videla, Alfredo: 8
 Vuelto, Concepción: 129
 Vuelto, Miguel: 129
 Walker Martínez, Carlos: 39
 Young, Walter H: 135, 138
 Zanchetta, Marcos: 115
 Zirotti, Juan Bautista: 140

=====

NOTAS DE PIE DE PÁGINA

- ¹ . Krebs, Ricardo. «El pensamiento de la Iglesia frente a la laicización del Estado en Chile.1875-1885, p.67.
- ² . Videla, Alfredo. «Don Bosco en Chile. Notas para una historia de los salesianos en Chile». p. 14.
- ³ . Ibid., p.16.
- ⁴ . Abdón, Cifuentes, «Memorias, I, p. 300.
- ⁵ . Memorias Biográficas, vol. XII, p.661.
- ⁶ . Videla, A, o.c., p.20.
- ⁷ . Ibid., p.21.
- ⁸ . Carta de Don Alejo Infante, Turín, 30-XI-1880. En Archivo Seminario Pontificio.
- ⁹ . Carta de Don Alejo Infante, Roma, 16-V-1881, l.c.
- ¹⁰ . Videla, A., o.c., p.23.
- ¹¹ . Ibid., p.26.
- ¹² . Ibid., p.29.
- ¹³ . Ibid., p.30 y 31.
- ¹⁴ . Ibid., p.32.
- ¹⁵ . Ibid., p.34 ss.
- ¹⁶ . Ceria, Eugenio, «Anales de la Sociedad Salesiana», I, p. 605
- ¹⁷ . Entraigas, Raúl, «El Apóstol de la Patagonia», p. 309.
- ¹⁸ . Vial, Gonzalo, «Historia de Chile.1875-1885», vol.I, t.II, p.824.- Araneda, Fidel, «Historia de la Iglesia en Chile», p.618.
- ¹⁹ . Ver en: «Boletín Eclesiástico», vol., X, p.430; Diario «El Estandarte Católico», 29-IV-1888.
- ²⁰ . Carta del P. José Fagnano a Don Carlos Borjes del 9- VIII-1898, en Arch.I.M., C.S.
- ²¹ . En «Boletín Eclesiástico», X, p.205.
- ²² . Actas del VI Congreso de Cooperadores, p.125.
- ²³ . En «Boletín Eclesiástico», X, p.204.
- ²⁴ . Ibid., sección no oficial, p.43.
- ²⁵ . Valle, Carmen, «Amalia Errázuriz de Subercaseaux», p.79.
- ²⁶ . Carta de Mons. Fagnano, 5-XI-1887, en Borgatello M, «Le Nozze d'Argento» p. 132.

- 27 . Carta de Mons. Fagnano (s.f.), en Arch. Sal., Turín.
- 28 . Carta de Mons. Fagnano del 21-IX-1887, en Arch. Sal., P.A.
- 29 . Varios exploradores, en sus relatos de viaje, habían descrito las costumbres de estos indígenas, entre ellos: John Hawkesworth, «Relación de los viajes emprendidos para realizar descubrimientos en el hemisferio meridional» en Bibliotheca Indiana, vol. I. Madrid, 1957; Robert Fitz-Roy, «Narrative of the Surveying Voyages of His Majesty's Ships Adventure and Beagle», vol. I, Londres, 1839. Posterior al período de la misión Martín Gusinde escribe: «Die Feuerland Indianer», 3 tomos, Viena, 1931-32.
- 30 . En «Apuntes» de Mons. Fagnano. En Kuzmanich Simón. «Presencia salesiana. 100 años en Chile. Los inicios 1887», I, p.48.
- 31 . Ibid., I, 55.
- 32 . Ibid., 51.
- 33 . Ibid., 51 . 54.
- 34 . Carta del 12 de marzo de 1889, de Don Francisco Sampaio Gúzman al Ministerio de Relaciones Exteriores, Colonización y Culto, en Kuzmanich, o.c., I, 57.
- 35 . Ibid., 58.
- 36 . Ibid., 60 - 61.
- 37 . Carta Informe de Mons. Fagnano, 15-III-1889, en Borgatello, o.c., p.161.
- 38 . El decreto N° 2180 de 10-VI-1890 lleva la firma del presidente M.Balmaceda y del ministro de Relaciones Exteriores y Colonización Juan E.Mackenna, en Arch. I.M., C.S.
Además en: Zenteno Barros, Julio, "Recopilación de Leyes y decretos supremos sobre colonización, 1810- 1896", N° 128, p.230.
- 39 . Carta de Mons. Fagnano en el «Estandarte Católico» del 16-VII-1890.
- 40 . Carta de Mons. Fagnano al gobernador *don* Carlos Bories, 9-VIII-1898, en Arch. I.M., C.S.
- 41 . Carta de Mons. J. Fagnano, 15-III-1889, en «Boletín Salesiano», octubre 1889, p. 111.
- 42 . Carnino Luis. «Apuntes sobre la misión salesiana de la Isla Dawson». En Arch. Insp.
- 43 . Massa, Lorenzo: «Bosquejo histórico de la Inspección San Miguel, 1887-1937, p.476. En Arch. Insp.

44 . En: «El Estandarte Católico». Santiago 27 - X - 1889; «La Unión», Valparaíso, 25 - X - 1889; «La Patria», Valparaíso, 24 - X - 1889; «El Católico», Ancud, 31 - X - 1889.

45 . Carta de Mons. Fagnano al presidente Manuel Balmaceda, del 23 de marzo 1890, en Kuzmanich, o.c. 75, citando: Fagnano José, «Cuaderno de Apuntes» en Archivo Central Salesiano, Roma, Italia.

46 . En «El Estandarte Católico» Santiago, 13-X-1889.

47 . Carta de Fagnano, 3-V-1890, en Borgatello, o.c., I, p. 186.

48 . En «El Estandarte Católico», Santiago, 10-X-1889.

49 . Carta de Fagnano, 31-V-1890. Ibid., p. 196.

50 . Carta de Borgatello, 29-V-1890, Ibid., I, p. 197.

51 . Carta de Fagnano, 15-XII-1890. Ibid., I, p.219.

52 . Carta del 18-IV-1891. Ibid., I, p. 204.

53 . Carta del 20-VII-1891. Ibid., I, p.222.

54 . En el «Boletín Salesiano», diciembre, 1892, p.246.

55 . Sesiones del Senado. Sesión 13ª Ordinaria, 11-XII-1891. Ley de Presupuesto 1892, p.26.

56 . Sesiones del Senado. Sesión 23ª Extraordinaria, 21-XI-1892; Ley de Presupuesto 1893, p.23.

57 . Sesión del 21 de noviembre, 1892, p.328.

58 . Ibid.

59 . Valencia Avaria, Luis, II, p.339.

60 . Cifuentes, A., «Colección de Discursos», II, pp.128-134.

61 . Parte de estas actividades se pueden constatar en: «Registro Notarial de Punta Arenas», vol. 18 y ss., en Archivo Nacional, Santiago.

62 . Carta de Mons. Fagnano al presidente Jorge Montt, 1-II-1894, en Arch. Obisp. P.A.

63 . Borgatello, M., o.c., I, p.236. Mayores detalles e información sobre la biografía de Mons. Fagnano en: Entraigas, Raúl, «Mons. José Fagnano», Buenos Aires, 1945; Massa, Lorenzo, «Bosquejo Histórico» (inédito), en Arch. Insp.

64 . Borgatello, M., o.c., I, pp. 551-252.

65 . Carta del 1-VI-1893. Ibid., I, p.299.

66 . Carta del 19-II-1892, en «Boletín Salesiano», julio, 1892.

67 . Ambas cartas en «Boletín Salesiano», julio, 1892, pp. 109-110. Otros

- informes del «Boletín», noviembre, 1892, p. 169; enero, 1893, pp. 25-27; enero, 1894, p.15.
- 68 . Carta de febrero 1894, en Borgatello, o.c., p. 276. Carta de Fagnano al presidente Jorge Montt, 25-IV-1895, en Arch. Obisp. P.A.
- 69 . Carta del 27-IV-1894, en Borgatello, o.c., p.281.
- 70 . Carta de Mons. Fagnano a Abelardo Nuñez, 28-I-1893; 29-I-1894, en Arch.Insp.
- 71 . Carta de Borgatello, 25-IX-1894, en «Boletín Salesiano», octubre 1895, p.116.
- 72 . Carta de Mons. Fagnano al ministro Ventura Blanco, 25-I-1894, en «Memoria del ministro de Relaciones Exteriores presentada al Congreso Nacional en 1895», p.50.
- 73 . Carta de Mons, Fagnano al presidente Jorge Montt del 25-IV-1895. Ibid., p.57.
- 74 . Carta de Don Guillermo del Turco a don Rua, abril de 1895, en «Boletín Salesiano», octubre de 1895, p.233.
- 75 . Ibid.
- 76 . «La Isla Dawson: La misión Salesiana de San Rafael», en *El Magallanes*, 25-III-1894.
- 77 . L.N.A. «La Isla Dawson:La misión Salesiana de San Rafael», en *El Magallanes*, 25-III-1894; 1-IV-1894; 15-IV-1894.
- 78 . En *El Magallanes*, 15-IV-1894.
- 79 . Nordenskjöld, Otto, «Viaje al Polo Sur». Barcelona, 1904.
- 80 . Cámara de Diputados. Sesiones Extraordinarias N° 39, 40, 1895, pp.643 y ss.
- 81 . Se refiere a Don Manuel Recabarren Rencoret, quien fuera diputado por Talca y luego por Concepción.
- 82 . En «El Ferrocarril», Santiago, 9, 10 y 11 de enero de 1895.
- 83 . «Los Salesianos», en «El Chileno», 10-1-1895.
- 84 . «Algo sobre la Tierra del Fuego», en «La Ley», 9-II-1895.
- 85 . Ibid. Además, en «La Razón», 14-III-1895.
- 86 . «La Obra de los salesianos en la Tierra del Fuego», en *El Chileno*, 12-II-1895.
- 87 . «El Seno del Almirantazgo. Viaje de la «Magallanes»», en *El Magallanes*, 3-III-1895.
- 88 . «Los Salesianos en Tierra del Fuego», en *El Chileno*, 27-III-1895.

- ⁸⁹ . *El Magallanes*, en «La Razón». Punta Arenas, 7-II-1895.
- ⁹⁰ . «La Manzana 92 y los padres salesianos», en *El Magallanes*, 21-IV-1895.
- ⁹¹ . Carta de Mons. Fagnano, en «La Razón», 24-IV-1895.
- ⁹² . «Campo Neutral». en «La Razón», 25-IV-1895; 9-V-1895; 2-V-1895.
- ⁹³ . En «La Ley», 5-V-1895.
- ⁹⁴ . «Carta a Monseñor Fagnano y a un amigo de los salesianos», en *El Magallanes*, Punta Arenas, 5-V-1895.
- ⁹⁵ . «Salesianos en la Tierra del Fuego», en «La Ley», 3-V-1895.
- ⁹⁶ . «Civilización y Barbarie» en «El Magallanes, Punta Arenas, 23-VI-1895.
- ⁹⁷ . «Misiones en Tierra del Fuego», en *El Magallanes*, Punta Arenas, 12-V-1895.
- ⁹⁸ . «Civilización y Barbarie» en *El Magallanes*, Punta Arenas, 16-VI-1895; 23-VI-1895. Ver, además, Carta del P. Mayorino Borgatello a los redactores de *El Magallanes*, *ibid.*, 30-VI-1895. «Misiones en Tierra del Fuego», *Ibid*, 7-VII-1895.
- ⁹⁹ . Carta del P. Fagnano al presidente de la Sociedad Explotadora, 16-V-1895, en Arch. Insp.
- ¹⁰⁰ . Documento en «La Libertad Electoral» del 23-XII-1895.
- ¹⁰¹ . Figueroa, Pedro Pablo, «Señoret, Manuel», en Diccionario Biográfico de Chile.
- Izarnótegui, Julio, "El gobernador de Magallanes, Capitán de Navío Don Manuel Señoret ante la prensa". Santiago 1896.
- ¹⁰² . «Indios Fueguinos» en *El Magallanes*, Punta Arenas, 28-VII-1895.
- ¹⁰³ . Carta de los misioneros al Sr. ministro, Punta Arenas, 18-VIII-1895, en Borgatello, o.c., I, p.321.
- ¹⁰⁴ . Serrano, Ramón, «La trata de indios en Magallanes», en «La Libertad Electoral», 23-XII-1895.
- ¹⁰⁵ . «Indios Fueguinos», en *El Magallanes*, Punta Arenas, 18-VIII-1895.
- ¹⁰⁶ . En «La Libertad Electoral», 23-XII-1895.
- ¹⁰⁷ . En *El Chileno*, Santiago, 8-XI-1895; 9-XI-1895; 10-XI-1895.
- ¹⁰⁸ . En «La Unión», Valparaíso, 1-XII-1895; *El Chileno*, 3-XII-1895.
- ¹⁰⁹ . Cámara de Senadores, Sesión 21^o Extraordinaria, 2-XII-1895.

- ¹¹⁰ . «En Punta Arenas», en «La Ley», 29-XI-1895.
- ¹¹¹ . «Matanzas y esclavitud de los indios en Magallanes» en El Chileno, 3-III-1895.
- ¹¹² . En «El Mercurio» de Valparaíso, 20-XII-1895.
- ¹¹³ . Carta del presidente del directorio de la Explotadora al gerente en Punta Arenas, del 19-I-1896, en Martinic, Mateo, «Colonización en Tierra del Fuego», p. 46.
- ¹¹⁴ . Los principales artículos publicados en la prensa chilena respecto a esta polémica, en el mes de diciembre de 1895, son:
- El Chileno, Santiago, 3-XII-1895; 10-XII-1895; 18-XII-1895; 26-XII-1895; 29-XII-1895; 31-XII-1895.
 - . «La Libertad Electoral», Santiago, 23-XII-1895; 28-XII-1895; 31-XII-1895.
 - . «El Mercurio» de Valparaíso, 20-XII-1895; 24-XII-1895.
 - *El Magallanes*, Punta Arenas, 22-XII-1895.
 - «La Unión» de Valparaíso, 1-XII-1895.
 - «El Porvenir», Santiago, 5-XII-1895.
 - «La Ley», Santiago, 5-XII-1895.
- ¹¹⁵ . «Monseñor Fagnano», en *El Magallanes*, Punta Arenas, 5-V-1895.
- ¹¹⁶ . «Lo de Magallanes», en El Chileno, Santiago, 10-XII-1895.
- ¹¹⁷ . Serrano, Ramón, «La trata de indios en Magallanes» en «La Libertad Electoral», Santiago, 23-XII-1895.
- ¹¹⁸ . Fagnano, José Mons., «La Cuestión de Magallanes», en El Chileno, Santiago, 29-XII-1895; 31-XII-1895; 1-I-1896; 3-I-1896; 4-I-1896.
- ¹¹⁹ . Datos, en El Chileno, Santiago, 18-IV-1896.
- ¹²⁰ . Carnino, Luis, «Apuntes históricos», p.9, en Arch. Sal. P.A.
- ¹²¹ . Señoret, Manuel, «Memoria del gobernador de Magallanes», p.6.
- ¹²² . Cámara de Senadores, Sesión 23^o, Extraordinaria, 21-XI-1892.
- ¹²³ . Martinic, Mateo, «Panorama de la Colonización de Tierra del Fuego», en Anales del Instituto de la Patagonia
- ¹²⁴ . Diario *El Magallanes*, 11-III-1894; 18-III-1894; 19-III-1894; 25-III-1894; 1^o-IV-1894; 8-IV-1894; 15-IV-1894; 13-V-1894; 2-IX-1894; 23-XII-1894.
- ¹²⁵ . «Sangrienta Tragedia» en *El Magallanes*, Punta Arenas, 11-III-1894.

- ¹²⁶ . Carta de Mons. Fagnano al presidente de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, Valparaíso, 16-V-1895, en Arch. Insp.
- ¹²⁷ . Martinic, Mateo, «Panorama de la colonización», p.43.
- ¹²⁸ . «Indios fueguinos», en *El Magallanes*, Punta Arenas, 6-II-1896.
- ¹²⁹ . Guerrero Bascuñán, Mariano, «Memoria sobre Magallanes», I, p.139.
- ¹³⁰ . Borgatello, M., I, pp.290 y ss.
- ¹³¹ . Edwards Bello, Joaquín, «Tres meses en Río de Janeiro». pp. 229 y ss.
- ¹³² . En «Apuntes de Mons. Fagnano» cuaderno 2, en Arch. Insp. citado por Kuzmanich, o.c., I, p.160.
- ¹³³ . Borgatello, o.c., I, p.308. Ver, además de pp. 305-313.
- ¹³⁴ . Ibid., p.332.
- ¹³⁵ . Gusinde, Martín, Datos al respecto:
- En "Boletín Salesiano", 4-IV-1921, p.106.
 - Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología", N° 1-2, 1924, pp.19 ss.
 - "Die Feuerland Indianer", I, p.161.
- ¹³⁶ . Gusinde, Martín, «Die Feuerland Indianer», I, p.158.
- ¹³⁷ . Ibid., p. 159.
- ¹³⁸ . Ibid.,
- Edwards Bello, Joaquín, "Tres meses en Río de Janeiro", pp. 229-231.
- ¹³⁹ . Cámara de Diputados de la Nación, sesión del 12-XII-1899.
- ¹⁴⁰ . Entre otros escritores que se refieren al exterminio de los indios Onas citaremos:
- Cañas Pinochet, Alejandro, "La Geografía de la Tierra del Fuego y noticias de la Antropología y etnografía de sus habitantes", pp. 379-382.
 - Fuentes Rabe, Arturo, "Tierra del Fuego", II, pp. 178-181.
 - Ardemagni, Mirko, "Terra del Fuoco", p.101.
 - De Agostini, Alberto, "x30 años en la Tierra del Fuego", p. 287.
 - Vial, Gonzalo, "Historia de Chile" vol.I, t. II, p.762.
- ¹⁴¹ . Decreto del 2-VI-1898; Decreto N° 236 del 20-VIII-1898, advierte que la extracción de los indios de Tierra del Fuego debe hacerse de acuerdo con el Cónsul de Argentina. En Arch. I.M. Ministerio de Rela-

ciones Exteriores.

- ¹⁴² . Cámara de Diputados, Sesión 39^o Extraordinaria, 23-I-1896
- ¹⁴³ . «Los Indios fueguinos, en *El Magallanes*, 2-I-1896; 5-I-1896; 9-I-1896.
- Ver además, en el mismo periódico: 12-I-1896; 16-I-1896; 19-I-1896; 23-I-1896; 30-I-1896; 6-II-1896; 7-II-1896; 9-II-1896; 23-II-1896.
- ¹⁴⁴ . En *El Magallanes*, 7-II-1896.
- ¹⁴⁵ . «Indios Fueguinos» en *El Magallanes*, 10-V-1896.
- ¹⁴⁶ . «Fueguinos», en *El Magallanes*, 5-IV-1896.
- ¹⁴⁷ . «Indios Fueguinos». *Ibid*, 14-V-1896.
- ¹⁴⁸ . En *El Chileno*, 14-I-1893.
- ¹⁴⁹ . Martinic, Mateo, «Política Indígena de los gobernadores de Magallanes 1843-1910» *Anales Inst. Patagonia*, X, p.42.
- ¹⁵⁰ . *Ibid.*, p.43.
- ¹⁵¹ . *Ibid.*, p.45.
- ¹⁵² . Señoret, Manuel, «Memoria», p.24.
- ¹⁵³ . *Ibid.*, pp.40-44.
- ¹⁵⁴ . Informe del 10-VI-1896, en Arch. I.M., C.S.
- ¹⁵⁵ . Informe del 22-II-1896, l.c.
- ¹⁵⁶ . Informe del 10-VI-1896, l.c.
- ¹⁵⁷ . Informe del 24-VI-1896, l.c.
- ¹⁵⁸ . *Ibid.*
- ¹⁵⁹ . Informe del 29-VII-1896, l.c.
- ¹⁶⁰ . Camino, Luis, «Apuntes Históricas», p.6, en Arch. Sal. P.A.
- ¹⁶¹ . Informe del 31-III-1896, en Arch. I.M., C.S.
- ¹⁶² . Guerrero, Mariano, «Memoria», p.139.
- ¹⁶³ . *Ibid.*, p.125.
- ¹⁶⁴ . *Ibid.*, pp.156-173.
- ¹⁶⁵ . *Ibid.*, p.163 y ss.
- ¹⁶⁶ . *Ibid.*, p.170.
- ¹⁶⁷ . En «Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización». Decreto N^o 132 del 2-VI-1898, p.318.
- ¹⁶⁸ . En *El Magallanes*, Punta Arenas, 4-VIII-1898; 7-VIII-1898.
- ¹⁶⁹ . Lleva la firma de J.J.Latorre y R.Correa, en Arch. I.M.

- Ver, además, Invitación de *don* Carlos Bories a Mons. Fagnano, 2-VIII-1898, en Arch. Sal. Turín.
- ¹⁷⁰ . En *El Magallanes*, 7-VIII-1898.
- ¹⁷¹ . En *El Magallanes*, 22-VII-1897.
- ¹⁷² . Carta de Mons. Fagnano del 4-V-1896, en «Boletín Salesiano», octubre, 1896.
- ¹⁷³ . Carta de Don Manuel Señoret, 7-II-1896, en Arch. I.M.
- ¹⁷⁴ . Carta de Mons. Fagnano a *don* Manuel Señoret, 27-V-1896, en Arch. I.M.
- ¹⁷⁵ . Carta del 12-V-1896; 22-VI-1886; 23-VI-1896 y 9-VII-1896, en Arch. I.M., C.S.
- ¹⁷⁶ . Carta de Mons. Fagnano a *don* Manuel Señoret, 13-V-1896, en Arch.I.M., C.S.
- ¹⁷⁷ . En *El Magallanes*, Punta Arenas, 14-V-1896.
- ¹⁷⁸ . Carta de *don* M. Señoret. Gobernación de Magallanes, N° 366 del 13-V-1896, en Arch. Sal. Turín.
- ¹⁷⁹ . Decreto del 5-X-1896, en Arch. I.M.
- ¹⁸⁰ . Carta de Don Miguel Rúa del 21-VII-1894, en Arch.Sal. Turín.
- ¹⁸¹ . Carta de Mons. José Fagnano, Punta Arenas, 10-VI-1896, en «Boletín Salesiano», enero 1897, p.9.
- ¹⁸² . Carnino, Luis, «Apuntes Históricos». p. 4, en Arch. Sal. P.A.
- ¹⁸³ . Ibid.
- ¹⁸⁴ . Carta de Mons. Fagnano, Punta Arenas, noviembre, 1899, en «Boletín Salesiano», mayo 1900.
- ¹⁸⁵ . Carta de Mons. Fagnano al Jefe de la Sección Culto y Colonización, Santiago, 23-X-1896, en Arch. Insp.
- ¹⁸⁶ . En *El Magallanes*, 11-VI-1896.
- ¹⁸⁷ . En *El Magallanes*, 18-VI-1896.
- ¹⁸⁸ . Carta de Mons. Fagnano del 10-VI-1896, en «Boletín Salesiano», enero 1897.
- ¹⁸⁹ . Carta de Mons. Fagnano, 1-VIII-1897, en Borgatello, «Nozze d'Argento», I, pp. 361-369. «Boletín Salesiano», enero, 1898.¹⁹⁰ . Carta del P. Borgatello, 12-I-1898, en Borgatello, o.c., I. pp. 386-391.
- ¹⁹¹ . Carta de Don Antonio Grosso, en «Boletín Salesiano», febrero 1897; Carta de Don Pedro Marabini, XII-1896, en «Boletín Salesiano», marzo 1897.; Carta de Mons. Fagnano, 15-VI-1897, Ibid., enero 1898; XI-

1897, *Ibid.*, abril 1898; Carta de M. Borgatello, 21-I-1898, *ibid.*, diciembre, 1898.

¹⁹² . Aceptación de la renuncia del gobernador de Magallanes. Decreto N° 551, Santiago, 22-I-1897. «Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización», I semestre, p.245.

¹⁹³ . Carta de Mons. Fagnano, 15-VI-1897, en «Boletín Salesiano», enero 1898.

¹⁹⁴ . Inspección general de Instrucción Primaria N°582, Valparaíso, febrero, 10 de 1898, en Arch. Sal. Turín.

¹⁹⁵ . Gobernación de Magallanes, Punta Arenas, 21-VII-1898. República de Chile, Ministerio de Relaciones Exteriores, Santiago, 26 de junio de 1899:

“Estimado Monseñor: Accediendo gustoso a sus deseos he pedido a mi colega el Sr. ministro de marina que disponga lo conveniente para que un escampavía de estación en Magallanes practique cada quince días una visita a la misión de San Rafael. V.Blanco”. En Arch. Turín.

Solicitud de visita de un médico cada 15 días. Carta de Fagnano al presidente Federico Errázuriz (30-V-1897), en Arch. Insp.

¹⁹⁶ . Carta de Mons. Fagnano a don Carlos Bories, 9-VIII-1898, en Arch. I.M., C.S.

¹⁹⁷ . Carta del ministro Ventura Blanco, 22-XII-1898. Decreto N° 475, en Arch. I.M.; Ministerio de Relaciones Exteriores. «Anuario de Colonización», Santiago, 1902, p. 583.

¹⁹⁸ . Carta de don Victor Durando, marzo 1899, en «Boletín Salesiano», septiembre 1899.

¹⁹⁹ . Lista completa en: Braun Menéndez, Armando. «Pequeña Historia Magallánica», p.173. Además en: *El Magallanes*, 14-II-1899; 17-II-1899.

²⁰⁰ . Silva Vildósola, Carlos, «Recuerdos de la entrevista de Magallanes», en «El Mercurio», Santiago, 25-V-1903.

²⁰¹ . Braun Meléndez, Armando, o.c., p.176.

²⁰² . El «Diario» fue rescatado por el autor de esta investigación desde el entretecho del antiguo Colegio San José de Punta Arenas. Está escrito por los directores correspondientes a esos años, esto es, 1910 por D. Luis Carnino y 1911 por don Marcos Zanchetta.

²⁰³ . Declaración del gobernador del 1°-VI-1891, en que refiere que se están extrayendo de la Hacienda Agua Fresca los 500 animales ordenados por el Sr. don José Tocornal, que se entregarán a los concesiona-

rios de Isla Dawson. Oficio N° 300 del 24-VIII-1891, dirigido al Ministerio de Colonización. Se declara ya la entrega de 170 animales. En Arch. I.M., Libros de Oficios 1887-1891.

²⁰⁴ . Informe del 6-XI-1901, en Arch. I.M. Apostadero Naval. 1896-1901.

²⁰⁵ . Carnino, Luis, «Apuntes Históricos», p.12, en Arch. Sal. P.A.

²⁰⁶ . Tarable, Antonio, «Manuscrito», en Archivo Don Bosco, Buenos Aires, Argentina.

²⁰⁷ . Carnino, Luis, «Apuntes Históricos», p.17, en Arch. Sal. P.A.

²⁰⁸ . «Diario de la misión», en Arch. Insp.

²⁰⁹ . Carnino, Luis, «Cuadros breves de la vida misionera». En Archivo Don Bosco, Buenos Aires, Argentina.

²¹⁰ . Berruti, Pedro. Visita extraordinaria, 1933. En Arch. Sal. Turín.

²¹¹ . Fagnano, José Mons., «Apuntes e impresiones». En Arch. Sal. Turín. El P. Pedro Ricaldone con su secretario *don* Antonio Candela visitaron Dawson en 1909.

²¹² . Crema, José. Informe de lista de víveres, 1902-1903, en Arch. Sal. P.A. Además, en «Diario de la misión», Arch. Insp.

²¹³ . Ibid.

²¹⁴ . Berruti, Pedro. Visita Extraordinaria 1933. En Arch. Sal. Turín.

Otra reforma eclesiástica canónica se realizó en 1908, cuando se separó la administración temporal entre los Salesianos y las Hijas de maría Auxiliadora. En el Consejo Inspectorial de San Miguel del 17 de julio 1908, se establecen las normas al respecto para San Rafael y sucursal de San Valentín. En Arch. Obisp. P.A., Carpeta N° 1. Rector mayor.

²¹⁵ . Carnino, Luis, «Apuntes Históricos», p.15, en Arch. Sal. P.A.

²¹⁶ . «Diario de la misión», 5-VII-1911, en Arch. Insp.²¹⁷ . Ibid.

²¹⁸ . Carnino, Luis, o.c., p.15, en Arch. Sal. P.A.

²¹⁹ . «Diario de la misión», días 18-VI-1911; 25-VI-1911; 1-VII-1911, en Arch. Insp.

²²⁰ . Ibid., 21-IV-1911.

²²¹ . Ibid., año 1911.

²²² . Ibid.

²²³ . Berruti, Pedro, Apuntes de su Visita Extraordinaria, en 1933. En Arch. Sal. Turín.

²²⁴ . «Diario de la misión», 26-IX-1910, en Arch. Insp.

- ²²⁵ . Ibid., ver días: 17-I-1910; 10-VII-1910; 18-VIII-1910; 7-XI-1910; 12-XII-1910; 18-19-20-XII-1910.
- ²²⁶ . Carta de *don* Raúl Entraigas, Buenos Aires, 13-IX-1963. En Archivo Don Bosco, Buenos Aires.
- ²²⁷ . Berruti, Pedro, «Apuntes en su Visita Extraordinaria en 1933». En Arch. Sal. Turín.
- ²²⁸ . Kuzmanich, o.c. p.129.
- ²²⁹ . «Profili di Missionari», Salesiani e Figlie di Marie Ausiliatrice», p.310.
- ²³⁰ . Crónicas H.M.A., Isla Dawson, en Archivo Colegio María Auxiliadora, Punta Arenas.
- ²³¹ . Ibid.
- ²³² . Sánchez, Herminia, Sor: «Apuntes de la misión de Dawson». Manuscrito. Arch. Insp.
- ²³³ . Kuzmanich, o.c. p, 131.
- ²³⁴ . Crónicas H.M.A., Isla Dawson, en Archivo Colegio María Auxiliadora, Punta Arenas.
- ²³⁵ . Ibid.
- ²³⁶ . «Rendicontos al Rector Mayor», San Rafael, 1905 al 1909. en Arch. Sal. P.A.
- ²³⁷ . Carta de Don Guzmano a Don Rua, 20-III-1901, en «Boletín Salesiano», diciembre, 1901.
- ²³⁸ . Carta de Mons. Fagnano, Punta Arenas, noviembre, 1899, en «Boletín Salesiano», mayo, 1900.
- ²³⁹ . Carnino, Luis, «Apuntes Históricos», p.8, en Arch. Sal. P.A.
- ²⁴⁰ . Fagnano, José, «Apuntes Año 1900», en Arch. Sal. Turín.
- ²⁴¹ . Solicitud de Mons. Fagnano, 12-IV-1898 y otras, en Arch. I.M., C.S. Anteriormente solicitud al presidente Federico Errázuriz, 30-V-1987, en Arch. Insp.-
- ²⁴² . Memoria del gobernador de Magallanes, 1º-IV-1902, en Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización presentada al Congreso Nacional», Santiago, 1902.
- ²⁴³ . «Apuntes de Mons. Fagnano», año 1900, en Arch. Sal. Turín.
- ²⁴⁴ . Carta de Mons. Fagnano, 27-X-1900, en «Boletín Salesiano», junio, 1901.
- ²⁴⁵ . Carnino, Luis, o.c., p.9, en Arch. Sal. P.A.

- ²⁴⁶ .Carta de M. Borgatello del 26-IV-1905, en Boletín Salesiano», octubre, 1905.
- ²⁴⁷ .Carnino, Luis, o.c., p.14.
- ²⁴⁸ .Carta de Mons. Fagnano del 27-X-1900, en «Boletín Salesiano», junio 1901.
- ²⁴⁹ .Carnino, Luis, o.c., p.18.
- ²⁵⁰ .Ibid., p.9.
- ²⁵¹ .Martinic, M., «Reconocimiento geográfico y Colonización de Última Esperanza, 1870-1910», pp. 5-53.
- ²⁵² .En «Diario Oficial». 15-II-1901, p.482.
- ²⁵³ .Entraigas, Raúl, «Mons. Fagnano», p.519.
- ²⁵⁴ .Entraigas, Raúl, o.c., p.520. Marabini, Pedro, “Los Salesianos del Sur”, p.97.
- ²⁵⁵ .En «Diario Oficial», 28 de junio 1905, p.2371.
- ²⁵⁶ .Entraigas, Raúl, c.c., p.521.
- ²⁵⁷ .Decreto N° 602 del 24-IV-1911, en «Diario Oficial» del 18-V-1911, p.2139.
- ²⁵⁸ .En «Diario de la misión», Arch. Insp.
- ²⁵⁹ .Ibid.
- ²⁶⁰ .Entraigas, Raúl, o.c., p. 545.
- Pittini, Ricardo, “Memorias salesianas de un obispo ciego”, pp.30-39.
- ²⁶¹ .Carta de don Luis Nai, Santiago, 7-III-1914, original en italiano, en Arch. Obisp. P.A.
- ²⁶² .Carta de don Pablo Albera, Turín, 17-XII-1910, Arch. Obisp. P.A.
- ²⁶³ .Carta de Don Pablo Albera, Turín, 13-III-1911, Arch. Obisp. P.A.
- ²⁶⁴ .Albera, Pablo, Turín, 8-VII-1912, en: Arch. Obisp. P.A.
- ²⁶⁵ .Carta de Don Guzmano, Turín, 16-VII-1911, Arch. Obisp.P.A.
- ²⁶⁶ .Salesianos: Sac. M. Zanchetta, Hnos: A.Garatti, M.Asvini, Val. Slaboz, Fco. Meneci, Pedro Rossi, Luis Moreschi, Santiago Forgerini, Santiago Bergia, Juan Sikora.
- Hermanas H.M.A.:** directora: Luisa Boffio; Hnas: María Gabutti, Maximiana Ballester y Julia Nutis.
- Indios hombres:** Pedro Gama, Eliseo, Lorenzo Brasito, Miguel Vuelto, Pablo Nicolini.
- Indios niños:** Vicente López, Vicente Martínez, Nicolás Simonovich, Angelito Harris, Antonio Silva.

Indias casadas: Leticia Gama, María Esperanza, Candelaria Vuelto, Carolina Bracito, Raquel Nicolini, María Nicolini e hijos Antonito y Juanito, Pabla.

Indias viudas: Josefa, Alejandra, Dorotea y Petronila.

Indias niñas: Leticia Esperanza y Ena Guajardo.

²⁶⁷ . «Diario de la misión», en Arch. Insp. “Crónicas Hijas de María Auxiliadora. Isla Dawson”, Arch. Colegio María Auxiliadora. P.A.

²⁶⁸ . Crónica Liceo San José, 1908, abril 1914, en Arch. Insp.

²⁶⁹ . Ibid.

²⁷⁰ . Ibid.

²⁷¹ . Carta de Don Guzmano a Mons. Fagnano, 25-II-1912.

Otras cartas del mismo: 3-VII-1911; 16-IX-1911; 12-X-1911, en Arch. Obisp. P.A.

²⁷² . En este sentido son muy explícitas las cartas escritas por Mons. Fagnano al presidente de la Propaganda Fide de Roma, junio 1898, y al presidente de la Propaganda Fide de Lyon, 18-X-1894, en Arch. Insp.

²⁷³ . Carnino, Luis, «Apuntes Históricos», p.5.

²⁷⁴ . Señoret, Manuel, «Memoria», p.33.

²⁷⁵ . Carta del 9-VIII-1898, en Arch. I.M.

²⁷⁶ . Carta del 25-IV-1895, en «Memoria del ministro de Relaciones Exteriores», p.57.

²⁷⁷ . Marabini, Pedro, en «Boletín Salesiano», marzo 1897, p.62

²⁷⁸ . Carnino, Luis, o.c., p.3.

²⁷⁹ . Ibid., p.4.

²⁸⁰ . Carta de Mons. Fagnano al Arzobispo M. Casanova (s.f.), en Arch. Sal. Turín.

²⁸¹ . Carta-Informe del 21-I-1896, en Arch. Insp.

²⁸² . Durando, Victor, en «Boletín Salesiano», septiembre 1899, p.239.

²⁸³ . Borgatello, M., Ibid., octubre 1895.

²⁸⁴ . Vial, Gonzalo, «Historia de Chile, 1891-1873», vol.I, t.II, p. 762.

²⁸⁵ . Subercaseaux, Benjamín, «Chile o una loca geografía», p.400.

²⁸⁶ . En «Boletín Eclesiástico», XVIII, 1911-13, p.514.



FERNANDO ALIAGA ROJAS

Nacido en Santiago, el 31 de diciembre de 1934, profesor de Religión y egresado de la carrera de Geografía, por la Universidad Católica de Valparaíso, Fernando Aliaga Rojas es Licenciado en Historia por la Universidad Católica de Chile y Doctor en Historia de la Iglesia por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

Reconocido por los aportes realizados a la investigación de la historia de la Iglesia en Chile, cuenta entre sus publicaciones *Las cartas ad limina de los obispos al Papa, en el período colonial e Historia de la Iglesia en Chile. Contexto histórico*, además de una vasta producción de artículos recogidos en revistas nacionales y extranjeras.

Fernando Aliaga Rojas es miembro de la Sociedad de Historia de la Iglesia en Chile y del ACCSA de Roma, además de profesor del Instituto Alfonsiano y el Instituto de Catequesis. Junto con ello, ha desarrollado una fecunda investigación en torno a la educación para la paz y la metodología de resolución no violenta de conflictos, para el Servicio Paz y Justicia (SERPAJ Chile), que le ha valido el reconocimiento internacional.

En *LA MISIÓN SALESIANA EN ISLA DAWSON (1889-1911)*, el autor nos entrega la documentada y pormenorizada relación de una de las empresas más heroicas de la Congregación Salesiana en Chile: el trabajo misionero en isla Dawson, gestado por más de veinte años con el propósito de llevar la evangelización a los indígenas de una de las zonas más apartadas de nuestro país. Se trata de una verdadera gesta, un ingente esfuerzo lleno de sacrificios emprendido por salesianos e Hijas de María Auxiliadora en una naturaleza hostil que traerá recompensas y decepciones, alegrías y silencios, pero en la cual, y gracias a la presencia de Monseñor Fagnano, quedará la imborrable huella de Don Bosco en esa apartada zona de nuestra patria.



9 789561 804982



Editorial
Don Bosco S. A.